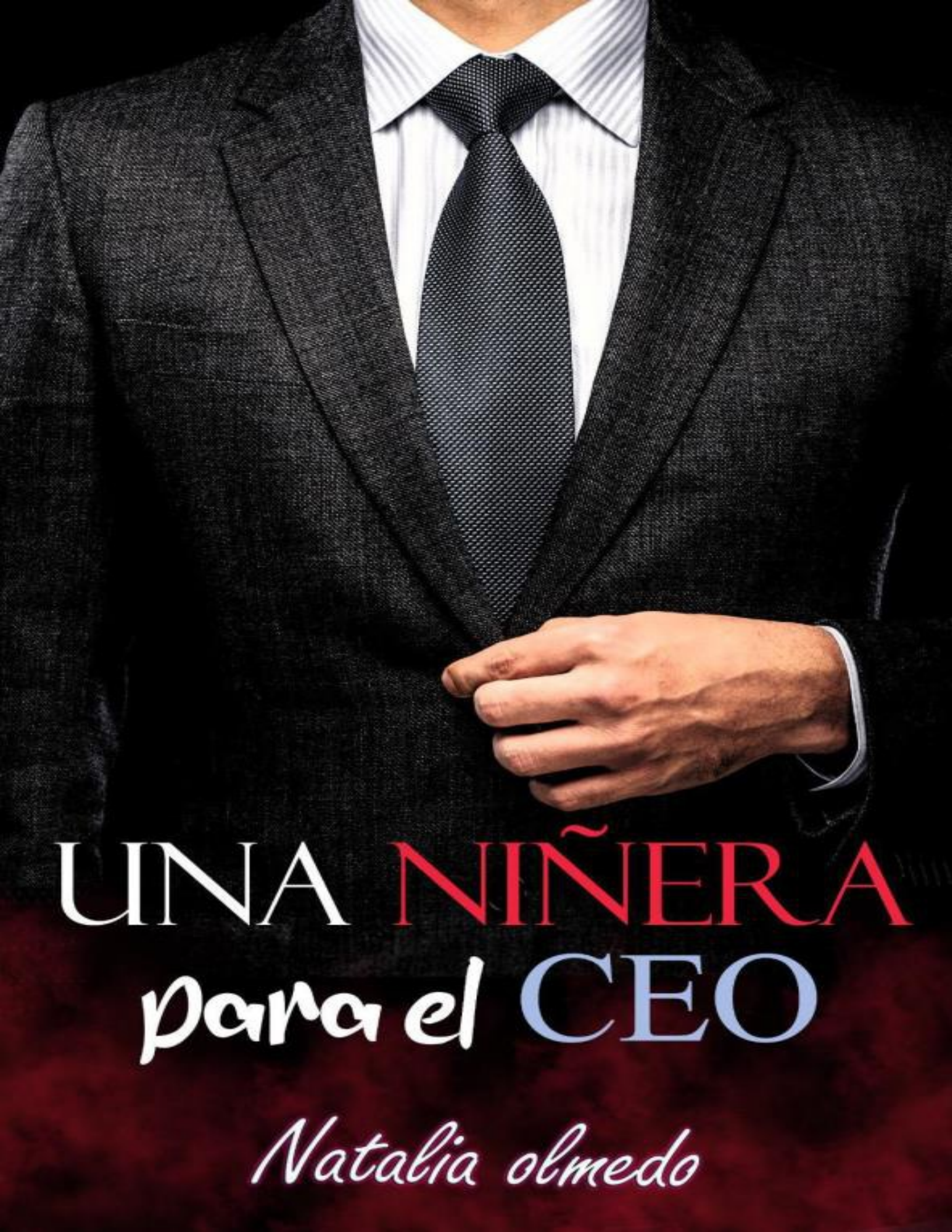


UNA NIÑERA para el CEO

Natalia olmedo

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo, *Una niñera para el CEO*
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

Una niñera para el CEO

Prólogo

Las luces de Madrid siempre tienen algo hipnótico. Especialmente desde lo alto de una terraza en pleno barrio de Salamanca, con una copa de champán en la mano y la sensación de que el mundo entero está a tus pies.

Literalmente, en serio.

Platos de selectos canapés colocados en mesas con manteles dorados, botellas de Moët y rodeado de los de siempre: empresarios con más ego que alma, grupo en el que yo me incluía, actrices que reían demasiado alto, y algún que otro periodista buscando un titular jugoso.

Porque otra cosa no, pero siempre buscaban un titular jugoso; eran aves de rapiña al acecho de los trapos más sucios de la *jet set* madrileña.

Jet set, de la que yo formaba parte, por eso la fiesta era en mi honor, lo cual no era ninguna novedad.

Baja, Modesto, que sube Máximo Medina.

Ese soy yo.

El joven tiburón que revolucionó las inversiones o alguna basura por el estilo rezaría en los titulares de las revistas a la mañana siguiente.

Había perdido la cuenta de los eventos que organizaban para celebrar lo que yo llamaba simplemente: trabajar bien.

Pero tampoco me molestaba. Ojo, piojo, que ser el centro de atención tenía su encanto.

Y aquella terraza, con vistas a la Gran Vía iluminada como un árbol de Navidad, era el escenario perfecto para que todo el mundo me viera hacer lo que mejor se me daba: brillar.

—Máximo Medina, ¿cuándo vas a dejar de romper corazones y empezar a construir uno? —La voz de Unai, un periodista al que había visto en más fiestas que en redacciones, interrumpió mis pensamientos. Estaba justo frente a mí, sosteniendo una copa y con esa sonrisa que siempre usaba cuando quería algo.

Persuasión era su mantra.

El mío, no obstante, pasar de él como de comer mierda.

—Cuando encuentre una mujer que sea tan espectacular como yo, tío. —Le guiñé un ojo, lo suficientemente seguro de que eso terminaría la conversación con una carcajada.

Y así fue.

¿Qué cojones?

Lo sé, lo sé, era un poco creído.

Vale, un poco bastante.

¡Vale, joder!

Terriblemente insoportable, ahora vuelvo atrás, lo pienso y me daría de hostias.

Pero debo contarte la historia tal y como sucedió, ¿de acuerdo?

Después me marché hacia otro lado de la terraza; la verdad es que ese tipo de preguntas me resbalaban.

Sabía perfectamente quién era y qué quería. Había trabajado demasiado para llegar hasta aquí, y no iba a dejar que nadie me lo arrebatara.

Era el CEO de Medina Capital, una prestigiosa empresa madrileña de inversiones y adquisiciones. Mi especialidad radicaba en identificar empresas emergentes con potencial de crecimiento, invertir en ellas, y a menudo fusionarlas con grandes corporaciones para maximizar sus beneficios.

Era el tipo de empresario que combinaba una mente analítica brillante con una habilidad casi

sobrenatural para cerrar tratos, así que mis días estaban llenos de reuniones y firmas de contratos millonarios.

Obvio, el coche deportivo y la increíble moto que guardaba en el garaje no se pagaban solos.

Mis noches... Bueno, digamos que también estaban llenas, pero de otro tipo de "acuerdos".

Me gustaba la vida que llevaba y no tenía planes de cambiarla, por lo que esa noche no iba a ser diferente.

Mis ojos recorrieron la terraza buscando a alguien que pudiera hacer la velada aún más interesante, es decir, una mujer.

Había una morena con un vestido rojo que había captado mi atención al entrar, pero también una rubia de risa contagiosa que estaba justo al otro lado.

El champán ayudaba a que las decisiones parecieran más sencillas, y lo cierto es que la morena me estaba poniendo muy, muy cerdo.

Ah, otra cosa más: follar se me daba de lujo.

—¿Otra copa, Máximo? —preguntó el camarero mientras se acercaba.

—Siempre hay espacio para una más, ¿no crees? —respondí, levantando la copa vacía. No iba a decir que no al mejor champán de la ciudad.

A lo lejos, vi a David Romero, mi mejor amigo y el tipo que siempre decía que yo necesitaba "una buena dosis de realidad".

Por supuesto, no le hacía caso, quizá era él quien necesitaba esa dosis. Pero ahí estaba, con su eterna cara de desaprobación y su copa de agua con gas.

Suspiré.

Nunca cambiará, pensé.

Aunque lo cierto era que quien debía cambiar, y con urgencia, era yo.

—¿Tienes un minuto para dejar de ser un imbécil y atender a tu conciencia? —me soltó en cuanto me acerqué.

Estaba de coña, por supuesto, porque tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—David, ¿te has propuesto ser el *grinch* de la diversión o solo me lo parece? —dije con una sonrisa mientras le daba una palmada afectiva en el hombro.

—Solo vengo a recordarte que la vida no siempre es una fiesta. Pero tranquilo, disfruta mientras puedas. —Su tono era medio en broma, medio en serio, pero no me afectó en lo más mínimo.

Decidí ignorarlo y volver al centro de la acción. Había algo electrizante en estar rodeado de gente que me miraba como si fuera intocable.

Y en cierto modo, lo era.

Mi decisión de la noche estaba clara: la morena del vestido rojo, así que la abordé con la seguridad de alguien que ya conoce el final de la historia.

—Espero que nadie haya tenido la osadía de aburrirte esta noche —dije mientras le ofrecía una copa recién servida.

—Solo estaba esperando que algo interesante sucediera. —Su sonrisa era una mezcla perfecta de desafío y coqueteo.

Bingo.

Por supuesto, la noche terminó como todas: con una mujer increíble, risas, corridas en todas las partes posibles de su cuerpo y un despertar tardío en mi cama *king-size*.

Pero esa mañana iba a ser diferente, muy diferente.

Atentos, porque es ahora, justo ahora, cuando mi vida giró de la manera más inesperada.

A eso de las nueve, justo cuando estaba recuperando la consciencia con un café bien cargado

en la mano, el timbre sonó.

Con la resaca amenazando mi paz mental y una erección todavía bajo los pantalones del pijama, gruñí algo sobre lo inoportunos que me parecían los mensajeros antes del mediodía y abrí la puerta.

Allí estaba ella: Judit.

Una mujer con la que había tenido una noche loca haría unos… ¡joder, yo qué sé! Ni siquiera me acordaba de su cara hasta que la vi en ese momento bajo el umbral de la puerta de mi casa.

—Hola, Máximo. Tenemos que hablar. —La frase me cayó como una jarra de agua fría sobre la cabeza.

Esas tres palabras nunca traen nada bueno, verdad universal.

Apreté los dedos alrededor del vaso, porque sentí que se me podía caer en cualquier momento.

No por verla de nuevo; en otra ocasión hubiera venido a mi mente lo bien que lo pasamos aquella noche, aunque no recordara la fecha exacta, sino porque no venía sola y eso era, cuanto menos, sorprendente.

Una niña de unos cuatro o cinco años, con el cabello castaño y los ojos más verdes más grandes que había visto nunca, nos miraba a uno y a otro como si observara un partido de tenis.

No puede ser, pensé.

Claro, tampoco había que ser demasiado listo cuando una tía a la que te tiraste en una noche que no pensaste demasiado bien las cosas, aparece al cabo de un tiempo con un ser pequeño que… ¿se parecía a mí o era cosa mía?

Miré a la niña, luego a la mujer, luego otra vez a la niña.

Había algo extrañamente familiar en esos ojos.

—¿Qué haces aquí? —acerté a preguntar—. ¿Quién es ella?

Menuda pregunta más tonta…

En base a la respuesta, ya tenía una sensación horrible, la cual ascendía desde la boca del estómago hasta mi garganta, amenazando con llenarme la boca, buscando salir al exterior.

Eso o que la noche anterior me había pasado con las copas e iba a potar en cualquier instante.

Nah.

Era lo primero.

Judit soltó una carcajada, aunque no pasó desapercibido para mí el deje de amargura impreso en ella.

—¿Acaso no es evidente? Es tu hija.

¿Qué. Cojones. Ha. Dicho?, pensé a punto de sufrir un colapso, el temblor de mi párpado izquierdo ya me estaba avisando.

—¿Tienes chocolate? Mamá dice que siempre hay chocolate en las casas grandes —murmuró la pequeña.

—¿Que si tengo qué? —pregunté balbuceando.

Genial, ahora además de padre inesperado, era el tipo con provisiones de cacao para niños desconocidos.

¿Alguien tiene un ansiolítico?

1
Máximo

Lo admito, no podía apartar los ojos de la niña. Pequeña, demasiado pequeña para mi mundo grande y complejo, pero con una actitud que dejaba claro que no estaba ahí para adaptarse a mi universo, sino todo lo contrario.

Parecía muy segura de sí misma, como si hubiera venido a conquistar mi casa, mi agenda y, de paso, mis nervios.

Todo lo contrario a mí en esos momentos.

¿Cómo alguien tan diminuto podía parecer tan inamovible?

Mientras trataba de ordenar mis pensamientos, un millón de preguntas caían sobre mí como un alud.

¿Cómo era posible que esta niña existiera sin que yo lo supiera?

¿Por qué no había recibido un correo electrónico, una carta certificada o, al menos, un WhatsApp de "oye, tienes una hija"?

¿Señales de humo? ¿Un burofax?

¡Yo qué sé!

Estaba al borde de un ataque de nervios, sin tener para nada en cuenta que ni siquiera había intercambiado el teléfono con Judit aquella noche.

¿Cómo había dado conmigo y con la dirección de mi casa?

Y lo más importante: ¿qué demonios iba a hacer ahora?

En cuanto a la primera pregunta… pensé, por tranquilizarme más que por otra cosa, que quizá no era demasiado difícil dar conmigo: conocía a mucha gente de Madrid.

Y cuando digo mucha, era mucha.

La madre —su madre—, cuyo paradero desde ese día seguía siendo un agujero negro en mi memoria, estaba de pie frente a mí, como si acabara de anunciar que el fin del mundo llegaría mañana.

Y, me cago en la puta, para mí, lo que estaba ocurriendo en ese momento, era muy parecido al fin del mundo.

—Se llama Valeria. Y sí, es tu hija. —Sus palabras me parecieron igualitas a una bomba de relojería. Antes de que pudiera empezar a desactivarla, continuó con la precisión de quien tiene todo planeado.— Antes de que preguntes: no, no quiero nada de ti. Es más, abre la boca —dijo, y la abrí como un gilipollas. Acto seguido me introdujo un bastoncillo largo y nauseabundo con la punta de algodón en la boca y después lo metió dentro de un frasco de cristal. ¡Todo eso en apenas segundos, sin darme tiempo de reacción!

—Pero ¿qué haces? —dije sin entender absolutamente nada.

—La prueba de paternidad, por si acaso dudas de mi palabra. Tardará unos días y te mandaré los resultados. Solo he venido porque… —hizo una pausa dramática, típica de alguien que sabe que lo siguiente que va a decir es un desastre— tengo que irme al extranjero por un trabajo, y tú eres la única familia que le queda. Es decir, están mis padres y demás, pero no quiero llevarla al pueblo, debe continuar en el mismo centro escolar. Acaba de empezar el curso.

Eso no me calmó.

Para nada.

Al contrario.

Deseé tener a mano una bolsita de esas de papel marrón en la que meter mi cabeza e intentar

respirar.

O asfixiarme, ya que estaba.

—¿Qué? —Fue lo único que pude articular. Mi cerebro intentaba procesar tantas cosas al mismo tiempo que sentí cómo se colapsaba, como si fuera un ordenador al que le has pedido abrir cincuenta pestañas a la vez.

Bien, pues yo era ese ordenador y mi procesador parecía estar averiado o con algún virus del Ares.

¿Os acordáis del Ares?

Vale… soy un *Millenial* de pura cepa.

Me giré hacia Valeria, buscando en su rostro algo, cualquier cosa que me ayudara a conectar los puntos.

Ella, ajena a la crisis existencial improvisada en la que estaba sumido, me miraba con curiosidad y desdén, como si yo fuera un mueble raro y poco útil en una casa desconocida y demasiado grande.

Su ceja derecha incluso se levantó un poco, como diciendo: "¿Este es mi padre? ¿En serio?".

¿Acaso yo era una decepción?

Lo que me faltaba.

Y entonces, para añadir más surrealismo a la escena, la niña habló:

—¿Tienes perros?

—No —respondí automáticamente, sin siquiera saber por qué eso era importante en ese momento.

Ella bufó, cruzándose de brazos con una actitud tan teatral que casi esperé un "¡corten!" seguido de aplausos de un público imaginario o una grabación de risas enlatadas, lo mismo daba.

Vale, ahora en serio: ¿dónde cojones estaba mi cámara?

Porque todo ese embrollo debía ser una broma.

—Uf, qué rollo.

¿"Qué rollo"? Yo estaba ahí, al borde de un paro cardíaco, y esa niña estaba evaluando mi vida como si estuviera en una audición para un *reality show*.

—Escucha, esto debe ser un error. No puedo… —Intenté protestar, pero su madre me cortó con un gesto de la mano, como si fuera una directora ejecutiva en una junta.

—Tienes más recursos que nadie para cuidar de ella. Yo no puedo hacer esto sola. Y tú… no sé, busca ayuda. Su maleta resolverá tus dudas, bueno, seguramente no todas, pero…

—¿Que busque ayu…? —intenté decir, pero notaba incrementando la falta de aire. ¿Un infarto se sentía así?—. Judit no puedes, no… yo…

Quería preguntarle demasiadas cosas.

—Intenta no arruinarlo, ¿vale? —me dijo acercándose más a mí mientras la niña paseaba por la casa observando todo con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo no voy a arruinar algo que no sé có…?

—Valeria tiene altas capacidades, así que no te sorprendas por todo lo que hace o dice.

—¿Altas…? —pregunté atónito.— Joder… —me rasqué el cabello oscuro de detrás de la cabeza con una mano.

—Eso he dicho. Y no sé ni cómo, porque la verdad es que tú tienes cerebro de mosquito. —Su tono era práctico, frío, como si acabara de entregarme las llaves de un coche y no a una niña de carne y hueso.

—Pues te recuerdo que soy CEO de…

—Que sí, Máximo, que no la cagues, ¿de acuerdo?

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera defenderme, antes de que pudiera incluso preguntarle si realmente era mía, porque aquella noticia me había dejado totalmente atónito y ya ni me acordaba del bastoncillo nauseabundo dentro de mi boca, dejó una pequeña maleta en el suelo, supuestamente la que en el interior guardaba las respuestas a mis preguntas.

Luego caminó hacia la niña, se inclinó para besarla en la frente y se dio la vuelta.

No reaccioné.

—*Bye, my love* —le dijo en inglés.

—*Bye, mum* —respondió ella, caminando hacia el dormitorio principal, que era el mío. Para acceder a él tenía que subir unas escaleras.

Me quedé tieso como un jodido palo, el que parecía que le habían metido a Judit por el…

Valeria volvió corriendo.

No obstante, seguí sin moverme.

Ni siquiera cuando Judit abrió la puerta y la cerró detrás de ella.

Solo me quedé ahí, inmóvil, con la mandíbula medio abierta y las palabras atoradas en mi garganta.

—Oye, hay una chica en tu habitación. Se le ven las *tetis* —dijo entonces, interrumpiendo mis pensamientos.

Un silencio incómodo se instaló en el salón. Bueno, incómodo para mí. Valeria parecía perfectamente cómoda evaluando el lugar con la atención de una crítica de interiores.

—Eh… —intenté decir.

—¿Y esta niña? —preguntó entonces la morena de la noche anterior que, efectivamente, estaba en bragas y había llegado hasta nosotros.

—Te agradecería que te marcharas —le pedí sin saber qué hacer ni qué decir—, por favor.

La chica miró a Valeria, después me miró a mí y no tardó ni cinco minutos en marcharse de mi casa.

Menos mal.

—Dios… —susurré llevándome las manos a la cara, cubriendo mis ojos con ellas tras dejar el café, que ya se había quedado frío sobre la mesa. —¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté, más para mí mismo que para ella, y mi voz sonó apagada, como si estuviera en un túnel.

Valeria me miró fijamente, con una expresión que me recordó a mí mismo frente al consejo de administración: segura, calculadora y, para colmo, confiada.

—Primero, desayunar. ¿Sabes hacer tortitas?

Por un segundo, pensé que había escuchado mal. Pero no, ahí estaba, de pie frente a mí, lanzándome su primera orden del día.

No sabía si reír, llorar o llamar a David para que viniera con un manual de “Cómo ser padre” para *dummies*.

Miré alrededor, buscando algo que me ayudara a volver a la realidad.

¿Tortitas?

¿De dónde se suponía que iba yo a sacar tortitas?

Mi nevera estaba llena de botellas de vino blanco y yogures caducados; solía comer en el trabajo y salir a cenar muy a menudo o pedir comida para que me la trajeran a casa.

Además, el congelador era un museo de cubitos de hielo.

Tortitas no estaban en el menú.

—No creo que… —comencé a decir, pero Valeria me interrumpió.

—Es fácil. Solo necesitas harina, leche, huevos y una sartén. —Lo dijo con tal naturalidad que por un momento pensé que estaba hablando con una adulta en miniatura.

Yo, Máximo Medina, CEO de Medina Capital, maestro en cerrar tratos multimillonarios y en manejar salas llenas de tiburones empresariales, estaba completamente derrotado por una niña de cinco años.

Aquello iba a ser un desastre.

2
Máximo

Tenía más trajes de marca guardados en el armario que emociones, e iba tan solo vestido con un pantalón de pijama.

Ella seguía ahí, por supuesto.

Valeria, mi hija.

MI hija.

Lo repetí en mi cabeza, como si al decirlo muchas veces esa información fuera a encajar de repente en el galimatías de pensamientos y emociones que se había adueñado de mi cabeza y de mi cuerpo desde que Judit había aparecido en mi casa y se había ido rápida como un rayo.

—Vale, eh… ¿Por qué no te sientas en el sofá y... no sé, miras la tele? —le dije, señalando el salón con un gesto amplio.

Era mi forma de ganar tiempo, como en las reuniones tensas en la oficina, cuando pedía que me mostraran un PowerPoint para procesar las cosas.

Pero Valeria no se movió, solo me miró con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

Luego, sin previo aviso, se quitó los zapatos y empezó a inspeccionar la alfombra.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, confundido.

—Buscando migas. Mamá dice que en las casas grandes siempre hay migas. —Hizo una pausa y me lanzó una mirada penetrante. ¿Qué obsesión absurda tenían tanto ella como Judit con las casas grandes?—. No parece que comas mucho aquí.

—¡Porque no como en la alfombra! —repliqué, ofendido por la acusación implícita de negligencia miguera.

—Raro. Mamá dice que los hombres siempre hacen cosas raras cuando viven solos.

Quise protestar—, *mamá dice, mamá dice*—, pero su lógica aplastante me dejó sin palabras.

Pues bien, mamá no estaba allí: SE HABÍA LARGADO DEJÁNDOME CON UNA MOVIDA DE LA HOSTIA.

Mientras ella seguía inspeccionando el salón como una mini CSI, yo me sentía completamente intoxicado de frustración.

Mi móvil empezó a sonar.

¿Sería Judit para decirme que se arrepentía?

No lo creía, eso sería demasiado bonito para ser cierto.

¡Qué marrón, qué marrón!

El último modelo de Iphone estaba sobre la mesa baja del salón, lo cogí y miré la pantalla.

Suspiré de total alivio, o quizá no: se trataba de David Romero, ya te he hablado un poco de él, mi abogado, mi amigo, y en ese momento, mi salvavidas.

O eso quise creer.

—David, necesito ayuda. Urgente. —Ni siquiera lo dejé saludar.

—¿Qué has hecho ahora? Por favor, dime que no es algo que vaya a aparecer en los periódicos.

¿Los periódicos? ¡Los periódicos se iban a hinchar a titulares en cuanto algún periodista se enterara de aquello!

—¡Tengo una hija! —exclamé. Hubo un silencio largo al otro lado de la línea, seguido de una carcajada que casi me rompió el tímpano.

Menudo cabrón. Yo de mierda hasta el cuello y él partiéndose la caja a mi costa.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que. Tengo. Una. Hija. —Recalqué cada palabra como si eso fuera a hacerlo más creíble, apretando la mandíbula.

David tardó unos segundos en responder, probablemente intentando decidir si me había vuelto loco o estaba bromeando.

—¿Estás seguro de que es tuya? —preguntó finalmente.

—Tiene mis ojos. Bueno, creo. No soy experto en genética infantil. Su madre me ha metido un bastoncillo en la boca y en unos días… ¡Eso no importa!

Pero importaba, claro que importaba.

¿Me había mentido Judit? ¿Me estaba utilizando?

Ya no a mí, sino a mi estatus, mi dinero, mi poder.

Me estaba agobiando, me estaba agobiando mucho.

Valeria, que hasta ese momento había estado explorando los cojines del sofá, levantó la mirada y preguntó:

—¿Tienes chocolate?

—No, no tengo chocolate, ya te lo he dicho antes. —Me giré hacia ella—. Pero siéntate, por favor.

—¿Y si no quiero? —respondió con una sonrisa desafiante.

—Pues... entonces... ¡no hay chocolate nunca! —improvisé.

David, al otro lado del teléfono, soltó un “madre mía” que me sentó como una patada en los cojones.

—Máximo, escucha. Necesitas ayuda profesional. Niñeras, psicólogos, yo qué sé, alguien que sepa lo que hace. Tú no puedes manejar esto solo, no tienes ni idea de niños.

Miré a Valeria, que ahora había descubierto el mando a distancia y estaba apretando botones como si intentara hackear la NASA.

—Lo tengo controlado —dije, mintiendo descaradamente. Porque otra cosa no, pero a orgulloso no me ganaba nadie.

Había levantado una de las mejores empresas de España, aquello no podía ser tan difícil.

¿O sí?

—Claro. Y yo soy el Papa. Llámame cuando todo explote. —David colgó antes de que pudiera replicar.

—Me cago en mi puta vida —rezongué en voz baja.

—No se dicen palabrotas. ¿Nunca te lo dijo tu mamá?

—Ya, es verdad, perdona…

—Mamá dice que si digo palabrotas se me van a poner los dientes negros como a las brujas —dijo con mucho énfasis, seria y mirándome a los ojos—, pero sé que es mentira, porque ella dice muchas y los tiene muy blancos. Es cosa de mayores.

Me acerqué al sofá. Valeria me miró, levantó el mando como si fuera un trofeo y declaró:

—¡Mira! He encontrado dibujos.

Me pregunté qué demonios estaba haciendo, si yo, un CEO de pies a cabeza con una vida total y perfectamente construida, había sustituido las llamadas de negocios por ver dibujos de…

¿Qué se suponía que era eso? ¿Una cerda rosa que hablaba?

En fin, ¡que la niña me estaba dando lecciones de supervivencia, maldita sea!

—Esto no va a salir bien —murmuré para mí mismo.

Valeria, sin apartar la vista de la pantalla, respondió:

—No te preocupes. Mamá dice que los hombres aprenden rápido cuando no tienen opción.

No hay plan de negocios que te prepare para esto, pensé.

3
Máximo

La niña seguía instalada en mi sofá como si fuera la dueña del lugar.

Yo, en cambio, estaba de pie en medio del salón, en pijama y con un dolor de cabeza que no hacía más que incrementarse; siempre he padecido de jaqueca cuando tengo mucho estrés.

Todo eso mientras trataba de pedir tortitas a través de una aplicación de reparto.

No sabía cocinar demasiadas cosas, para sorpresa de nadie.

Bueno, no sabía cocinar… casi nada.

¡Dios!

¿Dónde mierda me había metido?

Está claro que en un buen lío. ¿Sabías que existen los preservativos?, me susurró al oído un pensamiento intrusivo que me hizo fruncir el ceño.

—Voy a pedir tus tortitas —le informé.

—Mamá sí que sabe hacerlas. ¿Cuánto tardan? —preguntó Valeria sin apartar la vista del televisor, donde un grupo de dibujos animados con colores estridentes bailaban al ritmo de una música insoportablemente pegadiza.

Resoplé.

—Mamá ahora mismo no está —respondí de la mejor forma que pude, ignorando su pregunta sobre la tardanza de aquel desayuno que no tenía ni pajolera idea de cómo se preparaba.

—Ya lo sé —replicó Valeria—. Tiene que trabajar en un sitio muy lejos. Hablan en inglés.

—Ya veo —musité.

—Por eso me quedo contigo, Max.

—No me llamo Max. Soy…

Quise decirle que era papá, que me llamase así, pero como todo aquello todavía no lo había procesado en mi cerebro de mosquito, tal y como me había dicho Judit, no me salió.

—Máximo —corregí.

—Max mola más.

—Como quieras —claudiqué.

—Entonces, ¿van a tardar las tortitas? —volvió a preguntar.

—No mucho —respondí, aunque ni siquiera había terminado de confirmar el pedido.

¿Tortitas con sirope o con chocolate? No paraba de pedir chocolate.

¿Y si le pedía fruta? ¿Los niños comían fruta?

Negué varias veces con la cabeza y decidí apostar por el combo completo.

Mejor que sobre a que falte, pensé.

Finalmente, hice el pedido y me dejé caer en el sofá, al otro extremo del que ocupaba Valeria. Ella estaba perfectamente cómoda, con sus piernecitas colgando, mientras yo parecía un saco de preocupaciones con patas.

—¿Por qué estás así vestido? —preguntó de pronto, mirándome de arriba abajo con la misma expresión con la que un crítico de moda analizaría a un turista desorientado en plena Gran Vía.

—Porque es sábado. Los sábados no se trabaja.

Ella torció la boca, como si no estuviera del todo convencida.

—El otro día un señor de la tele dijo que los vagos no trabajan ningún día.

Abrí la boca para responder, pero me rendí. ¿Qué iba a decirle? ¿Que tenía un horario de locos y una cuenta bancaria que respaldaba cada segundo de mi vida?

Y que, por supuesto, los sábados no trabajaba.

No, preferí dejarlo estar.

Cuando el repartidor llegó con las tortitas, sentí que me había salvado un ángel enviado desde el cielo.

Mientras Valeria atacaba el desayuno con un entusiasmo que solo los niños pueden tener, yo fui a la cocina, busqué un paracetamol y me lo tomé con un vaso de agua.

No era una solución milagrosa, pero al menos sería un alivio temporal para el zumbido en mi cabeza.

Después de eso, decidí que era hora de organizar un poco aquella situación.

Por algo tenía que empezar, Judit se había pirado y me había dejado aquella *mochuela* parlanchina con una maleta.

¿Dónde iba a dormir? ¿Qué iba a comer?

Definitivamente me sentía en un aprieto increíble, estaba metido en un problemón que no sabía ni cómo afrontar.

Me cambié y me puse un chándal: dos prendas negras que probablemente había comprado en un arrebato de "voy a salir a correr" que nunca llegó a materializarse, con el gimnasio que tenía en casa me bastaba.

—Voy a instalarte en una habitación, ¿vale? —le dije a Valeria, quien, para mi sorpresa, simplemente asintió mientras chupaba el tenedor.

Decidí que sería el tercer dormitorio, el más pequeño y el que quedaba más cerca de mi habitación, que era la principal.

Estaba vacío, salvo por una cama individual, un armario empotrado y una lámpara que jamás había encendido.

Era una de esas habitaciones que siempre justificas con un "por si acaso" y que nunca usas.

Decidió seguirme con sus pequeños pasitos de pies descalzos tras dejar el tenedor sobre la mesa y, mientras ella revolvía su maleta, encontré algo curioso encima de sus pertenencias: un sobre de papel rosa con una pegatina que decía: PARA MÁXIMO (IMPORTANTE).

Lo abrí, con la sospecha de que dentro encontraría algo que haría mi vida aún más complicada.

Spoiler: no me equivoqué.

Era un manual.

Un puñetero manual para cuidar a Valeria.

Judit había dejado todo escrito en una letra redonda y perfecta, como si estuviera redactando las instrucciones de una bomba nuclear.

Cosas que deberías saber sobre Valeria:

Comida:

-Le encantan las tortitas, pero odia el plátano. Nunca le pongas plátano o se pondrá dramática.

-No le gusta el pescado (ni siquiera lo intentes).

-Le encanta la pizza, pero tiene que ser margarita. Nada de cosas verdes encima.

Rutina diaria:

-Se levanta a las 7:30. Sí, incluso los fines de semana.

-Se baña sola, pero asegúrate de que el agua no esté ni muy caliente ni muy fría, o se quejará como si estuvieras torturándola.

-Siempre quiere un cuento antes de dormir. Su favorito es *Orejas de mariposa.*

Escolarización:

-Valeria tiene altas capacidades, algo que ya se nota incluso a su edad. Tiene una memoria prodigiosa y una curiosidad insaciable, pero también se frustra fácilmente si no se siente comprendida.

-Asiste al Colegio Internacional de la Castellana, en su programa infantil. Es una escuela que fomenta el aprendizaje a través del juego, pero también incluye actividades avanzadas para estimular a los niños con mayor potencial.

-Sus actividades favoritas son los juegos de construcción y cualquier cosa que implique pintura o manualidades. Odia los momentos de descanso porque "no tiene tiempo para dormir".

Advertencias:

-No le des chocolate (aunque le encanta) después de las 6 p.m. Si no duerme, prepárate para un huracán nocturno.

-Tiene un peluche llamado Coco. No lo pierdas. Repito: NO LO PIERDAS.

-Si dice que quiere hacer algo "como los mayores", no le hagas caso. Siempre termina mal.

Extras:

-Le gusta hablar. Mucho. Si parece que te está interrogando, es porque lo está haciendo.

-Le encantan las historias de dinosaurios y sabe más datos sobre ellos que un documental de la 2.

-Tiene opiniones muy firmes sobre la mejor manera de colorear. Si te dice que un cielo no puede ser azul sino morado, no la contradigas.

A continuación, había dejado escrito su número de teléfono, su dirección de correo electrónico, la dirección de ese nuevo trabajo en Estados Unidos, un número de contacto y algunas cosas más que solo hicieron que mi cabeza quisiera explotar, como por ejemplo, el dato de que en el colegio ya estaban informados de que de ahora en adelante sería yo quien llevara y recogiera a Valeria.

¿Cómo demonios voy a hacer esto?

Era lo único que podía pensar mientras leía aquel manual surrealista con las instrucciones para criar a una mini Einstein con opiniones más firmes que las de un político en campaña.

Mi vida ya estaba lo suficientemente llena con reuniones, llamadas interminables y cenas con clientes que parecían un casting de *La que se avecina.*

Encima, ahora, debía añadir tortitas sin plátano, peluches indispensables y colegios privados con nombres que sonaban a mansiones…

Dios, era como intentar meter un elefante en un Mini Cooper.

¡No había espacio, ni tiempo!

¿Niñeras?

¿Guarderías?

¿Existían Glovos para eso?

Me pasé una mano por el pelo, que ya debía parecer el de un loco en un meme, y miré de

reojo a Valeria, que ahora usaba mis auriculares como diadema mientras tarareaba algo.

Era oficial: estaba fuera de mi liga, y ni siquiera sabía en qué deporte estaba jugando.

4
Máximo

Después de pasar aquel fin de semana hecho un manojo de nervios por tratar de lidiar con Valeria, decidí que a partir de ese mismo lunes y hasta que aquella situación se aclarase, trabajaría desde casa.

Total, no tenía que rendirle cuentas a nadie y de esa forma aprendería a delegar un poco en mis socios y en mis trabajadores todo el montón de tareas que me negaba a dejar en las manos de otras personas desde que había conseguido llegar a la cima.

No me vendría mal.

Lo que no sabía era que conciliar el trabajo con mi reciente paternidad, aunque todavía no sabía nada de esos resultados que afirmarían que Valeria era mi hija, sería un desastre, al menos al principio.

Y que eso de delegar, tampoco sabía hacerlo.

Valeria era un torbellino, y lo digo en serio.

No paraba quieta ni un momento, quería hacer muchas cosas a la vez porque se aburría y por el momento descartaba volverla a llevar al Parque Berlín, donde habíamos estado el domingo, porque le había pegado a un niño que no quería decirle su nombre.

En fin.

El caso es que el lunes a las siete y media en punto, Coco, ese juguete tan especial para ella y que Judit me había recalcado que no debía perder de vista por nada del mundo, me despertó con un impacto en la cara.

—¡Max, despierta! Coco quiere un desayuno especial.

—¿Qué es un desayuno especial? —pregunté, todavía con la voz pastosa de quien claramente no había dormido lo suficiente.

No podía cerrar los ojos sin que debajo de mis párpados imaginara que Valeria se caía de la cama, se escapaba de la casa, se meaba encima o, peor todavía, se colaba en mi cama y me meaba a mí.

Así que no; entre eso, la resaca que perduraba y los pensamientos recurrentes de que aquello no me podía estar pasando a mí, no había pegado ojo en todo el fin de semana.

Además, repito, Valeria era incansable y siempre parecía estar insatisfecha con absolutamente todo.

¿Qué estaba haciendo mal? Posiblemente todas y cada una de las cosas.

—Tortitas con sirope y helado de chocolate.

—Eso no es un desayuno. Eso es una declaración de guerra contra la dieta mediterránea.

Por supuesto, terminé pidiendo un Glovo con tortitas porque mis habilidades culinarias estaban más cerca de quemar la cocina que de satisfacer las demandas de la niña, aunque eso ya lo había mencionado.

Mientras yo trataba de organizar mi agenda en el móvil y mandar los mails correspondientes anunciando que trabajaría desde mi domicilio, ella se comía las tortitas en el sofá viendo dibujos animados.

Después la vestí con el chándal del uniforme del colegio y la llevé a la escuela.

Como ya sabía, Judit había dejado los cabos bien atados en el centro escolar, pues su profesora ya estaba al tanto de que sería yo quien me ocuparía de ella durante… ¿cuánto tiempo?

No pienso hablar de la rabieta que cogió cuando me marché, pensé que iba a estallarme la

vena orta de un momento a otro por escuchar el llanto.

Me pasé la mañana en el ordenador, sintiendo calma de nuevo y, por la tarde, cuando la recogí, a pesar de que no me hablaba porque decía estar muy enfadada conmigo por haberla llevado al colegio, se entretuvo pintando y yo pude organizar el trabajo del día siguiente.

Pedimos pizza margarita para cenar y se durmió junto a Coco después de leer su cuento favorito.

El martes intenté algo diferente: involucrar a Valeria en mi rutina para que se sintiera parte del equipo.

Pensaba que así sería más fácil a la hora de ir al colegio, intentando evitar la rabieta del día anterior.

Gran error.

—Hoy vamos a hacer el desayuno juntos —le dije, con una energía que ni yo me creía del todo.

Busqué la receta de las dichosas tortitas en Youtube, aprovisionando mi despensa el día anterior con los ingredientes.

Estaba irreconocible.

—¡Bien! ¿Puedo romper los huevos? —preguntó ella animada.

—Claro, pero con cuidado.

El resultado fue que la cocina acabó pareciendo la escena de un crimen, con harina en el suelo, cáscaras de huevo en la encimera y Coco cubierto de masa.

Cuando finalmente conseguimos hacer algo que se pareciera remotamente a una tortita, Valeria miró su plato con desconfianza y preguntó:

—¿No podemos pedir pizza como ayer por la noche? Las tortitas que hace mamá no se parecen en nada a esto.

Resoplé.

—Creo que tienes razón.

—Siempre la tengo, Max —añadió ella, orgullosa.

Ese día decidí que los desayunos serían responsabilidad del Glovo hasta nuevo aviso.

La entrada al colegio fue algo mejor que el día anterior, pero igualmente caótica.

Y esa tarde no tuve tanta suerte para organizar el trabajo.

Por lo que el miércoles, después del ritual de todo el día, con el despacho convertido en una batalla campal, decidí que Valeria necesitaba salir más de casa, correr, airearse…

Y yo…

Yo necesitaba respirar.

Por lo que recurrí de nuevo al parque Berlín, donde descubrí la existencia de un grupo que me aterrorizaba más que cualquier junta directiva: las madres perfectas.

Mientras Valeria jugaba en el tobogán, yo intenté contestar correos sentado en el banco más cercano.

No obstante, mi tranquilidad duró poco.

—¿Eres tú el padre de esa niña? —preguntó una mujer con un carrito de bebé impecable a pesar de que parecía antiguo, y una mirada que podía cortar acero.

Llevaba una blusa horrible de pequeñas florecillas y una falda de tubo que no le favorecía nada.

—Eh… —titubeé, porque todavía no me creía que mi vida hubiera dado un giro tan radical.

Miré a Valeria, que corría, saltaba, sacaba la lengua y… tiraba tierra por el aire.

Cerré los ojos con fuerza.

Es igual que tú, no me jodas, me dijo mi subconsciente.

—Ha tirado arena a mi hijo.

Valeria corrió y llegó hasta nosotros.

—Seguro que ha sido sin querer… —dije con la mano masajeando mi nuca y las orejas rojas de vergüenza—. ¿Verdad?

Pero ella, como si quisiera darme una lección de sinceridad brutal, gritó:

—¡Max, sí que quería! ¡Es un rollo!

Cogí a la niña del brazo y salimos por patas de allí.

—¿Mamá no te ha dicho que no se puede tirar arena a los demás niños? —le pregunté cuando llegamos a casa.

—¿Vas a decírselo? —me preguntó haciendo un mohín.

—No, si me dices por qué lo has hecho.

Entonces hizo un puchero.

—¡No quiero estar aquí! ¡Quiero ir con mi mamá! —gritó.

Salió corriendo hacia su habitación y cerró la puerta causando un gran estruendo.

—Madre mía… —susurré con desesperación.

El jueves fue el día en el que descubrí que Valeria tenía una imaginación desbordante.

Y, para sorpresa de nadie, que yo no estaba preparado para lidiar con ella.

—Coco quiere bañarse —me dijo mientras yo tecleaba en el ordenador.

Evité resoplar, se suponía que estaba superentretenida en el salón viendo la princesa esa de hielo por segunda vez en la tarde.

—Coco no puede bañarse, es un peluche. Necesito terminar esto, vuelve a ver la película.

Cinco minutos después, encontré a Coco flotando en el bidé lleno de espuma.

Mi Ipad también estaba mojado, porque al parecer Coco necesitaba música relajante para su baño.

El viernes ya no pude más.

Mi casa era un caos, mi agenda estaba hecha trizas, mi cabeza reventaría de un momento a otro y creía firmemente que me había convertido en un señor hipertenso y necesitaba medicación.

O una cantidad ingente de ansiolíticos, lo mismo me daba.

Además, tenía las ojeras tan marcadas que parecía un oso panda y las insistentes llamadas de Judit y David para comprobar que tanto Valeria como yo seguíamos vivos no me ayudaban en absoluto.

Sentía que nadie confiaba en mí para esto.

Ni siquiera yo mismo.

Mucho menos Valeria.

A eso de las seis de la tarde, yo estaba sentado en el sofá con una taza de café frío en la mano y Coco pegajoso de sirope a mi lado.

Valeria estaba en su habitación cantando algo indescifrable mientras jugaba con los colores, lo que significaba que pronto tendría una pared más artística que blanca.

Suspiré, desbloqueé mi móvil y marqué el número de Lucía, mi hermana.

Si alguien podía ayudarme a no morir en el intento de ser padre, era ella.

—¡Dime, hermanito! —contestó Lucía con su tono habitual: una mezcla entre entusiasmo y burla constante.

—Necesito ayuda.

—¿Otra resaca monumental? ¿Problemas con el jet privado? ¿Qué pasa ahora, Máximo?

—Lucía, esto es serio.

—Uy, ¿se te ha roto el jacuzzi? ¡Qué tragedia! —respondió, riendo.

—Tengo una hija.

Silencio.

Durante un momento, pensé que la llamada se había cortado.

Entonces, Lucía estalló en carcajadas.

—¡Qué bueno! ¿Sabes? Esta es tu mejor broma en años.

—No es una broma, Lucía. Hay una niña de cinco años en mi casa ahora mismo.

Hubo otro silencio, esta vez más breve.

Luego, escuché un ruido que interpreté como su móvil golpeando una superficie.

—¿Perdón? ¿Qué? ¡Explícate ya!

—Judit, una chica con la que estuve hace unos años, apareció en mi puerta el fin de semana pasado. Con una niña. Mi hija, Valeria.

Lucía jadeó teatralmente.

—¡Dios mío! ¿Eres como esos millonarios de las series que tienen hijos secretos por el mundo? ¿Cuántos más tienes? ¿Siete? ¿Diez?

—¡Solo es una, Lucía!

—Bueno, al menos es manejable. Más fácil que si aparecieran dos gemelos. ¿Y qué haces con ella?

—Intento que no muera de hambre ni destruya mi casa mientras trabajo.

—Ajá. ¿Y el peluche? —preguntó Lucía con una carcajada.

—¿Cómo sabes de la existencia de Coco? —pregunté atónito.

—Todo padre primerizo se enfrenta a la misión de no perder un peluche pegajoso en algún momento. Te recuerdo que soy madre de dos gamberros. Coco suena como una diva. ¿Es un unicornio?

—Pues… a divo, en todo caso. Es un oso. Y ha tenido más baños esta semana que yo.

Lucía rio a carcajadas, pero luego cambió su tono al de hermana mayor sensata, lo que siempre me ponía nervioso.

—Máximo, ¿qué vas a hacer?

—Pues, sobrevivir, supongo. Estoy trabajando desde casa, pero todo es un desastre. Valeria tira arena a niños en el parque, Coco ha ocupado el baño como si pagara alquiler, y tengo harina en el techo.

—Espera, ¿harina en el techo?

—Una larga historia.

—Ay, Máximo, estás fuera de tu liga.

—¿Tú crees que no lo sé? Por eso te llamo, necesito que me ayudes.

—¿Quieres que cuide a Valeria? Porque no puedo, estoy con mi negocio hasta arriba. ¿Recuerdas? Tengo una tienda de electrodomésticos y no trabajo en pijama como tú.

Puse los ojos en blanco.

Claro, cómo no.

Lucía era la hija, la esposa, la hermana y la madre perfecta.

No lo entendía, no sabía cómo se las apañaba, pero era el tipo de persona que, en otra vida, podría haber sido general de un ejército.

Madre de dos, regente de un negocio propio y familiar junto a su marido, y siempre encontraba tiempo para hacer yoga, hornear magdalenas y mirar a los demás como si fueran sus subordinados.

Yo creo que era el té matcha que tomaba, que la ponía como una moto o algo.

—No necesito que cuides a Valeria. Necesito consejos. ¡Siento que estoy improvisando cada minuto del día!

Lucía suspiró, pero era el tipo de suspiro que anticipaba una buena charla de hermana mayor.

—Primero: relájate. Es una niña, no una máquina. No necesitas un máster para esto. Lo segundo, ¿está escolarizada?

—Pero, ¿qué…? ¿Por quién tomas a su madre? ¡Claro que sí!

—¡Ah! ¡Perdone usted! ¡Es que ni siquiera me has dado datos de su madre o de la niña!

—De su madre no sé mucho, ya te lo he dicho, fue una noche loca que…

—Que, como todas, tienen consecuencias.

Suspiré.

—Eso es. Pero es buena madre, al menos, eso creo. Le habla en inglés y está escolarizada en el Colegio Internacional de la Castellana.

—¿En serio? —preguntó Lucía con voz de pito.

—Sí, Valeria tiene altas capacidades.

—Eso se traduce en que es más lista que tú —dijo con socarronería.

—No me toques los huevos, Lucía, que estoy histérico.

—Entonces, bájate del trono de CEO y empieza a priorizar —dijo en tono autoritario. Lo que yo te diga: en otra vida, fue sargento—. ¿Ya has hablado con ella? ¿Sabes qué le gusta?

—Le gustan las tortitas, destrozar mi cocina y Coco.

—Bueno, es un comienzo. Pero necesitas más que eso. Llévala al parque, pregúntale sobre sus cosas, lo que sea.

—En el parque se porta mal, se pone como loca cuando la dejo en la escuela…

—¿No has pensado que para ella también es un cambio muy grande estar contigo? ¡No te conoce!

Esas últimas palabras fueron como una revelación, Lucía tenía toda la razón y fue algo que me escoció por dentro.

Quizá estaba siendo un poco egoísta, quizá yo no era el único que debía adaptarse a aquel nuevo giro.

Valeria también.

No me conocía.

Era un extraño, un desconocido.

¡Ni siquiera me llamaba papá!

—¿Estás ahí? —me preguntó mi hermana al otro lado de línea, porque me había quedado callado como un muerto.

—Sí, sí… es que…

—¿Qué?

—No había pensado en eso, no había pensado que… ella no sabe quién soy.

—Oh, claro… claro, te lo estoy diciendo. Es un cambio para ambos.

—Lo sé.

—Los niños no son tan complicados como parecen. A veces, la solución a ese tipo de comportamientos es escucharlos, solo escuchar cómo se sienten.

—Puede que tengas razón.

—Hazme caso, sé de lo que hablo.

—Lo sé.

—Y, Máximo…

—¿Qué?

—¡No la trates como si fuera un cliente al que puedes impresionar con un PowerPoint!

—No hago PowerPoints, Lucía.

—Pues peor me lo pones. Haz algo. ¡Valeria es una niña, no un proyecto!

—Gracias, sabia maestra. ¿Algo más?

—Sí, ¡espabila! Solo necesitas un poco de organización.

—Gracias por tu sabiduría y sarcasmo.

—Para eso están las hermanas mayores, hermanito. ¿Quieres que te ayude en algo más?

—Pues…

—Nada, no digas nada, está claro que no tienes ni idea —dijo poniéndose nerviosa—. Te mandaré por whatsapp todo lo que se me ocurra, incluso puedo ayudarte en casa en lo que pueda. Pero yo no descartaría pedir ayuda externa.

—¿Ayuda externa? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Niñeras. ¿Entiendes lo que significa ese concepto?

—Sí, pero…

—Pues eso. Atento al móvil, pienso avasallarte a mensajes.

—Vale, pero… Lucía, una cosa más.

—Dime.

—Ni una palabra a papá y mamá de esto, ¿de acuerdo? Ya les informaré llegado el momento.

—Claro, no te preocupes.

Colgué y miré a Coco, que me devolvía la mirada con su ojo de plástico medio torcido.

—Bueno, Coco, parece que nuestra misión es sobrevivir juntos a la niña.

En ese momento, Valeria apareció en el salón con su pijama de unicornio y me miró con su cara más inocente.

—Max, ¿vamos a pedir cena?

No supe por qué, pero sonreí.

5
Máximo

No eran ni las nueve de la mañana y mi móvil ya vibraba como si hubiera ganado la lotería.

La lotería de problemas, digo.

Abrí un ojo y me encontré con el nombre de mi hermana iluminando la pantalla. Había mandado más mensajes que un grupo de WhatsApp familiar en Navidad.

Entonces di un brinco.

Era tarde, tarde, tarde.

Valeria se despertaba como un reloj a las siete y media en punto cada día.

Salí corriendo de la habitación y fui hacia la suya, pero su cama estaba deshecha y vacía.

Con el corazón trotando como un caballo dentro del pecho, corrí de nuevo hacia el salón y entonces vi sus pequeñas piernas colgando del sofá y la tele encendida.

Respiré con normalidad.

Menos mal, pensé.

Eso me faltaba, perder a la niña, entonces Judit me cortaría los huevos y me los pondría de corbata.

—Buenos días, ¿por qué no me has despertado? —le pregunté acercándome a ella.

Valeria se encogió de hombros.

—Estabas roncando como un jabalí, me ha dado pena.

—Oh —formé un círculo con los labios y luego los apreté—. Creía que no roncaba.

—Pues lo haces, y mucho. Mamá dice que los hombres que roncan son insoportables.

Por eso debió salir por patas la noche que me acosté con ella, pensé, pero no se lo dije, claro.

—Ya.

Suspiré, agarré el móvil y empecé a leer los mensajes de mi hermana.

1. Compra yogures para niños, los que vienen con dibujos, no esos aburridos de adulto.

2. Por favor, deja de darle tortitas para desayunar todos los días. Aprende a hacer algo más nutritivo. Te paso una receta fácil de avena y plátano.

(Insertado: un enlace a un blog con un título como "Desayunos para niños felices y padres desesperados").

3. Busca dibujos que no te destrocen el cerebro y que la reten, pero que también sean divertidos. Te paso opciones: La Patrulla Canina *está bien para momentos ligeros, pero prueba con* El Mundo de Craig *o* Odd Squad *para algo más estimulante. Y si se anima,* The Magic School Bus *o* Carmen Sandiego *en Netflix son una pasada. Evita esos dibujos sin sentido que parecen un videoclip psicodélico.*

¿Carmen Sandiego? ¿Odd Squad?, pensé, frunciendo el ceño.

¿No vale *Bola de Dragón*?

Por un momento, me sentí como si estuviera preparando una estrategia educativa en lugar de simplemente elegir qué poner en la tele.

Seguí leyendo:

4. Juegos educativos: puzles, bloques, libros interactivos. Valeria tiene cinco años, así que nada demasiado complicado, pero tampoco la subestimes, he leído acerca de niños con altas capacidades y son increíbles.

5. Las rabietas son inevitables, pero mantén la calma. Piensa que tú eres el adulto… bueno, en teoría.

6. Háblale. Pregúntale por sus dibujos favoritos, qué quiere ser de mayor, o incluso cuál es su color favorito. Es importante que sienta que la escuchas.

Leí los mensajes una y otra vez.

La mitad de esas cosas eran totalmente nuevas para mí.

¿Y avena con plátano? Eso sonaba más a comida para pájaros que a un desayuno. Además, Valeria odiaba el plátano, por lo que tomé la primera decisión como padre: cambiar el plátano por fresas.

Mientras me tomaba un café, miré por la ventana. El sol de Madrid entraba con fuerza, iluminando mi cocina minimalista, blanca y ordenada… al menos hasta que Valeria entraba en acción.

Con el café en la mano, me senté en el sofá y seguí leyendo los mensajes.

7. ¿Ya has puesto el anuncio para la niñera? No te hagas el listo, que te conozco. Vas a necesitar ayuda, y rápido.

Sonreí con resignación. Lucía tenía razón, por lo que escribí de forma rápida un anuncio en una plataforma local:

Se busca niñera con experiencia para niña de 5 años. Imprescindible paciencia, habilidades culinarias básicas y sentido del humor. La candidata ideal no tendrá miedo a Coco, el oso más pegajoso del planeta. Contactar a Máximo Medina al número…

Lucía continuaba:

8. Los niños necesitan rutinas. Intenta mantener horarios fijos para comidas, baños y dormir. Ah, y no te olvides de cepillarle los dientes.

Rutinas, pensé.

Con mi trabajo jamás había llevado una rutina, pero ahora, con Valeria, todo estaba patas arriba.

Ya no había cenas elegantes ni reuniones nocturnas en bares exclusivos.

Ahora mi prioridad era convencer a una niña de que las verduras no eran un castigo divino.

En ese momento, escuché el crujido de roedor de las Crocs rosas de Valeria sobre la tarima flotante. Segundos más tarde apareció en la cocina abrazando a Coco como si fuera un trofeo.

—Oye, Max, ¿podemos desayunar tortitas?

Suspiré.

Lucía había dicho que no podía darle tortitas todos los días, pero ¿cómo negarme a esos ojazos enormes?

—Hoy no. Vamos a probar algo diferente. Avena con fresas.

Valeria frunció el ceño.

—¿Qué es avena?

—Una especie de… comida mágica que te hace fuerte como un unicornio —mentí haciendo una mueca.

Me miró dudando, pero accedió con un encogimiento de hombros.

—Bueno, pero ¿te acuerdas de que toda tu despensa está vacía?

—Eh…

—No, ¿verdad?

—Pues…

—Mamá dice que los hombres tenéis memoria de pez.

—Mamá tiene razón.

—Ya —sonrió—. Entonces, ¿vamos a pedir la acelga esa para que la traigan?

Me reí.

—Avena, Valeria, se llama avena. Y no, vamos a hacer algo mejor.

—¿Pizza?

—¡No podemos desayunar pizza!

—Oh —exclamó con un triste mohín.

—Hoy vamos a desayunar fuera —dije improvisando, básicamente porque ella tenía razón, la despensa, la nevera y todo lo demás estaba vacío, porque aunque Valeria ya llevaba una semana conmigo, había seguido pidiendo comida para llevar.

Glovo estaba conmigo que no cagaba, debía ser su mejor cliente.

Algo que debía cambiar, Lucía tenía razón.

Otra vez.

—Eso he dicho. Y después iremos al supermercado.

—Vaya, antes molabas más.

—¿Qué dices? ¡Sigo molando! —exclamé, divertido—. Anda, vístete.

Valeria me hizo caso y yo hice lo propio.

Un rato más tarde, pusimos rumbo a un local que había encontrado en Google llamado *Green & Go*.

Al menos el nombre sonaba saludable.

Valeria caminaba de mi mano, pero su atención estaba en Coco. Iba hablándole en susurros, probablemente urdiendo un plan maestro para conquistar el mundo o, peor, para sacarme de quicio.

Cuando entramos, *Green & Go* olía a café recién molido y pan tostado, con un aire moderno que parecía diseñado para influencers y fanáticos de los superalimentos.

Las mesas eran de madera clara, con sillas minimalistas y pequeñas plantas en macetas estratégicamente colocadas para dar ese toque "instagrameable".

—¿Por qué huele a hierba? —preguntó Valeria, arrugando la nariz.

—Porque es comida saludable, señorita. Bienvenida al siglo XXI. —Le sonreí mientras la guiaba hacia una mesa junto a la ventana.

Nos sentamos, y un camarero que parecía modelo nos trajo el menú.

—¿Qué vas a querer? —le pregunté a Valeria, abriendo el menú para descubrir una lista interminable de ingredientes que nunca antes había considerado comestibles.

—Avena con fresas, ¿no? —respondió con seguridad, señalando una foto en la carta.

—Cierto.

—Lo que dice mamá, memoria de pez. —Me miró como si fuera el humano más limitado de la tierra.

Yo opté por un *bagel* con salmón ahumado y un café doble.

Valeria insistió en que quería "el desayuno de la foto" y un zumo de naranja natural.

Mientras esperábamos, ella empezó a contarme algo sobre una "misión secreta" que estaba llevando a cabo con Coco y yo me acordé de las palabras de Lucía: "haz que sienta que la escuchas".

Rebotaron en las paredes de mi cerebro con eco y todo.

—¿Y en qué consiste esa misión? —pregunté, entretenido.

—En asegurarnos de que tú aprendas a ser un papá guay. —Sonrió con un descaro que solo podía venir de una niña de cinco años.

Después del desayuno, seguimos con nuestra improvisada rutina.

Llevar a Valeria al supermercado me pareció una idea brillante en mi cabeza.

Que elija lo que le gusta comer, pensé.

Será divertido, me dije.

Spoiler: no lo fue.

Empujé el carrito por los pasillos impecables de un supermercado gourmet en el centro de Madrid, uno de esos sitios donde hasta los tomates parecían sacados de una revista de diseño.

Tiempo después comprendería que comprar en Mercadona o Carrefour también estaba bien.

Valeria caminaba a mi lado con su fiel Coco bajo el brazo y un brillo en los ojos que me hizo pensar que algo planeaba.

—Vale, Valeria, necesitamos cosas para ti. —Saqué mi móvil y abrí la lista que Lucía me había enviado por WhatsApp: frutas, verduras, carne, pescado, yogures, galletas integrales, algo para meriendas saludables...

—¿Puedo coger lo que quiera? —preguntó, con una sonrisa angelical.

—Dentro de lo razonable. —"Razón" era una palabra que claramente no existía en su diccionario.

Y, para qué mentir, tampoco en el mío, visto lo visto.

Avanzamos por la sección de frutas y verduras, donde Valeria seleccionó cuidadosamente manzanas y fresas.

Hasta ahí, todo iba bien. Pero en cuanto giramos hacia los pasillos de galletas y cereales, la situación empezó a descontrolarse.

—¡Mira estas galletas! —dijo, señalando unas con forma de oso cubiertas de chocolate.

—Eso no es saludable, Valeria. —Intenté mantener la compostura.

—Pero tienen forma de osito. —Me miró con esos ojos gigantes y brillantes que podrían convencer a cualquiera.

—Deja los ositos. Coge esas de avena. —Señalé un paquete aburridísimo que, según Lucía, era una opción decente para niños.

Valeria bufó, pero lo puso en el carrito. Dos minutos después, mientras yo miraba yogures, escuché el ruido inconfundible de paquetes cayendo.

Me giré para encontrarla de pie junto a una estantería de snacks saludables, con una bolsa de chips de lentejas en una mano y una expresión de pura inocencia en la cara.

—¿Esto cuenta como saludable? —preguntó.

—No si piensas comértelo como si fuera tu única comida del día.

Al final, llegamos a la caja con un carrito que incluía: frutas y verduras (porque las elegí yo, sobre todo las verduras), yogures sin azúcar (elegidos bajo mi supervisión y con dibujos de unos perros con cascos de policía y bombero), el paquete de galletas con forma de osito que Valeria metió cuando no miraba, zumos de esos que costaban más que una botella de vino decente porque, según Lucía, eran “más naturales”, carne, pescado (para mí, ella lo detestaba), legumbres, arroz, café, leche, agua, productos higiénicos infantiles y chips de lentejas.

Mientras esperábamos en la fila, Valeria me miró con una sonrisa triunfal.

—¿Ves? No ha sido tan difícil —dijo.

—Habla por ti. Este carrito parece una mezcla entre una dieta de influencer y un antojo de cumpleaños.

Cuando llegamos a casa, mientras yo guardaba todo en la nevera y los armarios, Valeria ya estaba sentada en el sofá con Coco, devorando uno de los ositos de chocolate que, al parecer, había conseguido abrir en el coche.

—Esto cuenta como saludable porque tiene chocolate negro, ¿verdad? —preguntó.

—Claro, campeona. —Suspiré, pensando que sobrevivir a una simple compra ya era un logro digno de premio.

Antes de comer jugamos con un puzle que compré en un impulso de pánico en una tienda de juguetes días atrás, y después de un rato, Valeria me pidió que le leyera un cuento.

Pero no uno cualquiera, sino EL CUENTO que Judit había dejado en su maleta y que había leído el otro día ella solita.

Me apunté mentalmente hacer una compra de juegos, juguetes y nuevos cuentos para ella y, aunque mi lectura no fue digna de un Oscar, Valeria pareció encantada.

Utilicé el horno por primera vez para preparar pollo asado siguiendo las indicaciones de Lucía y a Valeria le pareció que estaba bueno.

Por la tarde se instaló en el sofá con Coco a su lado, y yo encendí la tele.

Decidí probar suerte con *El Mundo de Craig*, uno de los dibujos que Lucía me había recomendado.

A los pocos minutos, Valeria estaba completamente absorta, riéndose a carcajadas con las ocurrencias de los personajes.

—¿Te gusta? —pregunté, sintiéndome absurdamente orgulloso de mi elección.

—Sí. Este niño es muy listo, como yo —respondió sin apartar los ojos de la pantalla.

Bueno, un punto para Lucía, pensé, aliviado de haber acertado por una vez.

Al final del día, mientras recogía la cocina y Valeria se quedaba dormida con Coco a su lado, me senté en el sofá y revisé el anuncio de la niñera.

Mi móvil vibró, era un mensaje de Lucía.

¿Has sobrevivido? ¿O ya estás buscando vuelos a una isla desierta?

Respondí con un emoji de cara agotada y un "*¿Te apuntas a ser mi niñera*?".

Su respuesta llegó al instante:

Ja, ja. Prefiero enfrentarme a un tribunal antes que a una niña con un oso pegajoso, bastante tengo con los míos. Pero ánimo, hermanito. Lo estás haciendo mejor de lo que crees.

Acto seguido, recibí una llamada de Judit.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Hoy creo que ha sido el mejor día desde que está aquí —respondí, no sin sentir cierto orgullo en mi interior.

No había buscado verme en aquella situación, nunca había pensado en tener hijos, más bien, era algo que me causaba rechazo, pero de algún modo la vida me había puesto en ese embrollo y no podía hacer nada salvo intentar hacerlo lo mejor posible.

Al fin y al cabo, Valería no tenía la culpa y… a pesar de todo, era maja.

Me caía bien.

Y, ojo, que tus hijos te caigan bien, no pasa siempre.

—¿De verdad? —preguntó ella.

—¿Por qué ese tono de sorpresa? —respondí con el ceño fruncido—. Ya está dormida, por cierto.

—Nunca pensé que tuvieras la suficiente capacidad —soltó mordaz.

—¿Y por eso la dejas aquí y te largas? —Me levanté del sofá, enfadado.

Judit suspiró al otro lado de la línea.

—No voy a discutir, Máximo. Solo quería saber cómo estaba la niña y avisarte de que te he mandado un correo electrónico con los resultados de la prueba de paternidad. Me llegaron ayer, pero no tuve tiempo de mandártelo, tengo mucha responsabilidad en mi nuevo trabajo —me explicó.

—¿Y bien?

—Por si no tenías alguna duda de mi palabra, Valeria es tuya. Puedes comprobarlo tú mismo.

—Bien, hasta luego.

Colgué la llamada y abrí corriendo el email que me había mencionado.

Al principio, los primeros días, cuando tenía que preguntarle algo a Judit, le escribía al correo personal que me había facilitado, de ahí que ella tuviera la dirección del mío.

Después pasamos al whatsapp y las llamadas telefónicas.

Cuando abrí el archivo, pude comprobar que, en efecto, Judit nunca me había mentido.

El resultado era afirmativo, Valeria era mi hija.

Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro.

Tal vez no sería el mejor padre del mundo, pero estaba aprendiendo.

Un día a la vez.

6
Meri

El sándwich de Barbie tenía mejor pinta que el mío, todo había que decirlo. Esa pequeña torre grasienta de pan no era lo más apetecible del mundo, pero, sinceramente, tampoco estaba en posición de ponerme exigente.

Últimamente, mi presupuesto para comida era el mismo que para lujos: inexistente. Así era la vida cuando te metías de lleno en unas oposiciones que te consumían el tiempo, el alma y, lo peor, la cuenta corriente.

Había estudiado derecho, pero yo andaba más bien torcida.

Mucho ensayo y error, muchas idas y venidas.

Anda, con pareado y todo.

Nada, estaba yo como para convertirme en artista, con la que tenía encima.

No, no, no.

—¿Piensas mirarlo todo el rato o vas a darle un mordisco de una vez? —me preguntó Barbie arqueando una ceja mientras untaba más mayonesa en su sándwich, porque aparentemente no había suficiente colesterol ahí dentro.

Barbie para mí, porque era mi mejor amiga, Bárbara para el resto de los mortales.

—Estoy decidiendo si quiero morir ahora o esperar al próximo simulacro de examen. —Mordí el pan, y el sabor me confirmó que *El Rincón de Pepa* seguía siendo fiel a su tradición de servir comida mediocre desde 1997.

Eso sí, mediocre con encanto, porque sería un bar de barrio, pero Lavapiés era muy decente. Llevábamos toda la vida yendo allí. Nuestras abuelas, que eran vecinas, nos llevaban de niñas y así surgió nuestra amistad, porque Barbie y yo éramos como dos agapornis, la una no podía respirar sin la otra.

Aunque, también te digo, la decoración seguía estando atrapada en una mezcla extraña entre cortinas de ganchillo y pósters de *El Dúo Dinámico*, y las suelas de los zapatos se te quedaban pegadas a las baldosas de un suelo lleno de palillos de dientes mordisqueados.

Honestamente, eso me daba verdadera angustia, si me preguntan.

Pero algo en ese lugar nos hacía volver siempre, quizá porque olía a infancia aunque apestara a aceite quemado. Ni siquiera importaba que el café supiera a rayos o que la tortilla tuviera más patata que huevo; era nuestro sitio.

—Yo no sé por qué sigues con esas oposiciones, de verdad. —Barbie apoyó la barbilla en la mano, observándome con ese aire de superioridad que solo alguien que lleva las uñas perfectamente pintadas en todo momento puede tener.

Las suyas, en efecto, brillaban en un tono fucsia eléctrico que combinaba, por algún milagro divino, con sus pendientes.

Eso era Barbie: una explosión de color en un mundo demasiado gris.

—Podrías trabajar conmigo en la tienda. Te lo he dicho mil veces.

—Barbie, ya sabes que no puedo. —Suspiré, apartando las migas de mi plato. —Quiero ser abogada, no pasarme la vida vendiendo bolsos y camisetas que nadie necesita.

Barbie, a quien toda la vida le había hecho ilusión poner un toque glam en su nombre, hizo una mueca.

—Mis clientas necesitan esos bolsos, gracias. ¿Quién si no va a lucir mis colecciones exclusivas de mercadillos *vintage*? —Barbie dirigía una pequeña tienda en Malasaña, un lugar

lleno de prendas únicas, bisutería exagerada y más color que una cabalgata de carnaval. Para ella, la moda era una mezcla entre arte, rebeldía y terapia, pero no diseñaba nada.

Sonrió como si hubiera ganado un debate importante, lo cual me enfureció un poquito. Barbie siempre tenía ese don de salirse con la suya, incluso en las discusiones más absurdas.

Justo cuando iba a responderle, la puerta del bar se abrió con un tintineo, y ambas levantamos la mirada.

Era su abuela Charo, envuelta en una chaqueta fina de color mostaza que parecía un homenaje al otoño, ese que todavía no terminaba de llegar a Madrid.

Llevaba en la mano un bolso que podría haber salido directamente de una serie de televisión de los ochenta.

O quizá era de la tienda de su nieta, lo mismo daba.

—¡Aquí están mis chicas! —exclamó con una sonrisa que iluminó todo el local, a pesar del humo del café y el olor a fritanga que lo impregnaban todo.

Charo era una fuerza de la naturaleza, un torbellino de energía que no encajaba con los estereotipos de las abuelas. Ella no hacía ganchillo ni veía telenovelas; ella hablaba de chakras, cartas astrales y cómo el espíritu de su difunto Paco le daba señales cada vez que el microondas fallaba.

Barbie me lanzó una mirada de complicidad mientras su abuela se sentaba con nosotras.

Estaba claro que la mañana iba a dar para largo.

Charo se dejó caer en la silla como si acabara de terminar una maratón, aunque seguramente el único esfuerzo real había sido cruzar la calle, y dejó el bolso sobre la mesa, golpeando el plato con lo que sospechaba era un cristal de cuarzo del tamaño de una pelota de golf.

—Hoy es un día especial, lo siento aquí —dijo señalando su corazón con su mano llena de anillos del bazar que había al final de la calle.

Barbie rodó los ojos con una sonrisa que delataba puro amor. No importaba cuánto discutieran o cuánto se desesperara con las manías místicas de su abuela; eran inseparables.

Tal y como mi hermano y yo lo éramos con la nuestra hasta que falleció.

Mi pobre.

Nuestros padres murieron en un accidente de coche cuando éramos pequeños, por lo que ella se hizo cargo de nosotros sin decir ni mu.

—¿Qué has sentido, abuela? —preguntó Barbie, mientras yo trataba de disimular mi risa detrás del vaso de agua.

—Pues que algo grande está por venir. He echado las cartas esta mañana y… ¡pum! La Torre, el Sol y la Emperatriz. —Charo gesticulaba con tanta emoción que casi volcó el vaso de café. —Alguien aquí está a punto de encontrar el amor.

—O de quemarse en la hoguera, porque la Torre también significa desastre, ¿no? —respondí con una media sonrisa.

—Meri, cariño, tienes que ser más positiva. —Charo me dio un golpecito en la mano, como si estuviera rezando por mi alma perdida. Aunque para perdida la suya, esa mujer ya no tenía remedio ninguno—. Has de confiar en tus hadas madrinas.

—¿Quiénes? ¿Hambre, muerte y fracaso? —espeté con las cejas levantadas. Luego fruncí el ceño—. Yo no tengo de eso.

Charo negó con la cabeza repetidas veces.

—A veces, aunque las cosas vengan en un paquete feo, luego nos sorprenden —dijo con una sonrisa asquerosamente grande.

—¿Qué significa "paquete feo"? —Barbie soltó una carcajada mientras mordía su sándwich.

—Pues lo que sea. Un hombre que al principio parece un idiota pero luego resulta ser un amor, o un trabajo que no te gusta pero te abre puertas. ¡Quién sabe! —Charo se encogió de hombros, como si su explicación tuviera toda la lógica del mundo.— ¿Cómo que no tienes hadas madrinas? —Me miró con una expresión que no supe descifrar.

—¿Quién te has creído que soy? ¿Cenicienta? —pregunté con un deje de tristeza en la voz—. Pues no tengo ni ratones que hablan ni calabazas que se convierten en carrozas ni zapatos de cristal. Solo un par de agujeros en mis *Adidas*.

Miré el reloj disimuladamente tras suspirar. Había prometido a mi hermano ayudarle con unos papeleos en casa de nuestra abuela, pero la conversación con Charo siempre era un espectáculo difícil de interrumpir.

Además, cualquier excusa era buena para evitar enfrentarme a mi propia realidad: estaba más perdida que un GPS sin cobertura.

Mi hermano…

Eso era otro cantar, había que darle de comer a parte, qué difícil había salido el chiquito.

Le sacaba ocho años, pero ese niño me había hecho madurar en menos que se dice *tris*.

—Bueno, Charo, si tienes tanta conexión con el universo, ¿no podrías pedirle que me caiga un trabajo decente y una nómina con la que no tenga que elegir entre comer o pagar la academia de la opo y todo eso? —intenté bromear, aunque la desesperación se asomaba en mi tono.

Charo me miró fijamente, con esa intensidad que solo tienen las abuelas y los médiums.

Claro, que ella estaba en el grupo de las primeras. Por mucho que estuviera convencida de poder algún día contactar con su Paco, en gloria esté, yo estaba convencida de que eso era imposible.

—No te preocupes, niña. Todo llega. Y cuando menos te lo esperes, estarás sentada en la cima del mundo.

Barbie y yo intercambiamos una mirada, y ambas rompimos a reír. Porque, al final, si no podíamos tomarnos la vida con humor, ¿qué nos quedaba?

Charo se inclinó hacia el bolso, rebuscando entre una montaña de objetos que iban desde caramelos pegajosos hasta lo que parecía ser un péndulo de cuarzo.

Finalmente, sacó su teléfono móvil.

—Veamos…

—¿Otra vez con los periódicos, abuela? —preguntó Barbie mientras removía su café. —Deberías buscarte un *hobby* más actual, como el *TikTok* o algo.

—Los periódicos no son solo papel… bueno este es por aquí por el móvil, pero son portales de sabiduría. Además, Paco siempre los leía con devoción, y desde que se fue, siento que es mi deber mantener la tradición. —Charo acarició la pantalla del teléfono con aire solemne, como si estuviera rindiendo homenaje al difunto abuelo.

Yo sonreí, acostumbrada ya a las historias de Paco y las señales cósmicas.

Charo siguió mirando el móvil, murmurando cosas como "Ay, Paco, si estuvieras aquí, seguro que me dirías qué número jugar en la primitiva".

De repente, levantó una mano, pidiendo silencio, aunque nadie estaba hablando.

—¡Esto es! —exclamó, golpeando la mesa con su dedo lleno de anillos.

Barbie y yo nos inclinamos hacia adelante, intrigadas.

—¿Esto es qué? —preguntó Barbie, más por costumbre que por interés real.

—Tu salvación, Meri. Anda, pues la Pruden tenía toda la razón el otro día cuando me habló de la plataforma local esta de trabajos… ¿Sabéis? Me dijo que Luis, su hijo el que ha vuelto de Alemania, encontró trabajo aquí. —Charo giró el móvil hacia mí y señaló un anuncio con letras

grandes y llamativas: *Se busca niñera con experiencia para niña de 5 años. Imprescindible paciencia, habilidades culinarias básicas y sentido del humor. La candidata ideal no tendrá miedo a Coco, el oso más pegajoso del planeta. Contactar a Máximo Medina al número…*

La miré, y luego al anuncio, sin saber si reír o llorar.

—¿Niñera? —repetí, con una mezcla de incredulidad y resignación. —Apenas sé cómo cuidarme a mí misma.

—Eso es lo de menos. —Charo agitó una mano como si mi argumento fuera irrelevante. —Un par de juguetes y unos sándwiches de nocilla y ya está. Eso les gusta a todos. Además, tú eres lista, responsable y tienes paciencia. Bueno, más o menos. Además, viste cómo tu abuela cuidaba de Miguel y necesitas el dinero, ¿no?

Barbie intervino, masticando su último bocado de sándwich:

—Podrías intentarlo, Meri. Si es un desastre, siempre puedes decir que no eres tú, es Mercurio Retrógrado o algo así.

La idea de lanzarme a cuidar niños me parecía tan descabellada que tuve que reprimir una carcajada nerviosa. Pero la premisa de tener un salario de nuevo y dejar de estirar el paro del anterior resonaba en mi cabeza con la fuerza de un mantra.

Charo me miró fijamente a los ojos, pero sus pupilas destilaban el mismo cariño de siempre que reconocí al instante.

—A veces, el universo pone en nuestro camino cosas que no esperamos, pero que necesitamos. Llámalo destino, Meri. O llámalo Paco dándote un empujón desde allá arriba.

Suspiré.

En el fondo sabía que no tenía muchas opciones.

—Está bien, dame ese número. Pero si termino encerrada en una habitación llena de niños gritones, espero que el universo también me mande unos tapones para los oídos.

Charo sonrió triunfante mientras Barbie me palmeaba el hombro con fingida solemnidad.

Pero entonces dudé, porque el anuncio estaba ahí, brillante y tentador, pero yo no lo tenía nada claro.

—¿Vas a responder o qué? —preguntó Barbie, inclinándose sobre mi hombro para leer la descripción.

—¿Parezco una niñera? —bufé, señalándome con un gesto dramático.

—No es que parezcas abogada, tampoco. —Barbie tenía el tacto de un rinoceronte, pero no podía enfadarme con ella porque tenía razón.

Suspiré, apartando el móvil.

Últimamente, mi cuenta bancaria era como un desierto: nada crecía ahí, salvo el paro, que era una mierda.

Y la oposición, con su academia, sus libros caros y el estrés que venía de regalo, no me dejaba opciones.

Ni la luz.

Ni el agua.

Ni la contribución, ni la basura, ni la comida.

Ni el seguro de los muertos.

Ni las tarrinas de helado, ni las mascarillas coreanas para la cara.

Ni el coche.

—Mira, no es tan malo. Vas, te inventas que sabes cantar canciones de cuna y haces lo que puedas. El dinero es dinero, Meri.

Me quedé callada, mordiéndome el labio. No era el trabajo de mis sueños, pero necesitaba el

dinero.

Y además, ¿cuánto podría complicarse cuidar a un niño?

—Bien. Lo haré. —Mi decisión salió en un suspiro.

—¡Así se habla! —exclamó Charo, levantando su puño como si estuviera en una ceremonia.

Barbie sonrió, como si ya me viera con un delantal y un niño gritando en brazos.

—Te vas a divertir. —Hizo una pausa, mirándome con picardía—. Ojalá el padre esté bueno.

—No es una entrevista de Tinder. ¿Qué me importa a mí el padre? A lo mejor hasta está casado…

—Nunca se sabe.

Ese mismo día, sábado, envié mi solicitud, ya que además del número de teléfono, también había adjuntada una dirección de correo electrónico, adaptando mi currículum para que sonara menos como “aspirante a abogada” y más como “experta en mantener niños con vida”.

Y aunque me sentía completamente fuera de mi “safe place”, no pude evitar un pequeño cosquilleo de emoción.

Era el principio de algo nuevo, aunque no tuviera ni idea de dónde me estaba metiendo.

7
Máximo

La mañana había empezado como un puñetazo en la cara.

Los lunes siempre eran duros, pero entre Valeria y el trabajo, me sentía como un malabarista intentando mantener todo en el aire mientras me daban pelotazos en la cabeza.

Mi plan brillante era aprovechar las horas en las que Valeria estaba en el colegio para volver a mi “vida normal”.

Es decir, había desechado esa primera decisión de trabajar desde casa que me había durado… exactamente una semana, y había optado por volver a la sede de Medina Capital.

Un error de cálculo monumental, aunque pensaba que estar de nuevo en el despacho de mi oficina, en el que se suponía que había un ambiente de trabajo distendido y óptimo, sin chocolate en las teclas del ordenador y piezas de bloque tiradas aquí y allá, me iba a venir bien.

Sin embargo, mi bandeja de entrada parecía un campo de batalla, el teléfono no paraba de sonar y mi paciencia estaba colgando de un hilo muy, muy fino.

Tanto, que sentía que podía romperse en cualquier instante.

Al ingresar en la bandeja de entrada de mi dirección de correo, volví a ver de nuevo aquel email. Se trataba del currículum de una posible candidata a niñera tras el anuncio que había puesto en aquella plataforma de empleo local, el cual había recibido dos días atrás, el sábado.

No obstante, estaba demasiado ocupado intentando no perder los estribos con el contrato de un cliente que insistía en… no lo sabía, ya no sabía ni lo que me estaba diciendo.

En fin, abrí el currículum con una mano mientras con la otra me masajeaba las sienes.

El dolor de cabeza prometía ser épico, así que ni siquiera leí los datos personales de la candidata.

Y entonces sonó el teléfono.

Otra vez.

Respiré hondo, conté hasta tres (porque diez me parecía una exageración) y contesté sin mirar.

—¿Qué? —gruñí, porque la cortesía no era un recurso renovable.

—Hola, ¿Máximo Medina? —La voz femenina al otro lado sonaba clara, segura. Un poco impaciente, diría.

—¿Quién pregunta? —respondí, frunciendo el ceño. Ya estaba harto de llamadas sin sentido.

—Verás, es que he enviado…

Tardaba demasiado en darme una explicación, y yo sentía que no tenía tiempo.

Tampoco paciencia.

—¿En serio? ¿De verdad crees que este es un buen momento para llamarme? Estoy trabajando, ¿vale? —interrumpí, sintiendo cómo mi tono borde subía un par de octavas.

—Oh, disculpe, señor "demasiado ocupado para ser humano". —La ironía en su voz era tan palpable que casi podía verla en 3D—. No tenía ni idea de que responder al teléfono formaba parte de una muerte lenta y dolorosa.

Tragué saliva, intentando no perder los papeles. Aunque, siendo sincero, ya los había perdido hacía rato.

—Mira, estoy hasta arriba de cosas. No tengo tiempo para esto ahora.

—Claro, porque todos sabemos que los emails mágicos se responden solos, ¿verdad? —replicó ella con un sarcasmo que habría aplaudido si no estuviera al borde de sufrir una

apoplejía.

—Tengo un día complicado. Adiós. —Y colgué, dejándome caer en mi silla con un suspiro tan profundo que podría haberme llevado directo al centro de la Tierra.

La insolencia de esa mujer me había sacado de quicio.

¿Cómo se atrevía a hablarme así?

Sin embargo, había algo en su tono, en esa mezcla de seguridad y desafío, que me dejó una pequeña sonrisa torcida.

No obstante…

No tenía tiempo para pensar en eso.

Necesitaba que alguien se ocupara al menos del tema del currículum de la niñera por mí.

Cinco segundos después, mi móvil vibró con un mensaje.

Era de Lucía, quien parecía que oliera mis problemas a distancia.

¿Todo bien, hermanito?, me había escrito.

Suspiré, si alguien podía manejar aquello, era ella.

La llamé directamente y contestó al segundo tono, como siempre.

—¿Qué pasa, Máximo? —preguntó, divertida, porque le encantaba mi desesperación—. ¿Valeria está bien?

—Está en el colegio, todo bien. Escucha, necesito un favor. —Me masajeé la nuca, mirando la pantalla del ordenador como si me intimidara—. ¿Podrías hacerme una entrevista con una candidata? No tengo tiempo para lidiar con esto ahora.

Lucía suspiró al otro lado de la línea.

—¿Otro favor? ¿Qué ha sido del poderoso CEO que no necesitaba ayuda de nadie?

—Murió. Lo enterraron la semana pasada junto con sus ganas de vivir. Escucha, por favor, ¿me vas a ayudar?

—¿De verdad? ¿No puedes llamar tú? —preguntó Lucía, divertida—. ¿O es que quieres parecer aún más inaccesible?

—Estoy hasta el cuello, Lucía. Ayúdame, por favor.

Lucía rio al otro lado de la línea.

—De acuerdo. Pero te lo advierto, si es un desastre, no me culpes.

—Perfecto, no esperaba menos de ti —dije algo más tranquilo; necesitaba solucionar lo de la niñera cuanto antes.

—¿Y cómo es la candidata?

—No lo sé. Solo espero que no sea mandona y que no le guste discutir. Ya se me hace difícil lidiar con Valeria.

—Ah, o sea, tu tipo.

—No empieces, Lucía.

Ella soltó una carcajada.

—Mándame el contacto y me ocupo. Aunque, si quieres mi opinión, deberías aprender a manejar estas cosas tú solo.

—Lucía, tengo un cliente terriblemente insoportable. Estoy lidiando con cosas muy importantes aquí.

—Pobrecito. —Lucía fingió compasión—. Espero que puedas sobrevivir a tu vida tan difícil.

Colgué antes de que pudiera seguir burlándose, pero no sin una sonrisa. Aunque a veces era una pesadilla, Lucía era la única persona que sabía cómo hacerme reír cuando sentía que todo se desmoronaba.

Volví a mi correo, buscando el de la candidata para enviarselo a mi hermana.

Por un momento, dudé.
¿Podría ser aquella chica la misma que me había llamado?
Sacudí la cabeza.
No.
No podía ser.
La mujer del teléfono había sonado demasiado borde.
Mientras pulsaba "reenviar", pensé que no solo necesitaba una niñera.
Lo que realmente necesitaba era un milagro.
O *kleenex* y psicólogos, eso también, porque realmente me encontraba desbordado.

8
Meri

El café estaba frío, y para colmo, amargo. Como mi día, vaya.

Ya me daba lo mismo, pronto sería la hora de cenar y luego de dormir, y ese maldito lunes terminaría.

Barbie estaba tirada en el sofá con las piernas cruzadas de manera imposible, devorando unas galletas de chocolate como si no tuviera problemas en el mundo, mientras yo repetía, por quinta vez, el resumen de mi pesadilla telefónica.

Estaba enfadada, lo admito.

—¡Y va el tío y me dice que no tiene tiempo para mis tonterías! —gesticulé moviendo la mano en la que llevaba mi taza de café, que amenazaba con vaciarse sobre el cojín.

Lo que me faltaba, porque como eso pasara, Charo me lanzaría cualquier maldición.

Vale, no, en realidad estoy exagerando, pero realmente estaba de un humor de perros desde que había hablado por teléfono con ese estúpido del que ni siquiera recordaba el nombre.

¿Cómo era…?

Ah, sí, Máximo, aunque yo lo hubiera llamado máximamente borde.

—Bueno, técnicamente dijo “no tengo tiempo para esto ahora”. —Barbie masticó otra galleta con una paciencia que me estaba poniendo de los nervios.

—¡Peor me lo pones! Ni siquiera se molestó en especificar qué era “esto”. Yo. Soy. Esto. —Me dejé caer en el otro extremo del sofá, sintiendo que el mundo conspiraba contra mí.

O el Universo, según Charo, que, hablando de la reina de Roma, por ahí se asomaba, ya que entró en el salón en ese momento, sujetando su mazo de cartas del tarot y mirándonos como si acabara de descubrir el secreto más oscuro del mundo.

—¿Sabéis quién tenía tiempo para todo? Mi Paco. —Se sentó en la butaca frente a nosotras y extendió las cartas sobre la mesita de café, desplazando mis apuntes de oposiciones como si fueran irrelevantes y no dependiera de ellos, como si en esas líneas no estuviera escrito mi futuro.

—A ver, Charo, que esto no tiene nada que ver con tu Paco —protesté, aunque ya sabía que no servía de nada.

—Todo tiene que ver con Paco, querida. —Charo empezó a barajar las cartas, mirándome con ese brillo en los ojos que me hacía sentir como una niña pillada robando caramelos.

—¿Esto es realmente necesario? —murmuró Barbie, cogiendo otra galleta y mirando de reojo a su abuela.

—Calla, Barbie, que las cartas no mienten. Meri necesita orientación, y yo estoy aquí para dársela. —Charo me lanzó una mirada que no admitía réplica.

Suspiré, resignada. La desesperación económica hacía que hasta el tarot sonara como una buena idea.

—Vale, adelante. Dime, ¿qué tengo que hacer con el ogro del teléfono? —Me crucé de brazos, esperando una revelación milagrosa.

Charo extendió tres cartas y las observó con aire solemne.

—Aquí está el diablo… que, por cierto, siempre es un hombre —murmuró, señalando la primera carta.

—Qué sorpresa —solté con ironía.

—Pero también veo el carro. Eso significa que tienes que avanzar, superar este obstáculo. Y

aquí está la estrella… que eres tú, guapa. —Charo me guiñó un ojo.

—¿Eso qué significa en cristiano? —preguntó Barbie, con la boca llena de galletas.

¡Por el amor de Dios, que alguien se las quitara!

—Que mi Paco dice que tiene que enfrentarse al ogro. Es su destino. —Charo se recostó en la butaca, satisfecha.

Barbie soltó una carcajada.

—¿El abuelo dice eso? ¿Desde dónde, exactamente? ¿El más allá tiene conexión directa con el tarot ahora?

—No te burles, niña. Tu abuelo siempre acierta. —Charo frunció el ceño, pero su tono seguía siendo más divertido que enfadado.

Mientras ellas discutían, yo miraba las cartas y pensaba en lo mucho que necesitaba ese empleo. No era solo una cuestión de orgullo; era una cuestión de supervivencia.

—Vale, Charo, digamos que tienes razón. ¿Y si llamo y me vuelve a tratar como una idiota? —pregunté, más a mí misma que a ellas.

Barbie intervino, dejando las galletas a un lado.

¡Aleluya! Sinceramente pensaba que en cualquier momento le entraría una cagalera de órdago.

—Mira, Meri, tienes dos opciones: o te quedas aquí quejándote mientras la yaya consulta a mi abuelo, o agarras el teléfono y le demuestras a ese tipo que nadie habla así contigo.

Charo asintió con entusiasmo.

—Eso mismo. Y si no funciona, siempre podemos hacerle un hechizo de calvicie. Los hombres temen a la alopecia, ya te lo digo yo.

Me reí a pesar de todo. Quizá estaban locas, pero tenían razón.

—De acuerdo. Lo intentaré otra vez. Pero si vuelve a colgarme, Charo, espero ese hechizo.

—Hecho. —Charo levantó su taza de té como si fuera un brindis.

No tardé demasiado rato en marcharme, el suficiente para recoger mis cosas de estudio y, de paso, mi dignidad de casa de Charo.

Llegué a casa con la cabeza todavía dando vueltas.

Me recibió el sonido de las llaves de Miguel cuando llegué a la puerta, que siempre hacía ese clac metálico tan característico al correr la cerradura.

Toqué con los nudillos en la puerta.

—Soy yo —dije.

Miguel sacó sus llaves de la cerradura y cuando yo abrí con las mías, él estaba poniéndose su chaqueta de cuero y revisando el móvil al mismo tiempo.

—¡Eh! ¿Dónde vas tan arreglado? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

Miguel levantó la mirada y sonrió con ese aire despreocupado suyo que siempre parecía decir: "No te preocupes por nada, yo lo tengo todo controlado".

—A currar, hermanita. La noche madrileña no descansa, y yo tampoco. —Se giró para coger una mochila del perchero.

Cierto, todavía no me había acostumbrado a sus horarios, ahora trabajaba en una discoteca del centro. Es más, esos papeleos que hacía un par de días le había ayudado a hacer, eran precisamente los necesarios para que fuera contratado.

—La noche madrileña y tú tenéis una relación demasiado estrecha. —Fruncí el ceño, cruzándome de brazos.

—Alguien tiene que poner orden en las barras de los bares y asegurarse de que la gente no se pase con los chupitos. Y por alguien, me refiero a mí. —Se rio mientras se ajustaba la chaqueta.

Miguel siempre había tenido ese aspecto que hacía que la gente confiara en él al instante. Moreno, con el cabello un poco desordenado que parecía sacado de un anuncio de champú (a pesar de que usaba el mismo jabón para todo, cosa que es muy de tíos, ¿verdad? Luego, ni un grano tienen, los malditos), y una sonrisa que podía desarmar a cualquiera.

Sus ojos oscuros, que siempre brillaban con una chispa de travesura, habían sido responsables de más de un corazón roto en el barrio.

—¿Y tú? ¿Has arreglado ya lo del curro ese? —preguntó, mirándome de reojo mientras revisaba su cartera, siguiéndome hasta el salón.

—Más o menos. —Suspiré, dejándome caer en el sofá—. He tenido una discusión por teléfono con un tipo que parece sacado de un manual de "cómo ser insoportable". El que ofertaba el anuncio, justamente.

Miguel soltó una carcajada.

—Eso no es nuevo en ti. Pero bueno, ¿qué te ha hecho el pobre desgraciado?

—El pobre desgraciado me trató como si fuera una molestia. ¡Y encima es él el que necesita ayuda! —me quejé, lanzando los cojines al otro extremo del sofá. —Mira, lo único que sé es que necesito ese trabajo, pero ahora mismo solo pienso en cómo devolverle la humillación.

Miguel negó con la cabeza, sonriendo.

—¿Sabes qué? Déjalo fluir. Si de verdad quieres ese trabajo, trágate el orgullo. Pero si no, mándale a paseo. Así de simple.

—¡Qué fácil lo pintas todo siempre! —protesté.

Yo me sentía insuficiente para la vida adulta.

Cansada.

Agotada.

Abatida.

Destruida.

—Hermanita, la vida ya es complicada de por sí. Yo no tengo tiempo para complicármela más. —Se inclinó y me dio un beso en la frente. —Venga, no te comas tanto la cabeza. Ya me contarás cómo acaba tu telenovela.

—Eso espero. Cuídate, ¿vale? —dije mientras lo veía volver al rellano para abrir la puerta.

—Siempre. —Se giró, lanzándome una última sonrisa antes de desaparecer y cerrar la puerta.

Cuando él se marchó, me quedé en silencio. Obvio, todavía no me había vuelto tan loca como para hablar con la pared.

El sofá crujió ligeramente cuando me recosté y me quedé mirando el techo.

La discusión con el ogro del teléfono seguía martilleando mi cerebro.

¿Tenía razón Miguel?

¿Debería tragármelo todo y simplemente intentarlo?

Pensé en lo diferentes que éramos mi hermano y yo.

Miguel siempre había sido el niño travieso que salía airoso de cualquier lío, mientras que yo era la niña responsable, la que hacía listas y cumplía horarios.

Nuestra infancia había sido una mezcla de carreras en bicicleta por el barrio y noches en las que compartíamos una manta mientras veíamos dibujos animados.

Aunque a veces me sacaba de quicio, Miguel era mi ancla. Siempre había estado ahí para mí y, a pesar de que nuestras vidas eran muy diferentes ahora, seguía siéndolo.

Suspiré.

Tal vez tenía razón.

Tal vez era hora de dejarme de tonterías y enfrentarme a aquel reto.

Pero una cosa estaba clara: si volvía a escuchar a ese hombre llamándome "esto", iba a necesitar algo más que un café frío para calmarme.

9
Meri

A la mañana siguiente, el teléfono sonó mientras me enjuagaba la boca tras lavarme los dientes y, entre el susto y la espuma, casi me atraganté.

Me sequé los labios con la manga del pijama y deslicé el dedo por la pantalla del móvil, aunque no conocía el número.

—¿Sí?

—Hola, ¿Meritxell? —Una voz femenina, cálida pero firme, sonó al otro lado de la línea.

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Lucía, la hermana de Máximo Medina. Si no me equivoco, enviaste tu currículum a una oferta de empleo que colgó en una plataforma local para el trabajo de niñera. ¿Podríamos hablar?

Me quedé en silencio un momento.

¿Lucía? ¿Hermana del ogro?

Vale, por lo menos ella sonaba más simpática.

Trágate el orgullo, Meri. Trágate el maldito orgullo, pensé.

—Sí, claro. Dime —dije suspirando.

—Estaba pensando que podríamos hacer una entrevista en persona. ¿Te viene bien hoy por la mañana? —propuso con un tono amable que casi me hizo olvidar que su hermano había sido un borde monumental.

—Sí, perfecto.

—¡Genial!

Me dio la dirección de una cafetería con un nombre tan elegante que ya me sentía fuera de lugar solo al escucharlo: *La Tertulia Chic*, en pleno barrio de Salamanca.

Después colgamos.

Quizá Charo tenía razón y debía aceptar ese reto, aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo.

No obstante, era hora de ponerse guapa.

Estuve frente al espejo unos buenos veinte minutos, decidiendo si debía maquillarme como si fuera a un casting de *La Voz* sin yo tener pajolera idea de cantar, o mantenerme más casual.

Finalmente, me decidí por algo intermedio: base ligera, un toque de máscara de pestañas y un labial rosa que Barbie me había regalado y que todavía no había utilizado.

Mi pelo castaño, que normalmente vivía en un moño desastroso mientras estudiaba, terminó en una coleta alta bastante decente.

La ropa fue otro drama, pero después de quebrarme un rato más la cabeza, opté por unos pantalones vaqueros ajustados, un jersey beige de punto fino y mis botines marrones favoritos.

No era exactamente un *outfit* para el Barrio Salamanca, pero al menos no parecía que acabara de salir de una reunión de vecinos.

—A ver, Meri. Tú eres capaz —me dije frente al espejo, como si fuera mi propia entrenadora personal antes de marcharme.

Un rato más tarde, llegué a la cafetería diez minutos antes de la hora.

Era un lugar precioso, la verdad, con paredes de ladrillo visto, mesas de mármol y unas plantas colgantes que daban un toque acogedor.

Me sentí un poco intimidada al entrar, pero enseguida vi a Lucía sentada en una mesa junto a una de las ventanas.

Bueno, o a la que yo creía que sería ella; incluso en eso tuve que arriesgarme.

Parecía alta, con una melena rubia perfectamente lisa que simulaba haber salido de un anuncio de champú caro, y una chaqueta de *tweed*.

Pero lo más impactante era su sonrisa: cálida y sincera, como si realmente estuviera contenta de verme cuando me saludó con la mano.

Pensé que ella debía haberme reconocido por mi foto del currículum.

—¿Meritxell? —me preguntó, levantándose y extendiéndome la mano.

—Sí, encantada. —Le devolví la sonrisa, intentando no parecer demasiado nerviosa, pero lo cierto es que me temblaba todo.

A ver por qué… si solo era una entrevista de trabajo.

—Lucía. Gracias por venir. ¿Te apetece algo? Yo ya he pedido un té.

—Un café con leche estaría genial —respondí.

Se lo indicó al camarero y, mientras esperábamos, sacó una carpeta con mi currículum.

—Bueno, cuéntame un poco más sobre ti. ¿Qué te atrajo de la oferta? —preguntó, con la mirada fija en mis ojos.

¿Le digo la verdad o miento cual bellaca?, medité.

—Para serte sincera, la necesidad. —Me encogí de hombros con una sonrisa. A tomar por culo, si me arriesgaba, lo hacía con todas las consecuencias—. No es que mi sueño sea cuidar niños, pero tengo algo de experiencia, le saco ocho años a mi hermano Miguel. Además, me gusta pensar que soy paciente y creativa.

Lucía soltó una carcajada.

—Honestidad ante todo, ¿eh? Me gusta.

—Siempre. Creo que no sé hacerlo de otra forma. —Reí también, relajándome un poco.

—He leído que estudiaste Derecho.

—Sí, pero ya sabes cómo está la cosa. Las oposiciones son un agujero negro de tiempo y dinero. Necesito algo que me dé tiempo y respiro económico mientras termino de estudiar.

Lucía asintió, como si me entendiera perfectamente.

—Y la creatividad que has mencionado… ¿te gusta hacer cosas con niños?

—Sí, claro. Con mi hermano inventábamos juegos, hacíamos manualidades… hasta le enseñé a cocinar cosas sencillas. No soy *Mary Poppins,* pero tampoco *Cruella de Vil*.

Ambas nos reímos y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba en sintonía con alguien.

—¿Y cómo te llevas con los niños? —insistió Lucía.

—A mi hermano lo escuchaba, intentaba entender lo que necesitaba… Pero cada niño es un mundo, supongo.

—Eso es normal. Valeria tiene mucho carácter. —Lucía sonrió, y me di cuenta de que hablaba de la niña con auténtico cariño.

—Valeria —repetí el nombre.

—Sí, mi sobrina. Además, tiene altas capacidades, es más lista que las ratas.

Tras unos minutos más de preguntas y respuestas, Lucía cerró la carpeta y me miró directamente.

—Mira, Meritxell, me has encantado. Eres directa, tienes algo de experiencia y parece que no te asustan los retos. Quiero que conozcas a mi hermano.

Se me secó la boca por un segundo. ¿Conocer al ogro?

Bueno, ¿qué podría salir peor? Además, era él quien me tenía que pagar.

—Por supuesto. Dime cuándo y dónde.

—Te aviso esta misma tarde, ¿vale? Estoy segura de que va a ir todo genial. Él se encargará de informarte acerca de horarios, sueldo… Por supuesto, te dará de alta en la Seguridad Social.

—Muy bien —accedí asintiendo con la cabeza.

Cuando salí de *La Tertulia Chic*, sentí que había ganado una pequeña batalla. No sabía lo que me esperaba, pero al menos ahora tenía un pie dentro y el trabajo era mío.

10
Máximo

El teléfono sonó justo cuando intentaba preparar un café mientras respondía un correo urgente.

Agarré el móvil con una mano y sujeté la taza con la otra, intentando que no se desbordara el café.

Era Lucía.

—Dime —contesté distraído, apoyando el móvil entre el hombro y la oreja.

—Hola, Max.

—Dime rápido, Luci. Estoy hasta arriba de cosas.

—Nada, solo llamaba para decirte que he encontrado a la candidata perfecta para cuidar de Valeria. Es genial: honesta, directa, y tiene experiencia con niños.

—Ajá. Perfecto. —Le di un sorbo al café y abrí un archivo en el portátil.

Necesitaba terminar con ese maldito documento en breve.

—He quedado con ella para esta tarde en tu casa.

—¿Qué? —Me detuve un segundo.

—¡Máximo! Esta tarde. Va a tu casa para conocerte y conocer a Valeria. Te lo estoy diciendo ahora para que no se te olvide.

—Claro, claro. —Volví al correo como si nada.

—¿Seguro que te has enterado?

—Sí, sí, Lucía. Perfecto. La conozco esta tarde.

—Vale, que luego no quiero líos.

—Confía en mí. —Sonreí, aunque sabía que Lucía no podía verme, y colgué.

Por supuesto, cinco minutos después había olvidado por completo la conversación.

Aquella tarde, como era de esperar, no llegué a tiempo para recoger a Valeria. El tráfico de Madrid tenía más mala leche que yo después de una noche sin dormir. Por suerte, Lucía me salvó el pellejo de nuevo y se ofreció a recogerla.

Cuando llegué a casa, lo único que quería era tirarme en el sofá, aunque sabía que Valeria no me iba a dar tregua.

No obstante, al abrir la puerta, me encontré con algo que no esperaba: una mujer joven, con el pelo recogido en una coleta y unos ojos grandes que estaba sentada en mi salón junto a mi hija.

Ni siquiera me fijé en qué estaban haciendo.

¿Dónde cojones estaba Lucía? Se suponía que iba a esperar junto a Valeria mientras yo llegaba a casa.

—¿Tú quién eres y qué haces en mi casa? —pregunté, dejando las llaves sobre la mesa de entrada.

Ella se levantó del sofá con las manos en las caderas.

—¿Y tú quién eres para hablarme así?

—Soy el dueño de esta casa —dije con calma.

Me sonaba su voz… pero no sabía de qué exactamente.

—Pues yo soy la candidata al puesto de niñera de tu hija. Porque supongo que tú eres su padre, ¿no?

Nos quedamos en silencio unos segundos, midiéndonos como dos boxeadores en un ring.

En ese momento, Valeria saltó corriendo del sofá con un dibujo en la mano.

—¡Max! ¿Sabes que ella sí sabe dibujar? Mejor que tú.

—Valeria, para.

—Pero mira lo que ha dibujado. ¿No te acuerdas? Tía Lucía me dijo que hoy venía para ver si es buena para cuidarme. Se llama Meri y es… ¡súper *chachi*!

Justo entonces salió Lucía del cuarto de aseo, con las manos todavía húmedas, pues llevaba un poco de papel higiénico en una de ellas para secarlas.

—¡Ay, perdón! Me he entretenido un poco. Máximo, ella es Meritxell. Meritxell, este es mi hermano.

De repente, caí en quién podía ser ella, aunque Lucía no me había dicho si era la chica que había mandado el currículum u otra.

¿Era la misma chica de la llamada?

No, no podía ser.

Preferí no decir nada, aunque noté que ella también me miraba con curiosidad.

—Bueno, pues siéntate. Vamos a hablar. —Le señalé el sofá y ella se acomodó, mientras Valeria se metía en medio, con su habitual falta de discreción.

—¿También vas a cuidar y vigilar a mi padre? Porque te aviso: es un poco *desastrosillo*.

—Valeria… —suspiré, mientras Lucía se reía por lo bajo.

—No pasa nada. —Meri sonrió—. Y, ¿qué tipo de desastres hace?

Cerré los ojos con fuerza, muerto de vergüenza e indignación por…

¡Por todo!

Por haberme olvidado de la conversación con Lucía, por no haber llegado a tiempo al colegio, por dejar que la situación me desbordara, por…

—No sabe hacer tortitas. —Valeria arrugó la nariz.

—Valeria, por favor…

—Es verdad. Solo sabe pedirlas por Glovo.

Meri intentó contener la risa, pero no lo consiguió del todo.

Yo quería que me tragara la tierra.

—Bueno, pero seguro que tiene otras virtudes, ¿verdad? —dijo Meri, mirando a Valeria.

—Sí, pero mamá dice que…

—¡Vale, vale! —interrumpí, carraspeando —. Volvamos al tema.

La entrevista duró unos quince minutos más, durante los cuales Meri respondió a todas mis preguntas con claridad y seguridad.

Incluso tuvo la paciencia de explicarle a Valeria por qué las verduras eran importantes, cuando le expliqué un poco la situación en la que me encontraba al tenderle el manual que Judit me había dejado para Valeria. Eso hizo que ganara un punto a favor, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

Omití que no sabía nada de mi paternidad, por supuesto, aunque pensé que debía haberle sorprendido que Valeria me llamara Max y no papá.

Cuando terminamos, Lucía se levantó con una sonrisa.

—Bueno, Máximo, creo que no hay mucho que pensar. Meritxell es perfecta para el puesto.

—¿Eso crees? —le pregunté a pesar de que la futura niñera estaba delante.

—Absolutamente.

—¡Yo también quiero que se quede! —añadió Valeria, abrazando a Meri por la cintura.

Suspiré y me crucé de brazos.

—De acuerdo. Pero vamos a hacerlo bien: te mandaré el salario por hora, un contrato firmado y te daré de alta en la Seguridad Social. ¿Te parece?

—Me parece perfecto. —Meri sonrió, y por un segundo, olvidé que le había colgado el teléfono días atrás. Porque tenía que ser ella… estaba casi seguro.

Aunque no estaba completamente convencido, algo en su actitud me hizo pensar que podría funcionar.

Y si Valeria estaba contenta, ¿quién era yo para llevarle la contraria?

Dios me librara de hacer algo así.

11
Máximo

Cuando la puerta se cerró tras la marcha de Lucía y Meritxell, me quedé en el salón sin saber muy bien qué hacer.

No obstante, llegó la rutina nocturna: darle la cena a Valeria, convencerla de que el brócoli no era un alienígena en su plato, ayudarla con el baño (donde consiguió mojarme la camisa con una guerra de agua) y leerle un cuento antes de acostarla.

Finalmente, la vi dormida, con su peluche abrazado y una expresión de paz en el rostro que me desarmaba cada vez.

Acaricié su frente antes de apagar la luz y cerrar la puerta con cuidado, derrotado.

De vuelta al salón, me desplomé en el sofá como si me hubieran quitado veinte kilos de encima, pero mi cabeza no me daba tregua.

LA NIÑERA.

No podía dejar de pensar en ella.

Su sonrisa amplia, su mirada directa, esa forma de hablar tan franca que, aunque me descolocaba, también tenía algo refrescante.

Era una mujer atractiva, no podía negarlo, pero su personalidad arrolladora me desconcertaba. Había algo en ella que me ponía nervioso, como si supiera exactamente qué decir para sacarme de mi zona de confort.

Suspiré y me froté la cara con ambas manos. No tenía claro cómo íbamos a encajar en aquella extraña dinámica de padre-niñera, pero lo que sí sabía era que Valeria no paraba de sonreír cada vez que Meri hablaba.

Eso, por mucho que me costara admitirlo, era un buen comienzo.

Cogí el móvil del bolsillo y abrí WhatsApp. Lucía ya me había escrito:

¿Has sobrevivido?

Sonreí, aunque no quería darle el gusto de saberlo.

Escribí: *¿A quién se le ocurre traer a una mujer como ella?*

¿"Una mujer como ella"? ¿Qué significa eso?, respondió.

Ya sabes. Es demasiado…, dije.

¿Demasiado qué?, insistió mi hermana.

Demasiado... ¿Cómo era su nombre? Meri. Demasiado Meri, titubeé.

😂😂😂 *¿Qué significa ser "demasiado Meri"? Porque si es lo que pienso, mejor que te vayas acostumbrando,* contraatacó Lucía.

Suspiré.

Es impulsiva, directa, y habla sin filtros. No sé si eso es lo que necesito ahora mismo, reconocí.

Pues a mí me parece que es exactamente lo que necesitas, contestó.

Fruncí el ceño. ¿Qué había querido decir con eso?

Le pedí que se explicara y entonces me llamó por teléfono.

—No te entiendo —le dije tras descolgar la llamada.

—Hermano, lo que necesitas es aprender a delegar, confiar en alguien más y, sobre todo, relajarte.

—¿Relajarme? ¿Cómo quieres que me relaje si mi vida está patas arriba de la noche a la mañana?

—Y es completamente normal, pero no todo en la vida puede ser trabajo y control absoluto. Meri parece capaz de manejar a Valeria, y además, ¿no has visto lo bien que parecen llevarse?

—Sí, es cierto. Pero ¿y si no funciona?

—Pues se busca otra opción. Pero tienes que darle una oportunidad.

Suspiré.

Sabía que tenía razón, pero admitirlo era otra historia.

—De acuerdo.

—Bien hecho. Además, no creo que Valeria te deje despedirla.

Sonreí.

Valeria ya había decidido que Meri se quedaba, y discutir con mi hija de cinco años era como intentar convencer a un tsunami de que cambiara de dirección.

—Gracias, Luci.

—Siempre, Max. Por cierto, ¿te he dicho lo bien que me debes tratar por salvarte el pellejo hoy?

Me reí en voz baja.

—Buenas noches.

Dejé el móvil sobre la mesa.

Mi hermana tenía razón: aprender a delegar era mi gran asignatura pendiente. Y por mucho que me inquietara la energía de Meri, también había algo en ella que me hacía pensar que las cosas podían, tal vez, empezar a funcionar mejor.

Subí las escaleras hacia mi habitación sin saber muy bien lo que sentía.

¿Ansiedad? Un poco.

¿Esperanza? Quizá.

Pero lo que prevalecía sobre todo lo demás sin ninguna duda era una gran curiosidad por ver qué demonios iba a pasar a partir de ahora.

Porque, si algo tenía claro, era que Meri no era una persona que pasara desapercibida.

Y tal vez, solo tal vez, eso era justo lo que necesitaba, tal y como me había dicho Lucía.

12
Meri

—¿Y bien? —Barbie me miraba desde la cocina, con una ceja levantada mientras Charo removía su taza de manzanilla con ese aire conspirativo suyo. Por supuesto, estaban completamente al tanto de que ya había hecho la dichosa entrevista y conocido a Máximo Medina, como también de que, tras indagar más sobre él, había descubierto que era el CEO de Medina Capital, una de las empresas más importantes del país—. ¡Cuenta ya! ¿Cómo ha ido con el FEO del teléfono?

—¡Es CEO, no FEO! —corregí, aunque ya sabía por dónde iban los tiros.

—CEO, FEO, lo que sea. Si se portó mal contigo, aquí lo llamaremos FEO. —Barbie me miró con su mejor cara de "no me vas a convencer".

Suspiré mientras dejaba mi bolso sobre el sofá y me desparramaba a lo largo de él como si acabara de correr una maratón.

—La entrevista fue con la hermana. Lucía. Majísima. Pero luego… ¡Madre mía! ¡El hermano es otro tema!

—A ver, a ver, no te enrolles. —Barbie llegó con una taza de café descafeinado para mí. Ya no eran horas para tomar estimulantes. Lo que me faltaba, ponerme hasta las cejas de cafeína y convertirme en *Spiderman*, subiéndome por las paredes—. ¿Qué tal estaba? Por favor, dime que al menos está bueno, porque sería una tragedia lidiar con un FEO feo.

Tomé un sorbo del café antes de responder, como si necesitara un empujón para procesar todo aquello.

—Tiene el carácter de un rinoceronte con dolor de muelas, pero físicamente… —suspiré, muy a mi pesar— es de los que salen en los anuncios de trajes caros. Morenaaaazo, ojos verdes que te hacen pensar cosas, y esa mandíbula que podría cortar diamantes.

—¡Ja! ¿Ves? Te lo dije. Los más bordes siempre están buenos. Es como una ley universal. —Barbie me dio un codazo, pero Charo no parecía tan impresionada.

—¿Y qué tal la niña? —preguntó la abuela de mi amiga mientras sacaba la baraja de tarot como si fuera a hacer una consulta urgente. Definitivamente, ese mazo mágico parecía una extensión de su cuerpo, otro órgano más o algo así. Jamás había visto unas cartas tan usadas y sobeteadas como esas.

—Un amor. Se llama Valeria. Tiene cinco años y es una ricura, aunque con un carácter que me recuerda a alguien… —Dejé que mi mirada se clavara en Charo, que se hizo la desentendida —. Muy espabilada, con una imaginación increíble. Creo que me va a costar seguirle el ritmo, pero tiene algo que engancha.

—Eso suena bonito —comentó Charo mientras sacaba una carta y sonreía misteriosamente —. Te digo yo que esta niña y tú tenéis una conexión especial.

—Sí, bueno, esperemos que esa conexión no me lleve a arrancarme los pelos. —Me giré hacia Barbie—. ¡Porque el FEO del teléfono sigue siendo el jefe!

—¿Y qué ha pasado, si se puede saber? —Barbie se acomodó, como si estuviera viendo un capítulo de su serie favorita.

—¡Pues que se le olvidó que tenía la entrevista conmigo! —gesticulé como una loca, casi tirando el café—. Cuando llegó a su casa, me encontró dibujando con la niña y casi me echa de allí como si fuera una ladrona.

—¡¿Qué?! —soltaron ambas al unísono.

—Sí, así como lo oyes. Me mira y me suelta: "¿Tú quién eres y qué haces en mi casa?".

—¡Qué borde! —Barbie puso cara de indignación.

—¡Que no es borde, es un maleducado de campeonato! Por suerte, Lucía salió al rescate, y luego la niña empezó a soltar perlitas que me dejaron a cuadros.

—¿Perlitas tipo qué? —preguntó Barbie, ya demasiado metida en la historia.

—Pues cogió y soltó: "¿También vas a cuidar y vigilar a mi padre? Porque te aviso: es un poco *desastrosillo*".

Charo soltó una carcajada tan fuerte que casi tiró su taza de manzanilla.

—Esa niña me gusta. Dice la verdad.

—Ay, Charo, tú siempre tan comprensiva. —Rodé los ojos—. En fin, que después de todo ese embrollo, acabé por aceptar el trabajo.

—¿Y las condiciones? —Barbie, que siempre ha sido muy práctica, se cruzó de brazos, lista para evaluar.

—Pues mira, están bien, me ha mandado el contrato hace un rato al correo electrónico. Son cinco horas al día, porque la niña está en el cole por la mañana, así que empiezo cuando la recojo por la tarde. El salario es justo, me da de alta en la Seguridad Social, y además, Máximo quiere que le eche un cable con actividades para que la niña esté estimulada.

—Lo de "estimular" me suena a mucho trabajo, ¿eh? —Barbie levantó una ceja.

—Sí, sí, seguro que me toca inventarme cosas como buscar museos infantiles y aprender a hacer manualidades que ni yo entiendo. Pero oye, necesito el dinero, y la niña me cae bien. Aunque su padre…

—¡Y dale con el FEO! —gritó Charo, teatralmente, levantando otra carta del tarot—. El FEO puede suavizarse con el tiempo, ya verás.

—Sí, claro. —Bufé, cansada—. Conociéndome, seguro que al final termino llevándome algún "zasca" diario.

Barbie me dio una palmadita en la pierna.

—Al menos está bueno. Eso ayuda.

—Sí, claro, porque me va a pagar en abdominales.

Las tres nos echamos a reír, aunque en el fondo yo seguía con cierta incertidumbre.

¿Sería capaz de lidiar con Máximo Medina de forma diaria?

Honestamente, tenía mis dudas, pero todo era cuestión de probar.

13
Meri

Al día siguiente comencé a trabajar de inmediato. No obstante, la noche anterior, antes de dormir y precedido de una disculpa por las horas, recibí en mi teléfono un mensaje de mi nuevo jefe en el que me pedía que llevase al cole a la niña al día siguiente.

Así que una vez hube madrugado y me hube preparado, emprendí mi camino hasta su casa.

¡Bienvenida a tu primer día de trabajo, Meri!

Eso me lo dije yo a mí misma, claro, no esperaba del FEO nada más allá de un buenos días cuando entrase de nuevo en su casa.

Llegué a casa de Máximo con quince minutos de antelación, como siempre me habían enseñado: puntualidad ante todo.

Bueno, quince minutos de más quizá era exagerar, pero necesitaba impresionar. Además, si algo me caracterizaba era ser profesional.

Me paré frente a la puerta de aquel edificio elegante en el que vivía, ubicado en el barrio Salamanca, uno de esas construcciones que parecen decirte: "Tú no perteneces aquí, pero puedes entrar si insistes lo suficiente".

Me arreglé la coleta frente al reflejo de la cristalera y respiré hondo antes de pulsar el timbre.

Tras subir en el ascensor, llegar al último piso, pues se trataba de un ático de doble planta, y colocarme frente al umbral de su morada, Máximo me recibió con la corbata mal ajustada, la camisa medio metida en los pantalones y el pelo despeinado.

¿Rinoceronte con traje?

Más bien rinoceronte sin tiempo.

—Pasa, pasa. —Se apartó con una mano en la frente, como si ya estuviera arrepentido de haberme contratado.

—Gracias por la cálida bienvenida —solté con sarcasmo mientras entraba, pero él guardó silencio.

La casa era tal y como la recordaba del día anterior: moderna, impersonal, con muebles carísimos que probablemente habían sido escogidos por algún diseñador de interiores que nunca había conocido el caos de una criatura de cinco años.

—Bueno, verás… —empezó él, atropellándose con las palabras mientras cerraba la puerta—. Tengo que irme ya porque tengo una reunión en… ¿qué hora es? ¡Dios, en media hora! Pero Valeria ya debería estar levantada. Es importante que… bueno, que…

—¿Respire? —le interrumpí, arqueando una ceja.

Me lanzó una mirada que decía: "Muy graciosa", pero continuó hablando como si no me hubiera escuchado.

—Las zapatillas de deporte están en… bueno, deberían estar en su armario. O quizá en la entrada. Y le gusta desayunar avena con fresas, pero si no hay fresas, pues… ya sabes… improvisas.

—Ajá. Improviso. —Reprimí una sonrisa mientras sacaba mi cuaderno mental para anotar: "Máximo Medina, CEO de Medina Capital, no tiene ni idea de dónde están las cosas en su propia casa".

En ese momento, apareció Valeria. Tenía el pelo alborotado, todavía iba en pijama, y una sonrisa de oreja a oreja le alumbraba la cara.

—¡Hola, Meri! —dijo emocionada, agarrándose a mi cintura. Luego se giró hacia su padre

—. Max, ¿sabes dónde están mis zapatillas?

Máximo parpadeó, claramente confundido.

—Claro que sí, cariño. Están… —Miró a su alrededor, buscando ayuda en las paredes—. En su sitio, supongo.

—Max, tú nunca sabes dónde están las cosas. —Valeria rodó los ojos y luego me miró—. ¿Tú crees que mi padre sabe dónde están mis zapatillas? Porque yo no.

Tuve que morderme la lengua para no soltar una carcajada.

¿Dónde me había metido?

—Bueno, Valeria, ¿por qué no vamos juntas a buscarlas? —le propuse mientras me agachaba a su altura.

Ella asintió y tomó mi mano, dejando a su padre plantado en medio del salón, con cara de estar perdiendo el control de su propio hogar.

—Gracias —murmuró Máximo antes de salir corriendo hacia la puerta—. Tienes una copia de las llaves en el mueble de la entrada. Nos vemos luego.

Cuando se marchó, Valeria y yo nos pusimos manos a la obra y encontramos sus zapatillas en la despensa.

Sí, en la despensa.

No pregunté cómo habían llegado hasta ahí, pero Valeria me explicó que "Max pone cosas donde no van cuando está nervioso".

Aquel rato pasó rápido entre risas y juegos. Después de dejarla en el colegio, aproveché el tiempo para estudiar mis oposiciones en la biblioteca de mi barrio, algo que agradecí porque a partir de aquel momento tendría las tardes ocupadas en cuidar de la niña.

Por la tarde, cuando fui a recogerla al colegio, Valeria corrió hacia mí como si nos conociéramos de toda la vida.

Me llamó la atención que no hizo falta presentarme ante su profesora, Máximo se había encargado de informar al centro mediante un correo electrónico. Aquello me sorprendió, pero rápidamente pensé que seguramente habría sido idea de Lucía.

Valería me llevó de la mano hasta su casa, donde me encontré con lo que había dejado esta mañana: caos.

Había ropa en el sofá, juguetes por el suelo y la nevera parecía un campo de batalla.

Valeria, siempre directa, me miró y dijo:

—¿Sabes qué? Max no es muy bueno cuidando cosas. Ni a mí ni a la casa.

No pude evitar reírme.

—Bueno, pues tendremos que ayudarlo, ¿no?

Valeria y yo pasamos la tarde organizando un poco el desastre.

Le enseñé a doblar ropa (a su manera, claro), y mientras lo hacíamos, me seguía soltando perlitas sobre su padre, a quien no paraba de llamar Max en lugar de papá.

—Max siempre dice que quiere cocinarme algo rico, pero al final pedimos pizza.

O también algo así como:

—Mamá dice que Max es un cabezota, pero yo creo que solo está un poco despistado.

Cuando Máximo llegó por la noche, Valeria ya estaba dormida y yo estaba terminando de ordenar el salón cuando entró.

—Ah… hola. —Se quedó en la puerta, claramente incómodo.

—Hola. Valeria ya está en la cama. Ha cenado sopa, fruta y un vaso de leche.

—Gracias. Yo… bueno, me alegra que todo haya ido bien.

Nos miramos un momento en silencio, hasta que decidí romper el hielo.

—No te preocupes, jefe. Sobreviviremos.

Él me dedicó una media sonrisa y asintió.

—Hasta mañana, Meritxell.

Salí de allí con una sonrisa en los labios.

El FEO tenía mucho que aprender, pero algo me decía que aquello iba a ser divertido.

14
Máximo

Mi despacho en la oficina de Medina Capital era mi reino.

Un reino donde yo, obviamente, era el rey.

O al menos eso era lo que siempre me había dicho a mí mismo mientras despachaba reuniones, firmaba contratos millonarios y dirigía con precisión quirúrgica el imperio que había levantado con tanto esfuerzo.

Sin embargo, esa mañana, una semana más tarde de haber contratado a la niñera, mientras revisaba un informe sobre un cliente nuevo, algo no me encajaba.

No era el informe, que estaba impecable como siempre.

Tampoco la oficina, que seguía igual de ordenada y moderna que el resto del edificio.

Era yo.

Máximo Medina no estaba en su salsa, y eso me daba rabia.

—¿Qué demonios me pasa? —murmuré para mí mismo mientras pasaba de página en el informe sin siquiera leerla, soltando un suspiro al tiempo.

Fue entonces cuando mi móvil empezó a sonar en la esquina del escritorio.

Al ver que era David, suspiré aliviado.

—Dime, Davo, ¿a qué debo el honor de tu llamada?

—Al hecho de que llevo días sin saber de ti, Max. ¿Sigues vivo o ya te ha enterrado el estrés?

Dejé el informe sobre la mesa y me recosté en la silla.

—Vivo estoy, pero a duras penas.

—Ajá, ya veo. Eso significa que la niñera no ha huido despavorida todavía.

Resoplé.

Cuando contraté a Meritxell le escribí un mensaje escueto a David dándole aquella información.

Simplemente para sentir alivio, simplemente para volver a tener contacto con él desde aquella última llamada en la que hablamos, cuando Valeria apareció en mi vida de aquella forma tan atropellada.

—No. Sorprendentemente, Meritxell ha sobrevivido a Valeria y a mí toda una semana. Y parece que la niña está encantada con ella.

David soltó una carcajada.

—¿Y tú? ¿Encantado también?

Me froté los ojos, pensando en la respuesta.

—No sé si “encantado” es la palabra. Es buena, eso tengo que reconocerlo. La casa está más ordenada, Valeria parece más feliz y hasta yo tengo tiempo para concentrarme un poco más en el trabajo.

—¿Y entonces? —preguntó David con tono curioso—. ¿Dónde está el problema?

Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana, mirando las calles de Madrid.

—Es que… no sé. Tiene algo que… ¿cómo decirlo…? Me desconcierta.

—¡Vaya! ¿Máximo Medina desconcertado? Esto tengo que escucharlo.

—Cállate, idiota. —No pude evitar reírme un poco antes de continuar—. Es solo que… es muy diferente a lo que esperaba. No sé cómo explicarlo.

David soltó un sonido de burla al otro lado de la línea.

—Déjame adivinar. Te imaginabas a una niñera modosita, que te llamaría "señor Medina" y seguiría todas tus órdenes sin rechistar, ¿verdad?

—Bueno… algo así —gruñí, sabiendo que mi amigo tenía razón—. Pero esta mujer… Es como un huracán. Dice lo que piensa, no se corta un pelo, y encima parece disfrutar poniéndome en mi sitio.

David rio a carcajadas.

—¿Y qué esperabas? Tú eres un pedazo de ególatra, Max. Alguien tenía que plantarte cara tarde o temprano.

—Gracias por el apoyo, amigo. —Rodé los ojos hacia arriba y me dejé caer de nuevo en mi silla—. Además, hay algo en ella… No sé cómo explicarlo. Es como si no encajara en mi vida y, al mismo tiempo, fuera justo lo que necesito.

Hubo un silencio al otro lado de la línea antes de que David hablara de nuevo, esta vez con un tono más serio.

—¿Y cómo te sientes con todo esto? Porque te conozco, Max. Sabes que no puedes controlar a alguien como ella, y tú odias no tener el control.

Me quedé mirando el techo, pensativo.

—No sé, Davo. Es extraño. Estoy acostumbrado a que todo sea orden y planificación en mi vida. Incluso con Valeria, aunque sea un caos, es un caos que entiendo. Pero con Meri… Es como si hubiera traído algo nuevo, algo que no sé manejar.

—¿Y eso te molesta?

—No sé si me molesta o me intriga. Quizá un poco de las dos cosas. —Me pasé una mano por el pelo y suspiré—. Lo que sé es que, aunque me cueste admitirlo, la casa está más llevadera desde que ella llegó.

David soltó una risita burlona.

—Bueno, amigo, parece que estás en un punto de no retorno. O te adaptas, o Meri te arrastra en su huracán.

Bufé.

—Gracias por el consejo, como siempre. Ahora, si no te importa, tengo un imperio que dirigir.

—Claro, claro. Pero, oye, si decides un día rendirte al caos, llámame. Quiero estar allí para ver cómo Máximo Medina, el gran CEO, es derrotado por una niñera.

—Adiós, David.

Colgué la llamada y me quedé mirando el móvil por un momento antes de dejarlo sobre la mesa.

Lo que no podía decirle a David, porque ni siquiera yo mismo lo entendía del todo, era que cada vez que pensaba en Meri, no podía evitar sonreír.

¿Era el caos?

¿Era ella?

¿O era simplemente el hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, no me sentía completamente solo?

Con un suspiro, volví al informe, decidido a concentrarme.

Aunque, en el fondo, sabía que mi vida ya no iba a ser la misma con Meritxell en ella. Ni mucho menos con Valeria.

15
Máximo

Aquel día llegué a casa con la cabeza a punto de explotar después de una maratoniana jornada de trabajo.

El tráfico de Madrid no había ayudado y lo único que deseaba era cenar algo rápido, darme una ducha caliente y encerrarme en el despacho de casa una vez Valeria se hubiera dormido para terminar un par de correos pendientes.

Sin embargo, al abrir la puerta de mi casa, sentí que algo… algo no estaba bien.

Dejé las llaves en el recibidor y miré alrededor.

—¿Qué demonios…?

El perchero que siempre estaba en la esquina, ahora se encontraba al lado de la puerta del salón. Las zapatillas que solía tener apiladas junto a la entrada habían desaparecido.

Y, para rematar, en el pasillo había una pequeña estantería llena de libros infantiles que no recordaba haber comprado.

Entré al salón y me detuve, atónito.

La mesa de centro había sido desplazada y sustituida por una alfombra de colores con juegos educativos esparcidos por todas partes.

En un rincón, un *puff* amarillo chillón que tampoco había visto en mi vida.

—¡Meritxell! —grité, mi voz resonando por la casa.

Ella apareció en el marco de la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo.

Llevaba una coleta alta y un delantal con dibujos de aguacates que, para mi desgracia, le quedaba ridículamente bien.

—¿Sí? —preguntó con total calma, como si no acabara de reorganizar la casa de alguien sin permiso.

—¿Qué es todo esto? —dije, señalando con un gesto amplio el salón.

Meri ladeó la cabeza, como si estuviera evaluando la pregunta antes de responder.

—Pues, cambios. Cambios para que Valeria esté más cómoda. ¿No es obvio?

—¿Más cómoda? —repetí, incrédulo—. ¡Esto parece una guardería! ¿Qué has hecho con mi casa?

Meri suspiró, cruzando los brazos con actitud desafiante.

—Tu casa no es un museo, Máximo. Es el hogar de una niña de cinco años. Necesita espacio para jugar, para aprender, para ser una niña.

—Valeria ya tiene su cuarto. Todo esto es innecesario. —Mi tono era más seco de lo que pretendía, pero no podía evitarlo. Esa mujer había tomado decisiones sobre mi casa sin siquiera consultarlo.

—¿De verdad? —Meri arqueó una ceja—. Porque cuando llegué aquí, su cuarto parecía más bien un almacén donde guardas todo lo que no usas.

—¡Eso no es cierto! —me indigné.

—¡Claro que lo es! —replicó ella, dando un paso hacia mí—. No me mires así, Máximo. Estoy aquí para cuidar de Valeria, y eso incluye hacer que esta casa sea un lugar donde pueda sentirse a gusto.

Antes de que pudiera responder, una vocecita nos interrumpió.

—¡Para ya! —gritó Valeria desde la alfombra, donde estaba sentada con un libro de dinosaurios en las manos. Nos miraba con el ceño fruncido, claramente molesta. Ni siquiera

había reparado en ella, joder—. ¡Ella sí sabe lo que hace, Max!

Parpadeé, atónito.

—Valeria, no es eso…

—¡Sí lo es! —insistió Valeria, poniéndose de pie y cruzando los brazos—. Meri me ha hecho un rincón de lectura. Y me ha comprado rotuladores nuevos. ¡Tú nunca haces esas cosas! ¡Tú siempre trabajas! ¡Igual que mamá!

La acusación me cayó como un balde de agua fría.

—No es cuestión de… —intenté explicar, pero mi hija ya había salido del salón, llevándose su libro consigo y dejando un silencio incómodo tras de sí.

Me pasé una mano por el pelo, sintiendo que la situación se me escapaba de las manos.

—¿Ves lo que has hecho? —le espeté a Meri.

Ella, en lugar de molestarse, simplemente sonrió.

—¿Yo? Perdona, pero la que ha salido corriendo es tu hija. Quizá deberías escucharla más.

—¡Yo escucho a mi hija! —estallé.

—Ajá, claro. Por eso piensa que eres un desastre.

La miré incrédulo y furioso a partes iguales.

—¿Perdona?

—Me has oído perfectamente. No soy yo quien lo dice, es ella. —Meri alzó las manos, como si no tuviera nada que ver en el asunto—. Mira, Medina, si quieres que me vaya, dilo. Pero antes de tomar esa decisión, piensa en lo feliz que está Valeria desde que estoy aquí.

Abrí la boca para responder, pero no encontré las palabras. Porque, aunque me doliera admitirlo, tenía razón.

Valeria estaba más feliz.

Se reía más.

Parecía más segura de sí misma.

Y eso, al final del día, era lo único que importaba.

¿No?

¡Joder!

No tenía ni puta idea de qué hacer con absolutamente nada.

Suspiré, frotándome las sienes.

—De acuerdo. Tal vez… —tragué saliva, odiando lo que estaba a punto de decir—. Tal vez me he precipitado un poco.

Meri sonrió, claramente disfrutando de su pequeña victoria.

—¿Ves? No era tan difícil.

—Pero —añadí rápidamente, alzando un dedo—, no vuelvas a mover cosas en mi casa sin consultarme primero.

—Hecho. —Ella extendió una mano, como si sellara un trato de negocios.

Yo la miré fijamente antes de estrechar su mano.

—Esto no significa que me caigas bien —espeté de malos modos.

—Y esto no significa que me importe. —Meri me guiñó un ojo antes de volver a la cocina.

Me quedé en el salón, mirando a mi alrededor. Era verdad que todo estaba diferente.

Y, aunque no lo diría en voz alta, me gustaba.

Un poco.

Solo un poco.

Con un suspiro, fui al cuarto de Valeria para hablar con ella, pero no quiso abrirme la puerta.

Después, mientras bajaba de nuevo las escaleras, no pude evitar pensar que Meritxell era el

mayor desafío al que me había enfrentado en mucho tiempo.

Después de Valeria.

Y, sorprendentemente, no estaba seguro de querer ganarle.

Antes de marcharse, le di el dinero que se había gastado en las cosas de mi hija.

Quizá me sentía vacío por dentro, incapaz de darle a mi hija lo que tanto parecía necesitar, pero estaba podrido en dinero.

Qué pena que todavía no hubiera llegado a la conclusión de que eso no sustituía el amor y la dedicación de un padre.

16
Meri

Cuando salí de allí, caminé de vuelta a casa de Charo con una mezcla de sentimientos revoloteándome en el pecho.

La conversación con Máximo todavía estaba fresca en mi cabeza, como un eco constante.

¿Ese hombre siempre tenía que ser tan irritante y tan…?

Suspiré, frustrada conmigo misma.

—¿Tan atractivo? —murmuré en voz baja, aunque nadie pudiera oírme. Luego sacudí la cabeza con fuerza—. ¡Qué estupidez! Es un ogro, Meritxell. Un ogro. Y tú no te dejas encandilar por ogros, por muy buen aspecto que tengan.

Pero ahí estaba, pensando en cómo sus ojos verdosos habían brillado de furia mientras discutíamos.

Y en cómo se veía cuando se frotaba las sienes, completamente exasperado.

—¡*Bah!* —gruñí, sacudiéndome los pensamientos de encima mientras llegaba a casa de Charo.

Cuando abrí la puerta del piso de mi amiga, el olor a tinte me golpeó de lleno.

Sí, Charo hizo un juego de llaves para mí cuando le dio el suyo por primera vez a Barbie, años atrás.

Ya he dicho que Barbie y yo éramos como hermanas de distinta madre.

Si no había vendido la casa de mi abuela y me había mudado a casa de Charo era por dos motivos: el primero era que quería conservar algo propio y lo último que nos quedaba a mi hermano y a mí de nuestra abuela; el segundo era Miguel.

—¡Ya estoy aquí! —anuncié, dejando las llaves sobre la mesa del recibidor.

—¡En el baño! —gritó la voz de Barbie, acompañada de lo que sonó como una risita ahogada.

Caminé hasta el baño y me quedé congelada en el marco de la puerta.

Allí estaba Charo, sentada en un taburete improvisado, con una toalla atada al cuello que parecía una capa de superhéroe mal puesta.

Su cabello estaba cubierto de un tinte rojo brillante que goteaba ligeramente por los lados.

—Pero… ¿qué cojones habéis hecho? —pregunté, llevándome una mano a la boca para contener la risa.

—¡Un cambio de look! —exclamó Barbie, que estaba de pie detrás de Charo, agitando un pincel de tinte como si fuera una artista en plena creación.

Charo, que tenía los ojos cerrados, levantó una mano como si quisiera detener cualquier comentario.

—No te atrevas a reírte, Meritxell. Esto es muy serio.

—¡Serio! —repetí, mordiéndome el labio para no soltar una carcajada—. Charo, parece que te ha lamido un dragón.

Barbie soltó una risotada tan fuerte que casi se le cae el pincel.

—¡Te lo dije, abuela! Este rojo es muy intenso.

—Intenso, mi culo —refunfuñó Charo, abriendo un ojo—. ¡Cuando termine, estaré divina! Pero deja de mirarme como si fuera una antorcha andante y cuéntanos qué te pasa. Tienes cara de haber discutido con alguien.

—Porque así ha sido —dije cruzándome de brazos y apoyándome en el marco de la puerta.

Barbie dejó el pincel y se giró hacia mí, interesada.

—¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? —respondí con una mueca—. El FEO.

Charo levantó ambas cejas, manchándose un poco la frente con el tinte.

—¿Otra vez Máximo? ¡Ese hombre debería hacer yoga o algo!

Solté una carcajada.

—Ya, bueno, el caso es que reorganicé algunas cosas en su casa para que Valeria estuviera más cómoda. Y a él no le sentó muy bien, claro.

Barbie le entregó un poco de papel higiénico a Charo para que se limpiara la frente mientras se reía.

—¿Y qué te dijo?

—Que parecía una guardería —respondí rodando los ojos hacia arriba—. Se puso como un loco.

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó Charo, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Le dije que su casa no era un museo. Y que estoy para cuidar de Valeria, no para seguir sus absurdas reglas de decoración.

Barbie aplaudió, encantada.

—¡Bien dicho!

—Sí, pero luego Valeria intervino. Dijo que yo sí sabía lo que hacía y que él no.

Charo se llevó una mano al corazón, como si acabara de oír la declaración más tierna del mundo.

—¡Esa niña tiene un ángel protector!

—¿Un ángel protector o una niñera con más paciencia que un santo? —replicó Barbie, suspirando.

Charo se levantó de golpe, con la toalla colgando detrás de ella como una capa roja.

—Esto merece una consulta con las cartas.

Barbie puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez?

—¡Otra vez! —respondió Charo con firmeza, saliendo del baño con el cabello aún goteando tinte.

—¡Abuela, el suelo!

—¡Nada, nada! ¡Vinagre de limpieza! —exclamó ella desde otro punto de la casa.

Barbie y yo la seguimos hasta el salón, donde Charo se sentó frente a su pequeña mesa redonda y sacó su baraja de cartas del tarot con la misma solemnidad que si estuviera a punto de leer el destino del mundo entero.

—Vamos a ver qué dicen las cartas sobre este hombre y su influencia en tu vida, Meritxell.

Barbie se dejó caer en el sofá con una sonrisa burlona.

—¿Apostamos a que sale el diablo?

Charo la fulminó con la mirada.

—No subestimes el poder de las cartas, Bárbara.

Mientras Charo barajaba, yo, por primera vez, no pude evitar sentirme un poco curiosa.

Tal vez las cartas dirían algo que me ayudara a entender por qué Máximo me hacía sentir tan… tan descolocada.

Charo colocó tres cartas sobre la mesa y las miró con el ceño fruncido.

—Interesante…

—¿Qué? —pregunté, inclinándome hacia adelante.

Charo señaló la primera carta.

—El Loco. Representa un nuevo comienzo, pero también imprevisibilidad. Este hombre te va a sacar de quicio, Meri, pero también va a traer algo diferente a tu vida.

Arqueé una ceja, desalentada. Eso ya lo sabía sin las cartas.

El misticismo este, flaquea, pensé.

—¿Y las otras?

Charo señaló la segunda.

—La Torre. Cambios drásticos, pero necesarios. Algo va a sacudir tu mundo, y creo que él tiene mucho que ver.

Barbie se rio por lo bajo.

—Sacudir… Claro, sacudir. O dar como cajón que no cierra.

Le lancé una mirada de advertencia antes de mirar la última carta y Barbie se calló de forma inmediata.

¿De qué narices iba? ¡No paraba de decir sandeces!

—¿Y esta?

Charo sonrió misteriosamente.

—El Sol. Alegría, felicidad, y, sobre todo, claridad. Este hombre te va a desafiar, pero también te va a enseñar algo importante sobre ti misma.

Me quedé en silencio, mirando las cartas.

No estaba segura de si creer o no en el tarot, pero algo en esas palabras resonaba con lo que ya estaba empezando a sentir.

—¿Y si no quiero aprender nada? —pregunté, medio en broma.

Charo me dio una palmadita en la mano.

—Lo siento, cariño. El destino no pregunta.

17
Máximo

Sentado en mi despacho, con el portátil encendido y un café que llevaba más de media hora enfriándose en la mesa, no podía dejar de darle vueltas a lo que había ocurrido en los últimos días.

Los números parpadeaban en la pantalla, esperando que les prestara atención, pero mi cabeza no estaba en las finanzas.

No aquel día.

Todo había empezado con aquella discusión absurda sobre la "guardería" en mi salón. Todavía podía ver a Meri mirándome como si fuera un neandertal gruñendo frente al fuego.

Esa mujer tenía un carácter de mil demonios. Pero, por algún motivo, se me hacía imposible sentir que, cuando me miraba así, era yo el que estaba haciendo algo mal.

Como si me faltara algo que ella sabía perfectamente de qué se trataba.

Era frustrante.

Y luego estaba Valeria.

Mi hija.

Mi responsabilidad.

Sentía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en ella.

Sabía que debería sentir algo más.

Algo más profundo.

Algo más intenso.

Algo parecido a ese amor incondicional del que todos los padres hablaban, esa llama que parecía quemarles en el pecho cada vez que miraban a sus hijos.

No obstante, yo no sentía eso.

Lo sabía, era un monstruo por pensarlo siquiera.

A veces me miraba en el espejo y no me reconocía.

Hacía todo lo que podía, cumplía con mis responsabilidades, seguía el guion.

Llevaba a Valeria al colegio, me aseguraba de que comiera bien, le leía cuentos antes de dormir…

Pero, aun así, era como si todo lo hiciera en piloto automático.

No había chispa.

No existía esa conexión que debería estar ahí.

Y cada vez que pensaba en ello, el monstruo dentro de mí crecía un poco más.

¿Qué clase de padre no siente un amor incondicional por su propia hija?

Valeria no tenía la culpa, por supuesto.

Era maravillosa, una niña llena de vida y energía.

Pero yo… yo me sentía como un intruso en mi propia paternidad.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

No es que Meri no tuviera razón.

La casa, mi vida, todo era un caos.

Desde que Judit se fue y me dejó con Valeria un mes atrás, había hecho malabares para mantener todo en pie.

Y la verdad es que estaba cansado; cansado de intentar ser perfecto en todo.

En el trabajo, era el CEO de una de las empresas más importantes de España.

En casa, no era más que un hombre que intentaba no meter la pata demasiado.

Y luego llegó ella.

Meritxell.

Una completa desconocida que apareció en mi vida como un huracán, moviendo muebles, organizando juguetes y, de paso, dándome lecciones de cómo criar a mi hija.

Desde el principio, su presencia fue... desconcertante.

Y dos semanas más tarde de haberla contratado, me preguntaba cómo era posible que alguien tan aparentemente inexperta pudiera manejar las cosas con tanta facilidad, con esa naturalidad que me hacía sentir torpe e incapaz.

Lo peor de todo era que Meri no tenía miedo de decirme las cosas a la cara.

"Esto no es un museo", me soltó, como si reorganizar mi casa fuera su derecho divino.

Y lo peor… es que TENÍA RAZÓN.

Quizá no era el orden lo que realmente necesitaba Valeria de mí.

Quizá era algo más y yo no podía o no sabía dárselo.

Me recosté en mi silla y cerré los ojos.

Valeria estaba más feliz que nunca y Meri tenía esa capacidad de conectar con ella de una forma que yo no entendía.

Era como si hablara su idioma, como si supiera exactamente lo que necesitaba.

Yo, en cambio, sentía que estaba siempre un paso por detrás, como si estuviera intentando entender un manual de instrucciones escrito en arameo.

Pero lo que más me desconcertaba de Meri no era cómo trataba a Valeria, sino cómo me hacía sentir a mí.

Su presencia me irritaba y me desafiaba, sí, pero también me… despertaba.

Como si su energía, su pasión por las cosas pequeñas de la vida, me hiciera cuestionarme si yo había estado demasiado ocupado en mis responsabilidades como para disfrutar de las cosas que realmente importan.

Maldita sea.

Me estaba volviendo loco.

Eso tenía que ser.

Apreté los puños y dejé escapar un suspiro largo y pesado. No podía permitir que me afectara tanto.

Ella estaba en casa para hacer un trabajo, y yo… yo tenía que seguir con mi vida.

Así de simple.

Pero entonces recordaba cómo se plantaba delante de mí, con esa mirada desafiante, como si fuera capaz de desmontar mi mundo con un solo comentario sarcástico, y no podía evitar pensar que tal vez, solo tal vez, yo no era tan intocable como pensaba.

—Mierda —murmuré en voz baja.

Mi teléfono vibró sobre la mesa, sacándome de mis pensamientos.

Era un mensaje de Lucía.

¿Qué tal todo con Meri? ¿Ya has aprendido a no ser tan controlador? 😜

Bufé, aunque una sonrisa involuntaria se me escapó. Lucía siempre sabía cómo sacarme una sonrisa, incluso cuando me estaba echando una bronca entre líneas.

Le respondí rápidamente:

Todo bien. Valeria está encantada. Y yo… sobreviviendo.

El teléfono vibró de nuevo casi al instante.

Sobrevivir no es suficiente, Max. Déjala hacer su trabajo. Y relájate un poco. No muerde. Creo. 😂

Puse los ojos en blanco, aunque sabía que tenía razón.

Quizá era hora de bajar un poco la guardia. Después de todo, Meri había traído algo a mi casa que no había tenido en mucho tiempo: vida.

Cerré el portátil y me levanté, estirándome.

Por mucho que me fastidiara admitirlo, ella era una pieza clave en este caos que llamábamos hogar.

Quizá… no era tan malo tenerla cerca.

18
Meri

El garito al que habíamos ido esa noche era pequeño y acogedor, con luces cálidas y una música ochentera que daba ganas de bailar. No obstante, no hacía falta gritar para hablar.

Así que era el sitio ideal para desahogarme con mi hermano y Barbie.

Bueno, desahogarme no, más bien despotricar a gusto.

—¡Es que no puedo más! ¡No puedo con él! —exploté, dejando mi cerveza sobre la mesa con tanta fuerza que Barbie tuvo que salvar su copa de vino antes de que se volcara.

—A ver, Meri, que te va a dar un infarto. Relaja la raja. —Barbie me miró con una ceja levantada, pero no pudo disimular la risa.

—¡No puedo relajarme, Barbie! Ese FEO me tiene de los nervios. Y sí, ya sé que está bueno. Es guapísimo. Pero da igual. Es un gruñón, un controlador, un... un ogro. ¡Un FEO, así con mayúsculas! —dije, alzando las manos al aire para enfatizar.

Miguel, que estaba sentado a mi lado, se pasó una mano por el pelo mientras se reía por lo bajo.

—A ver, hermanita, no me malinterpretes, pero... ¿no será que te gusta? —preguntó con su sonrisa burlona de siempre.

—¡¿Pero qué dices tú ahora?! —casi escupí mi cerveza de la risa nerviosa que me entró.

Barbie, por supuesto, se sumó a la broma.

—Amiga, a mí no me engañas. Todos esos insultos disfrazan una tensión sexual de aquí a Lima. Me he visto yo todas las películas de “enemies to lovers”, ¡y tú tienes toda la pinta! —dijo, señalándome con un dedo acusador.

—¿Me estás haciendo un diagnóstico? ¡Ay, Barbie, cállate! Ni tensión sexual ni nada. Lo que tengo es ganas de darle una patada en su trasero perfecto y largarme. No me pagan suficiente para aguantarlo.

Miguel alzó una ceja y me miró con cara de sospecha.

—¿No te pagan suficiente? ¿Cuánto te está soltando ese ricachón?

—Mil quinientos al mes. Y con contrato. Pero me paga a la semana —Me crucé de brazos, desafiante.

Y un poco orgullosa de mi sueldo, para qué mentir.

—¡Madre mía, Meri! ¡Eso es más de lo que gano yo en un mes trabajando más horas! Tú trabajas cinco—Barbie casi se atragantó con su vino.

—Sí, bueno, pero ¿a qué precio? —resoplé.

—¿Que a qué precio? ¡Que se pasee por su casa sin camiseta y se acabe el drama! —

intervino Barbie, soltando una carcajada.

—Barbie, no ayudas —dije, apretando los labios para no reírme yo también.

Miguel, que hasta entonces había estado bastante callado, se inclinó hacia mí con una sonrisa cómplice.

—A ver, Meri, en serio. ¿Qué ha pasado ahora?

Suspiré, dejando caer los hombros.

—Es que no le puedes decir nada. Todo lo quiere controlar, todo tiene que estar a su manera. Y encima, cuando intentas razonar con él, se pone en plan "esto es mi casa, aquí mando yo". ¡Pues que se cuide solo, hombre!

—Ya... —Miguel hizo una pausa y bebió un sorbo de su cerveza—. Pero, la niña bien, ¿no?

Me ablandé un poco al pensar en Valeria.

—Ay, Valeria es un amor. Lo mejor del trabajo. La pobre me mira como diciendo "menos mal que has llegado, Meri, porque mi padre está completamente perdido".

—Pues ahí lo tienes —dijo Miguel encogiéndose de hombros—. Si la niña es feliz contigo, a lo mejor solo tienes que aprender a lidiar con el padre.

—¿Lidiar? ¿Con ese? Es como intentar razonar con una pared de ladrillo. ¡De las que no se caen ni con dinamita!

Barbie se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Meri, cariño, te lo digo con amor: o te lo tomas a risa o lo mandas a la mierda. Pero estar así, con esa histeria…. te van a salir arrugas antes de los treinta.

Quería decirle que ya notaba una en la frente, pero antes de que pudiera contestar, el móvil de Miguel empezó a sonar.

Él lo miró y, de repente, su expresión cambió.

—Perdonadme, voy a salir un momento.

—¿Quién es? —le pregunté, curiosa por ese cambio de actitud.

—Nada importante. Ahora vuelvo. —Cogió su chaqueta y salió del bar sin darme tiempo a insistir.

Barbie y yo nos miramos.

—¿Tú has visto eso? —le pregunté, señalando la puerta por la que había salido Miguel.

—Eso ha sido raro —admitió Barbie—. A lo mejor tiene una novia secreta.

—¿Miguel? ¿Novia? Ja. No lo veo.

—Una pena. ¿Quizá algo más turbio? —Barbie arqueó las cejas, como si estuviera a punto de contarme un misterio.

—Tía, no. Deja de decir tonterías —repliqué, aunque una pequeña parte de mí no podía evitar preguntarse qué estaba pasando.

Unos minutos después, Miguel volvió, tan misterioso como se había ido.

—¿Qué? ¿Ya me estáis interrogando con la mirada? —preguntó, alzando las cejas.

—¿Y tú? ¿Nos vas a contar quién era? —repliqué, cruzándome de brazos.

—Cosas mías. No os preocupéis. —Sonrió de esa forma encantadora que siempre usaba para evitar dar explicaciones.

Barbie y yo compartimos una mirada de complicidad.

Miguel estaba tramando algo, y nosotras no íbamos a tardar mucho en descubrir qué era.

Después de un rato más de bromas y risas, decidí que ya era hora de irme a casa.

Me levanté, cogí mi abrigo y me despedí de ellos, pues yo al día siguiente debía madrugar para estudiar y tanto Barbie como mi hermano querían quedarse un rato más.

Mientras caminaba hacia casa, me di cuenta de que, a pesar de mi histeria inicial, me sentía

un poco más ligera.

A lo mejor, solo a lo mejor, Barbie tenía razón. Quizá tendría que aprender a tomarme a ese hombre a risa. Porque si no, iba a acabar como Charo… ¡tintándome el pelo de rojo de pura desesperación!

19
Máximo

El sol de Madrid entraba por las ventanas como si estuviera empeñado en hacerme salir de casa.

Era sábado por la mañana, y el silencio reinaba en mi habitación.

Bueno, "silencio" era una forma generosa de decirlo: Valeria estaba en su habitación cantando algo de Taylor Swift a grito pelado.

Decidí que aquel día tenía que reconciliarme con ella. Después de lo que había sucedido con Meri, sabía que me veía como el villano de su cuento durante esos días, y aunque no entendía del todo cómo había llegado a ese punto, no me hacía sentir precisamente bien.

Además, una vocecita en mi cabeza que, para variar, sonaba sospechosamente como la de Lucía, me decía que tenía que esforzarme más en ser un padre de verdad.

—¡Valeria! —la llamé, asomándome por el pasillo.

—¡¿Quéééé?! —respondió a todo pulmón desde su habitación.

—Ven aquí un momento.

—¡Estoy ocupada!

—Si no vienes en cinco segundos, me como yo solo el helado de chocolate que hay en la nevera —dije con una sonrisa triunfante.

En menos de tres segundos la tenía delante, mirándome con los ojos entrecerrados.

Papá 1 - Valeria 0.

—No se juega con el helado, Max. Eso es cruel.

—A veces tengo que ser un poco cruel para que me hagas caso, pero no se lo digas a nadie. Mucho menos a tu madre.

Ella se cruzó de brazos, esperando.

—Hoy vamos a hacer algo juntos. ¿Qué te apetece?

—¿Juntos? ¿En serio? ¿Sin Meri?

—Sí, sin Meri. Solo tú y yo. —Me esforcé en sonar más entusiasmado de lo que realmente estaba.

—Hmmm... Quiero ir al parque, al grande.

—Perfecto, al parque vamos. Pero ponte algo cómodo, porque voy a ganar en lo que sea que juguemos.

—¡Eso ya lo veremos! —gritó antes de salir corriendo a cambiarse.

El parque del Retiro estaba lleno de familias, corredores y turistas.

Valeria había insistido en traer una cometa, porque según ella, hacía un viento perfecto, así que me había tocado llevar la mochila con agua, almuerzo y un millón de cosas más que probablemente no íbamos a usar, pero ella había insistido en que eran importantes.

Lo que te decía, sabía más mi hija de cinco años acerca de la paternidad, que yo, que era el adulto, que era el padre.

—Max, corre más rápido. ¡La cometa no sube! —gritó mientras yo intentaba, con más pena que gloria, hacer que aquel trozo de plástico con forma de unicornio volara.

—¿Sabes qué? La próxima vez traemos una cometa automática.

—Eso no existe.

—Pues lo inventaremos, ¿vale? —dije jadeando, mientras finalmente lograba que la cometa subiera al cielo.

Estábamos disfrutando.

Yo, por primera vez, estaba disfrutando, cosa que no me pasaba muy a menudo últimamente. Pero todo cambió en cuestión de segundos.

Valeria, siempre inquieta, decidió subirse a un pequeño muro que rodeaba una fuente del parque.

—¡Valeria, cuidado! —le advertí desde unos metros atrás, pero ella solo rio y siguió caminando, equilibrándose con los brazos abiertos como si fuera una acróbata profesional.

Y entonces, ocurrió.

Tropezó.

Mi corazón se detuvo mientras veía cómo caía, golpeándose la frente contra el borde del muro.

—¡Valeria! —grité, corriendo hacia ella.

Ella estaba sentada en el suelo, llorando y sujetándose la frente, donde un pequeño hilo de sangre empezaba a correr.

No era una herida grande, pero verla así, vulnerable y asustada, me desarmó completamente.

—Papá… —sollozó ruidosamente entre hipidos.

—Tranquila, estoy aquí, no pasa nada. —La cogí en brazos mientras ella lloraba contra mi pecho, tiñendo mi camiseta de rojo.

Por un segundo, sentí un nudo en el pecho tan fuerte que casi me impedía respirar.

¿Y si le hubiera pasado algo peor?

¿Y si no hubiera estado allí para ayudarla?

Era un miedo primitivo, visceral, que me dejó completamente expuesto.

La llevé rápidamente a un banco cercano y busqué algo en la mochila para limpiar la herida, pero mis manos temblaban tanto que no encontraba nada.

—Meri —murmuré, casi sin pensarlo.

Saqué el móvil y la llamé.

—¿Máximo? ¿Qué pasa? —contestó ella al segundo tono.

—Es Valeria... Se ha caído, tiene un corte en la frente y yo... —Mi voz se quebró un poco, cosa que odié, pero no podía evitarlo.

—Tranquilo. ¿Dónde estás?

—En el Retiro, cerca de la fuente grande.

—Voy para allá. No te muevas.

Colgué y volví a mirar a Valeria, que ya no lloraba tanto, pero seguía aferrada a mi camiseta como si fuera su salvavidas, como si yo fuera un superhéroe que había aparecido surcando el cielo en el momento idóneo para salvarla y cuidar de ella.

—Meri viene, ¿vale? Ella nos va a ayudar.

Un rato más tarde, el cual se me hizo eterno y en el que yo limpié la herida de Valeria con una servilleta empapada en agua como pude, apareció Meritxell, corriendo hacia nosotros con una mochila colgada del hombro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con el ceño fruncido, mientras se arrodillaba junto a nosotros.

Le expliqué rápidamente lo que había ocurrido, y antes de que pudiera decir nada más, ella ya estaba sacando una botella de agua y unas gasas para limpiar la herida.

—A ver, peque, mírame. Esto no es nada, ¿vale? Es solo un rasguño de guerrera. —Sonrió mientras limpiaba cuidadosamente la frente de Valeria.

—¿De guerrera? —preguntó Valeria, ya mucho más tranquila.

—Claro. Las guerreras siempre tienen cicatrices chulas. Mira, yo tengo una aquí. —Meri se levantó la manga para enseñarle una pequeña cicatriz en el brazo.

—¡Guau! ¿Y cómo te la hiciste?

—Esa es otra historia. Ahora vamos a ponerte una tirita de unicornio, ¿vale?

Valeria asintió, y en cuestión de minutos, Meri había convertido un momento de pánico en algo casi anecdótico.

Cuando todo estuvo bajo control, me miró con alivio.

—¿Estás bien? —preguntó, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Ahora sí —admití, porque era verdad.

Valeria se abrazó a mí y luego a Meri, y yo, por primera vez en mucho tiempo, sentí algo diferente.

Una conexión real.

Un amor que me quemaba por dentro y me hacía prometerme que nunca volvería a fallarle a mi hija.

Había llegado el momento de dejar de ser un espectador en mi propia vida y convertirme en el padre que Valeria necesitaba.

—Ya no sangra, pero quizá sería buena idea llevarla al centro de salud.

Asentí con la cabeza como si fuera un robot.

—De acuerdo —accedí.

20
Meri

Había algo en la forma en que la voz de Máximo sonó al teléfono que me hizo apresurarme como si me fuera la vida en ello.

Era raro escucharle vulnerable, como si el tipo estirado y arrogante que me ladraba órdenes hubiera desaparecido y, en su lugar, hubiera un hombre genuinamente preocupado.

¿La causa?

Valeria, por supuesto.

Esa niña tan dulce y vivaz tenía la capacidad de derribar hasta los muros más altos.

Cuando llegué al Retiro y los vi sentados en el banco, algo se movió dentro de mí.

Máximo sujetaba a Valeria como si fuera un tesoro y, por primera vez, parecía humano.

Casi… tierno.

Aunque claro, su cara de desesperación hacía que pareciera más un cachorro perdido que otra cosa.

Después de atender la herida de Valeria y calmarla, el momento caótico se transformó en algo más tranquilo. Pero también había una tensión en el aire, una que no sabía si quería ignorar o explorar.

Valeria, con esa habilidad mágica que tienen los niños de quedarse fritos justo cuando más necesitan descansar, no importa la hora, ya se había quedado dormida en brazos de Máximo tras llevarla al centro de salud para que la examinasen.

El médico que la atendió fue muy amable y, tras enviarla a enfermería para que le pusieran un par de puntos de papel con dibujos de estrellitas, la mandó a casa con la recomendación de que fuera observada por si tenía algún comportamiento extraño, aunque había sido un pequeño corte sin importancia.

Me ofrecí a ayudarlo a llevarla a casa, y él, para mi sorpresa, no se negó, así que fui yo quien condujo su carísimo coche hacia su casa.

Cuando por fin acostó a Valeria, bajó al salón, donde yo esperaba sentada en el sofá.

Me ofreció algo de beber y, aunque parecía más relajado, seguía habiendo algo raro en él.

No era el Máximo Medina FEO-GRUÑÓN de siempre.

—Gracias por venir —dijo finalmente, rompiendo el silencio.

—No hace falta que me lo agradezcas. Es parte de mi trabajo, ¿no? —respondí, intentando aligerar el ambiente, aunque mi voz sonó más suave de lo habitual.

Él negó con la cabeza y se dejó caer en el sofá frente a mí.

—No, no lo es. Has venido porque te importaba. Y eso… no lo doy por sentado.

Levanté una ceja, sorprendida.

¿Estaba él reconociendo algo bueno de otra persona?

¿De mí?

Increíble.

Pero no dije nada, dejé que hablara.

—Meri, sobre lo que pasó el otro día… siento haber sido tan brusco contigo. Creo que estaba proyectando cosas en ti que no tenían nada que ver contigo.

Proyectando.

Bonita palabra para decir "soy un capullo".

Me crucé de brazos, aún un poco a la defensiva.

—Bueno, gracias por la disculpa. —Dejé que mi tono sarcástico saliera a relucir un poco. Porque, vamos, no era de piedra.

Él suspiró, pasándose una mano por el pelo en un gesto que parecía de agotamiento.

—Y también quería pedirte disculpas por haberte colgado el teléfono cuando llamaste. Porque fuiste tú, ¿verdad?

Sonreí con suficiencia.

—Era yo, sí, pero ahora entiendo tu humor de perros. Es imposible que te relajes, y eso no es sano.

—La verdad, no sé cómo hacerlo bien —admitió, y esa confesión me descolocó.

—¿El qué?

—Ser padre. Sentir que estoy haciendo lo correcto. Siento que… que todo lo hago por inercia, como si estuviera siguiendo un manual. Llevo años viviendo para el trabajo, y ahora tengo a Valeria, que depende de mí, y… no siento lo que se supone que debería sentir.

Sus palabras me pillaron completamente desprevenida.

Lo miré fijamente, intentando descifrarlo.

Había honestidad en su voz, una vulnerabilidad que nunca antes había mostrado.

—¿Qué es lo que deberías sentir? —pregunté en voz baja.

—Esa llama, ese amor incondicional que dicen que los padres sienten por sus hijos. Yo… todavía no lo siento, porque hace un mes ni siquiera sabía que Valeria existía. Apareció su madre, una chica con la que me acosté hace cinco años, diciendo que tenía que ir a trabajar al extranjero y que me tenía que hacer cargo de ella. En fin… todo esto que siento me hace creer que soy un monstruo.

Tragué saliva, sintiendo un nudo en el pecho. No esperaba que se abriera de esa manera, y mucho menos conmigo.

¿De verdad no sabía que tenía una hija? ¿Por qué esa chica nunca le había dicho nada?

—Así que, esa mujer apareció con la niña de la nada…

—Eso es.

—¿No sabías que se quedó embarazada?

Máximo negó con la cabeza.

—Te juro que no.

—¿Qué habrías hecho si lo hubieras sabido? —me atreví a preguntar.

Máximo suspiró.

—Si te digo la verdad, no lo sé. ¿Me hace eso también ser un monstruo?

—No creo que seas un monstruo —dije, después de unos segundos de silencio.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Creo que estás asustado, y eso es normal. Pero ya lo tienes dentro, ¿sabes? Esa llama. La he visto hoy, en el parque, cuando Valeria se hizo daño. Lo he visto en tus ojos, Máximo. No sé qué más necesitas para darte cuenta de que ya estás siendo un buen padre.

Él me miró fijamente, y por primera vez, no sentí la frialdad de siempre. Había calidez en su mirada.

—¿Y tú? ¿Nunca has pensado en ser madre? —preguntó de repente, cambiando el tema hacia mí.

Solté una risa nerviosa.

—Uf, esa es una pregunta complicada.

—¿Por qué?

—Porque creo que… no está en las cartas para mí. —Hice una pausa, sabiendo que estaba a punto de abrirme de una forma que no hacía con muchas personas.

—¿Qué quieres decir?

Tomé aire antes de responder.

—Mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo era pequeña. Miguel y yo nos criamos con mi abuela, y aunque ella hizo lo mejor que pudo, siempre me quedó esa sensación de vacío. No quiero arriesgarme a que, el día de mañana, yo pueda desaparecer de la vida de mis hijos de forma repentina. No quiero que sientan lo que yo sentí.

Máximo me miró con una intensidad que casi me hizo apartar la mirada.

—Eso no significa que no puedas ser una buena madre, Meri. Todo lo contrario.

Sonreí, aunque la tristeza seguía ahí.

—Supongo que es algo que no descarto del todo, pero no está en mis prioridades. No después de todo lo que viví.

Hubo un silencio entre nosotros, pero no era incómodo. Era como si ambos estuviéramos procesando lo que el otro había dicho, como si hubiéramos derribado una barrera invisible entre nosotros.

—Tu abuela hizo un buen trabajo —dijo finalmente.

Lo miré, sorprendida.

—¿Qué te hace decir eso?

—Porque aquí estás, cuidando de mi hija como si fuera tuya. No mucha gente haría lo que tú haces, Meri.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba un poco. ¿Era posible que ese hombre, que hasta hace unos días consideraba el mayor FEO del mundo, tuviera algo de encanto? ¿Que debajo de toda esa arrogancia hubiera alguien con alma?

No quise pensarlo demasiado, porque sabía que era un terreno peligroso. Pero algo dentro de mí me decía que, quizá, estaba empezando a verlo con otros ojos.

Y eso me parecía, honestamente, aterrador.

21
Meri

Llegué a casa todavía con el corazón en un puño. A pesar de que el corte de Valeria no había sido grave, la tensión del momento y la vulnerabilidad de Máximo me habían dejado descolocada.

Era casi mediodía, y al abrir la puerta de la casa me encontré con mi hermano sentado en el sofá, comiendo patatas fritas y viendo un documental de tiburones.

—¿Pero tú no duermes o qué? —le solté mientras dejaba el bolso en una silla y me dejaba caer en el sofá con un suspiro que podía escucharse desde el otro lado de Madrid.

Sabía que había terminado su turno en la discoteca a eso de las ocho, porque había llegado a casa cuando yo ya estaba levantada lista para estudiar.

Me dijo que iba a darse una ducha y a “planchar la oreja”, palabras textuales, pero después me llamó Máximo y salí por patas alegando que me necesitaba, sin dar más explicaciones.

—No hasta que mi hermana mayor vuelve sana y salva de la jungla del “Feo Gruñón”. —Miguel apagó la televisión y me miró con curiosidad. —¿Qué ha pasado? Tienes cara de haber sobrevivido a un apocalipsis zombie.

Solté una carcajada.

Nadie como Miguel para desarmarme con un comentario absurdo.

—Tú te crees gracioso, pero no sabes lo que ha sido este rato. —Me pasé las manos por la cara, exhalando con fuerza—. Valeria se cayó mientras jugaba y se hizo un corte en la frente. Máximo estaba que no daba pie con bola, y claro, ¿a quién llama? A la tonta de la niñera.

—A ver, tonta no, ¿eh? —Miguel me lanzó una patata frita que atrapé en el aire con un reflejo digno de premio—. Esos ricos no saben qué hacer con una tirita si no viene con instrucciones de Cartier.

Reí, pero luego me quedé en silencio, jugando con la patata en las manos antes de comérmela; tanta tensión me hacía rugir el estómago.

Miguel, siempre observador, dejó el bol sobre la mesa y se giró hacia mí con una ceja levantada.

—Vale, ya está. Suéltalo. ¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Nada, no es nada… —quise decir, pero me interrumpí al ver la mirada de mi hermano, la cual decía "no me vengas con tonterías". Suspiré—. Es solo que… no sé. Este tío me saca de mis casillas, ¿vale? Es gruñón, mandón, controlador… pero hoy lo he visto distinto. Estaba tan… vulnerable.

—¿Vulnerable? ¿Ese ogro? —Miguel hizo una mueca exagerada—. ¿Seguro que no tenía fiebre o algo?

—¡Miguel! Hablo en serio. —Le di un golpe flojo en el brazo con mi puñito cerrado—. Estaba tan asustado por Valeria… Parecía que de verdad no sabía cómo manejar la situación. Lo vi… humano. Y no sé, me desconcertó.

Miguel se quedó callado un momento, seguramente asimilando mis palabras.

Luego se inclinó hacia mí con una sonrisa burlona.

—¿No me digas que el Feo Gruñón ya no es tan feo? —canturreó.

—¡Que te calles! —Le lancé un cojín, pero Miguel lo esquivó entre risas.

—Es broma, es broma. Aunque… no sé, Meri. Tienes un radar para los casos perdidos. Espero que no estés viendo algo más en ese tío.

Tenía razón, mis relaciones sentimentales habían sido todas una desastre, de ahí a que de un tiempo a esta parte, hubiera decidido centrarme en mi vida y olvidarme de los tíos.

Mi juju podía dar fe de ello, ahí debían haber hasta telas de araña.

Quizá era algo un poco triste, sí, porque era joven, pero estaba bien así.

—¿Qué? ¡No! —repliqué rápidamente, quizá demasiado rápido—. Es solo que… a veces pienso que debajo de esa fachada de tiburón corporativo hay alguien que, no sé, está más perdido que yo.

—Pues mira, ojalá ese tiburón te rompa el corazón y aprendas de una vez a no buscar a gente así. —Miguel lo dijo con tono de broma, pero su mirada era seria, protectora.

—Tú siempre tan romántico, ¿eh? —repliqué con sarcasmo.

—No me mires así. Si te rompen el corazón, me toca a mí partirle la cara al gilipollas que lo haga y recoger los pedazos. Y ya me conoces, no soy muy bueno con los puzles.

Me quedé en silencio, observando a mi hermano. A pesar de su fachada de tipo despreocupado, siempre había estado ahí para mí.

Era mi roca, mi refugio.

Miguel y mi abuela habían sido todo mi mundo desde que mis padres murieron, y sabía que él solo quería protegerme.

—Gracias, Miguelín. —Me incliné y le di un abrazo rápido, sabiendo que él no era muy fan de las muestras de cariño.

—Uf, suéltame, que me ablandas. —Miguel fingió apartarme, pero no pudo evitar sonreír.

Justo en ese momento, el teléfono de Miguel empezó a sonar.

Se levantó rápidamente del sofá y salió al pasillo para contestar, dejándome con una sensación extraña en el pecho.

—¿Quién será ahora? —murmuré para mí misma mientras cogía una patata frita.

Desde el pasillo, podía oír a Miguel hablando en un tono bajo, casi susurrando. Las palabras eran difíciles de distinguir, pero su tono era tenso.

¿Otra vez la llamada misteriosa?

Fruncí el ceño.

Mi hermano llevaba días con ese tipo de llamadas, y aunque no quería ser entrometida, no podía evitar preocuparme.

Cuando Miguel volvió al salón, intenté no mirarlo de forma inquisitiva.

—¿Era alguien importante? —pregunté con tono casual.

—Nada, cosas mías. —Miguel sonrió, pero su sonrisa no le llegó a los ojos. —Venga, tú más bien deberías estar pensando en cómo vas a sobrevivir la semana que viene con el Feo Gruñón. Eso si no te llama para hacer horas extras.

—Eso seguro. —Suspiré y dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá. —Pero no sé, Migue. Algo me dice que este trabajo no solo va a cambiar mi vida…

Miguel me miró en silencio, como si supiera algo que yo aún no había descubierto.

—Eso espero, Meri. Eso espero. —Se levantó y me dio un beso rápido en la cabeza antes de dirigirse a su cuarto.

Yo me quedé sola en el sofá, con la sensación de que algo grande estaba a punto de cambiar.

¿Sería mi relación con Máximo? ¿Mi vida en general? ¿O algo que ni siquiera alcanzaba a imaginar?

Las patatas fritas seguían allí, pero de repente, no tenía tanto apetito. La cabeza comenzó de nuevo a darme vueltas.

22
Máximo

La tarde de aquel sábado vi *Frozen* dos veces seguidas junto a Valeria.

En serio, Olaf me parecía realmente insoportable.

Escuchamos pero no juzgamos versión películas animadas.

Después me esforcé mucho en hacer por mí mismo una pizza margarita casera, y no pude evitar sonreír cuando Valeria me dijo que estaba "de rechupete".

—Papá… —volvió de nuevo al ruedo—, ¿puedo dormir en tu cama esta noche?

—¿Conmigo? ¿Por qué? ¿Tienes miedo? —le pregunté extrañado.

Valeria se encogió de hombros.

—Hueles bien. Mamá dice que un chico que huele bien vale por dos. Además, hoy has sido un papá muy chachi, has hecho pizza.

Me reí.

—¿Crees que deberíamos decirle a mamá lo de tus puntos de estrellitas? —le pregunté con un nudo en la garganta.

Valeria negó con la cabeza.

—¿Quieres que le salga humo por la nariz? —me preguntó.

—¿Como si fuera un dragón? —seguí yo.

—Eso creo. Mamá dice que tu cerebro es tan pequeño como el de un mosquito.

—Mamá dice muchas cosas… —suspiré.

—Pero Meri dice que haces lo que puedes y que me quieres mucho.

—¿De verdad? ¿Eso dice Meri?

Valeria asintió con la cabeza, sonriendo.

—Meri es genial, ¿no lo crees? —me preguntó.

—Sí, supongo que sí.

—Bueno, ¿puedo dormir contigo o no? Mira mi herida, necesitaré atención.

Rodé los ojos hacia arriba. El chantaje emocional se le daba de puta madre.

—Eres una ratilla, ¿lo sabías?

¿Cómo podía decirle que no?

¿Cómo podía negarme a que mi hija, por primera vez desde que estaba conmigo, quisiera dormir junto a mí después de llamarme papá?

Imposible.

Así que después del cuento, dormimos juntos en mi cama, que era más grande.

Y noté sus manecitas aferradas a la tela de mi pijama, el olor a fresa de su fino cabello desparramado por la almohada.

Su suave respiración a mi lado.

Esos piecitos tocando mis piernas, grandes y largas.

—Buenas noches, papá —me dijo con la voz somnolienta.

—Buenas noches, Valeria —respondí yo, notando el corazón tan henchido de amor, que no supe qué hacer con él.

A la mañana siguiente, Meri llegó a casa con su típica energía arrolladora, pero también con un plan en mente.

Estábamos desayunando fruta con pepitas de chocolate y zumo.

Alegó que después del accidente de Valeria, una buena dosis de aire fresco y diversión le

vendría de maravilla a la niña.

Lo que ella no esperaba era tener que lidiar con mi escepticismo; lo que no esperaba yo era que apareciera en mi casa fuera de su horario laboral.

—¿El zoo? —pregunté con una ceja arqueada, pensando que no era el plan más glamuroso para un domingo—. ¿No sería más sensato que Valeria descansara en casa?

—¿Descansar? —replicó Meri, con los brazos cruzados—. Máximo, no estamos hablando de una señora de ochenta años con lumbalgia. Es una niña de cinco años. Necesita correr, jugar y, no sé, ver un mono columpiarse. ¿No crees?

—¿Monos? —Resoplé, como si el simple hecho de imaginarme entre animales y niños gritones me causara una úlcera—. Meri, no lo sé…

—¡Papá, vamos al zoo! ¿Podemos ver pingüinos? ¡Y leones! —gritó emocionada, dando pequeños saltos, corriendo por el pasillo.

En cinco segundos volvió con una mochila rosa que era más grande que ella.

Meri me miró, triunfante.

—Pues empieza a hacerte a la idea, porque Valeria ya está con las zapatillas puestas. —Meri me lanzó una mirada desafiante—. Y, además, un poco de diversión te vendría bien. Te quitaría esa cara de CEO malhumorado que tienes.

La miré con un suspiro exasperado.

—Claro, cariño, lo que tú quieras —murmuré, derrotado al instante por los ojitos brillantes de mi hija.

No me quedó otra, así que un rato más tarde nuestros pies pisaban el zoo.

Meri no podía evitar burlarse de mí mientras intentaba esquivar charcos y arena.

Fabuloso.

Cojonudo.

¡Dios!

Odiaba ese lugar.

—¿No te sientes cómodo? —me preguntó con una sonrisa maliciosa mientras avanzábamos entre familias cargadas de mochilas y carritos de bebé.

—Me siento cómodo en mi oficina, no en… esto —respondí gesticulando hacia una fila interminable de niños correteando y padres agotados.

—Relájate, Máximo. —Meri me dio un leve empujón en el brazo—. Hoy se trata de Valeria, no de tu zona de confort.

Y vaya si lo fue.

Valeria estaba en su salsa, corriendo de un lado a otro y emocionándose con cada animal que veía.

Meri se aseguraba de que estuviera hidratada, de que comiera algo a mitad de camino y de que no se perdiera entre la multitud.

Mientras tanto, yo la seguía, claramente desconcertado por la logística que requería una simple salida.

—¿Siempre llevas tantas cosas en la mochila? —pregunté, observando a Meri sacar un paquete de galletas, una botella de agua y toallitas húmedas como si fuera *Mary Poppins*.

—Claro, es el kit de supervivencia de cualquier adulto con niños. —Meri me guiñó un ojo—. Tú deberías tomar nota.

Por primera vez, me reí.

Una risa genuina, baja y cálida que hizo que Meri se quedara momentáneamente en pausa, observándome.

Seguimos a Valeria de aquí para allá, porque no paraba de corretear y querer ver todo al mismo tiempo, pero la guinda del pastel llegó al final de la excursión, cuando los tres nos sentamos en un banco frente al área de los pingüinos.

Valeria estaba agotada, con los cachetes sonrojados y el pelo revuelto, pero su sonrisa seguía siendo la misma.

—Me lo he pasado muy bien —dijo mientras se acurrucaba contra mí—. Gracias, papi. Gracias, Meri.

—De nada, princesa —respondió Meri con una sonrisa suave.

Fue entonces cuando Valeria levantó la cabeza y nos miró a ambos con esa inocencia brutal que solo tienen los niños.

—Parecéis papá y mamá —dijo, como si fuera lo más natural del mundo.

El comentario cayó como una bomba, dejándonos tanto a Meri como a mí completamente descolocados.

Yo me aclaré la garganta mientras desviaba la mirada hacia los pingüinos, y Meri fingió buscar algo en su mochila para ocultar la sonrisa que se le escapaba.

¿Estaba sonriendo?

¿En serio?

Pensar que sí, no sé por qué, hizo que mi corazón diera un pequeño traspiés.

¿Eres idiota? ¡Es la niñera de tu hija! Eres un salido de mierda, me dijo mi subconsciente.

Ninguno de los dos contestó.

—Mamá dice que los silencios dicen más cosas que las palabras.

Lo cierto es que no hizo falta decir nada, Valeria ya lo dijo todo.

23
Meri

Los días con Máximo y Valeria eran como subirse a una montaña rusa sin cinturón de seguridad: nunca sabía si iba a gritar de emoción o de puro terror.

El lunes de la tercera semana que llevaba cuidando de Valeria, empezó con la criatura en cuestión y su energía nuclear habitual.

Antes de las ocho de la mañana, pues Máximo tenía una reunión a una hora muy temprana en la oficina y me había pedido que llevara yo a la niña al colegio, ya había conseguido colocarse una corona de papel sobre la cabeza a pesar de mi negativa y utilizar un cetro improvisado con un palo de escoba.

—Meri, ¡soy la reina Valeria! Necesito que me prepares un desayuno digno de la realeza.

No pude evitar reírme.

—¿Y qué come la realeza, alteza?

—Cereales, pero en una copa como las que tiene papá para el vino. —Su lógica era impecable.

La dejé en la cocina con su "desayuno real" mientras me preparaba un café y escuchaba los pasos de Máximo bajando las escaleras.

Aún estaba despeinado, con la corbata medio puesta y esa cara de hombre que siempre llega tarde a todo, pero que aún así se ve bien.

Injusto.

Qué injusto.

Sobre todo el hecho de que ese tío estuviera bueno en la misma proporción en la que era insoportable.

Bueno, debo admitir que, para mí, era cada vez menos insoportable, pero eso es otra historia.

—Tu hija desayuna cereales en una copa de vino, ¿lo sabías? —le dije, alzando una ceja.

Él sonrió, y por un momento olvidé respirar.

—Al menos está comiendo. Podría ser peor.

Y así pasó el lunes: con Valeria marcando el ritmo y yo tratando de mantener el control.

El martes, en un arranque de inspiración maternal (que, sinceramente, no sé de dónde salió), decidí llevar a Valeria a una tienda de manualidades después del colegio.

La niña salió emocionadisima con una caja llena de cuentas para hacer pulseras.

Lo que no calculé fue el nivel de desastre que eso supondría.

Por la noche, cuando Máximo llegó del trabajo, la mesa del comedor parecía la escena de un crimen, pero en vez de sangre había cuentas de colores repartidas por todas partes.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, claramente horrorizado.

—Arte, Máximo. Esto es arte. —Le tendí una pulsera de plástico con letras que decían "Jefazo".

—¿Es para mí? —preguntó, tratando de sonar indiferente, pero lo vi sonreír mientras se la ponía.

El miércoles, después de un par de días de rutina (y mucha paciencia, porque Valeria también decidió que yo era su nueva modelo de peinados locos), surgió la idea de organizar un picnic en el parque.

Lo sugerí sin pensar demasiado, pero resultó ser un planazo.

Máximo salió antes del trabajo, lo cual ya era sorprendente, y se ofreció a cargar con la cesta de comida.

Valeria corría como loca con una cometa que apenas se levantaba del suelo, pero no importaba.

Cada vez que tropezaba y se caía, Máximo se levantaba de un salto para ayudarla, con ese brillo en los ojos que me hacía preguntarme si él mismo se daba cuenta de lo mucho que había cambiado en tan poco tiempo.

—¿Te diviertes? —me preguntó, sentándose junto a mí en la manta mientras Valeria intentaba "entrenar" a un grupo de palomas.

—Más de lo que admitiría en voz alta —respondí, y por un segundo, nuestros ojos se encontraron.

El jueves fue más tranquilo.

Valeria estaba cansada del parque, así que nos quedamos en casa horneando galletas.

O, mejor dicho, intentándolo, porque lo que salió del horno era más bien un montón de piedras comestibles.

No sé qué pudo suceder, la verdad, normalmente las galletas me quedaban ricas.

Máximo llegó justo a tiempo para probarlas.

—¿Esto qué es? ¿Una broma? —preguntó, sosteniendo una de las galletas con cara de pocos amigos.

—Si no te gusta, no comas —le respondí, cruzándome de brazos.

—Valeria, ¿quién crees que hace las mejores galletas? —preguntó, mirándola con esa sonrisa que reservaba solo para ella.

—Las de Meri saben raras, pero son más divertidas porque las hemos hecho juntas. —Y ahí

estaba, el golpe maestro.

Máximo levantó la galleta como si brindara conmigo y se la comió entera sin quejarse más.

El viernes, la rutina volvió a saltar por los aires. Después del colegio, Valeria propuso montar una coreografía para enseñársela a Máximo, y yo, en un momento de locura, accedí.

Cuando él llegó del trabajo, estábamos las dos en el salón, saltando como locas con tutús de papel crepé que había improvisado.

—¿Me he perdido algo? —preguntó desde la puerta, con las manos en los bolsillos y esa media sonrisa que me hacía temblar.

—Nada importante —dije entre carcajadas—. ¿Bailas?

Valeria lo arrastró al centro del salón para que participara, y aunque protestó, terminé viendo a Máximo intentando hacer el dab y girar como un bailarín de *breakdance*.

Lloré de la risa.

Al día siguiente, sábado por la mañana, mientras preparaba mi café para empezar a estudiar el temario, me di cuenta de que aquella semana había sido un completo despropósito, pero también maravillosa.

Sonreí al recordar la cara de Valeria cuando logró que su cometa volara, o la risa de Máximo cuando probó la galleta.

Algo parecía estar cambiando entre nosotros tres. Algo que no quería nombrar porque me asustaba un poco, pero si he de ser honesta, no me importaba tanto como debería.

Y aquella noche tocaba asistir al evento que Máximo tenía por razones laborales.

Ya sabes, esas cosas que hacen los empresarios importantes. Cualquier excusa era buena para brindar con botellas de más de cien euros.

Me moría de los nervios.

No por lo que pudiera pasar, sino por lo que ya estaba pasando dentro de mí.

Llegué a su casa a la hora que habíamos acordado y los tres subimos al coche, dirección a uno de los hoteles más grandes y lujosos de la ciudad.

Cuando aparcamos, Máximo ajustó su corbata frente al espejo retrovisor del coche mientras yo, sentada a su lado en el asiento del copiloto, suspiraba con evidente fastidio.

—Recuérdame por qué estoy aquí —le dije, mirando de reojo el vestido negro y ajustado que había elegido para la ocasión.

No era mi estilo habitual, pero había que admitir que me sentaba como un guante.

—Porque no tenía con quién dejar a Valeria, y tu contrato dice que eres mi salvavidas —respondió Máximo sin apartar la vista del espejo. Luego se giró para mirar a Valeria, que jugaba con su peluche Coco en la parte trasera del coche—. Y porque esta pequeña decidió que no iría a ningún sitio sin ti.

Si ya me lo había advertido Miguel: al final, horas extras y todo.

Aunque tampoco podía quejarme mucho, pues la semana anterior había sido yo quien, quitándome tiempo de estudio, el domingo había aparecido en casa de mi jefe para ir al zoo.

La boquita cerradita, Meri, pensé.

—Claro, échale la culpa a la niña. —Rodé los ojos hacia arriba, aunque se me escapó una sonrisa.

—Papá, ¿Meri puede ser mi cita? —dijo Valeria desde atrás con total inocencia, mirando a su padre como si hubiera dado con la solución perfecta.

Máximo soltó un resoplido y yo contuve una carcajada.

—Lo siento, pequeña. —Giré la cabeza para mirar a Valeria y le guiñé un ojo—. Hoy voy como tu niñera de lujo, no como cita de nadie.

Máximo murmuró algo entre dientes, pero no lo entendí. Sabía que cualquier intento de ganar una discusión conmigo estaba condenado al fracaso, así que hizo bien en no decir nada más.

Al entrar a aquel enorme salón una vez cruzamos las puertas del hotel, sentí al instante todas las miradas dirigirse hacia nosotros.

Seguramente no era común ver a un hombre como él en un evento de este tipo acompañado de una niña y una mujer que no encajaba con las figuras altivas y acartonadas que poblaban la sala.

Ya sabéis, la *jet set* madrileña empuñando copas del champán más caro que hubiera probado si no estuviera de servicio para cuidar de Valeria.

Barbie me ahorcaría por no hacerlo cuando se lo contara.

Pero nada de todo eso amedrantó a Valeria, que con su vestido amarillo y sus coletas, irradiaba una ternura desarmante.

—¿Crees que saldremos en los periódicos? —le pregunté a Máximo en un susurro.

—Espero que respeten vuestra privacidad… —contestó él apretando la mandíbula al tiempo que se ajustaba el cuello de la camisa—. En cuanto a la mía… mañana saldré en todos y cada uno de los titulares de la prensa rosa, te lo aseguro.

—Medina, qué sorpresa. —Una mujer de mirada afilada y sonrisa plástica se acercó—. ¿Quién es esta niña?

Máximo carraspeó.

—Mi hija —respondió muy serio, pero no pasó desapercibido para mí el brillo de orgullo impreso en su voz.

Desde luego, su relación con la niña había mejorado mucho, se estaba esforzando y lo estaba haciendo muy bien.

—¡Vaya! —dijo un hombre entre cuarenta y cincuenta años que, indudablemente, ya iba un poco pasado por los efectos del alcohol—. ¡Y tú que decías que jamás ibas a sentar la cabeza! ¿Tienes maś bastardos por ahí?

Miré a Máximo en cuanto ese imbécil terminó la frase.

Mandíbula apretada, músculos tensos, gesto serio.

Fue directamente hacia él o, mejor dicho, lo intentó, porque en seguida puse mi mano sobre su brazo para detenerlo.

No era conveniente.

Ni para él, ni para la empresa.

Mucho menos para Valeria, quien no debía ver bajo ningún concepto cómo su padre, al que empezaba a observar como algo parecido a un Dios, se partía la cara con un señor borracho.

—¿Tu hija? —preguntó entonces la mujer que se había acercado a nosotros en primer lugar —. Qué valiente de tu parte traerla… Supongo que no encontraste niñera.

Antes de que Máximo pudiera responder, yo di un paso adelante, colocando una mano protectora en el hombro de Valeria.

—Oh, no se preocupe, señora, aquí estoy yo. —Sonreí, claro, pero mi tono tenía un filo tan afilado como un cuchillo—. Y créame, esta niña ilumina más la sala que todas las lámparas juntas. ¿Verdad, Valeria?

Valeria, con su desparpajo natural, asintió con entusiasmo.

—¿Y usted quién es? —preguntó la mujer, claramente incómoda.

—La niñera —respondí con una sonrisa todavía más amplia—. Y, en mi tiempo libre, salvavidas social de este caballero.

Máximo tosió para ocultar una carcajada, y la mujer se marchó rápidamente, farfullando algo

sobre "la informalidad de hoy en día".

—¿Siempre eres tan diplomática? —susurró mientras se inclinaba hacia mí y el aroma de su perfume me daba de lleno.

—Solo cuando alguien se lo gana a pulso. —Le guiñé un ojo antes de llevar a Valeria hacia la mesa de aperitivos.

Durante la velada, Valeria se convirtió en el alma del evento. Respondía con soltura a las preguntas de los adultos, lanzaba comentarios ingeniosos que arrancaban risas genuinas y cuestionaba cosas que dejaban a más de uno sin palabras.

—¿Qué hace usted, señor? —le preguntó a un hombre mayor que estaba explicando algo sobre inversiones.

—Trabajo con tu papá— respondió él, divertido.

—Ah, entonces es como su amigo. ¿Y le ayuda con las cosas que siempre pierde? Porque él nunca encuentra sus llaves.

No podía evitar mirarla con orgullo, y Máximo, aunque al principio parecía incómodo por sacar a la luz su nueva situación familiar, cada vez que Valeria hablaba la miraba sonriente.

—Qué muchachita tan inteligente, Medina, sí señor —repetían una y otra vez.

—Además, es monísima.

—¡Qué adorable!

Más tarde, cuando Valeria empezó a quedarse dormida en mis brazos, Máximo me ayudó a cargarla hasta el coche y nuestra salida finalizó en ese mismo momento, por lo que mi jefe arrancó el coche y el motor rugió.

—Te acerco a casa —me dijo.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

El silencio se instaló durante el trayecto de vuelta tras darle las directrices de mi casa para que las metiera en el GPS, pero había algo en el ambiente que ni siquiera la respiración tranquila de Valeria podía diluir.

Al llegar, mientras me quitaba con cuidado el cinturón de seguridad, noté su mirada quemándome.

—¿Qué? —pregunté, incómoda bajo su escrutinio.

—Nada. —Él se encogió de hombros y dejó escapar una media sonrisa—. Solo que… gracias. Por todo.

Yo arqueé una ceja, sorprendida por el tono sincero de su voz.

—Vaya, ¿el señor Medina dando las gracias? Esto sí que es un evento —bromeé.

—Siempre ese tono de sorpresa… —Él miró hacia otro lado, con media sonrisa torcida.

—No ha sido nada, Valeria me cae bien, le tengo mucho cariño.

—Yo no tanto, ¿verdad? —Me miró directamente a los ojos.

Se me secó la boca.

Dios…

Sí que era guapo, maldito.

Estaba… Uff.

Y ahí nos quedamos, mirándonos, con esa cosa extraña en el aire que ninguno de los dos estaba dispuesto a nombrar.

Tenía que hacer algo, romper esa tensión, esa red invisible que se había creado entre los dos.

Él no era para mí, ni mucho menos yo era para él.

Me había dado cuenta en cuanto llegamos al evento, esa clase de gente…

Sabía que existía, por supuesto, sabía que en la ciudad había gente de mucho dinero, pero yo

solo había visto a ese tipo de personas en las películas.

No, no teníamos nada que ver.

Ni yo con él, ni él conmigo.

No podía estar con alguien que no sabía lo que era tener que ducharse con agua fría.

Además, era mi jefe, yo era la niñera de su hija.

Era imposible.

Así que, como si nada, le di un leve empujón en el brazo.

—Buenas noches, jefe —dije, antes de desaparecer de su vista.

No fuera a escuchar el desordenado latido de mi corazón.

No fuera a darse cuenta de que ya hasta era capaz de afectar mi sistema.

Mi cabeza.

Mi piel.

Mi cuerpo entero.

Yo tampoco lo sabía, lo descubrí en aquel instante.

¡MIERDA!

24
Meri

Un par de días más tarde, el lunes, cuando Lucía me mandó el mensaje sobre la dichosa cena, lo primero que pensé fue: *Bah, cualquier cosa básica servirá. Un vaquero y una blusa mona y ya está.*

Pero luego me puse a pensarlo mejor.

¿Y si Máximo aparecía vestido como si fuera a los Oscar?

Porque así es como se vestía cuando iba a la oficina.

No es que me importase lo que pensase ese FEO... bueno, CEO... bueno, lo que sea.

Además, ¿acaso Máximo asistiría a esa cena?

Yo tenía entendido que no.

Pero la verdad era que no quería sentirme como un bicho raro. Así que recurrí a mi oráculo personal: Charo y Barbie.

—Entonces, ¿vas a una cena con la hermana del gruñón? —preguntó Barbie, sentada en la cama mientras ajustaba los tirantes de un vestido rojo. —¿Entre semana? ¿Eso te lo pagan?

—¡Qué va! —exclamé, sacando un vestido negro básico del armario—. Es solo… una cena informal, yo qué sé. No se trata de trabajo. Aún así, Máximo siempre me paga las horas extras.

—Uy, Máximo, Máximo —canturreó Charo—. Lo ha llamado por su nombre. Barbie, la estamos perdiendo.

—¿Sabéis qué es lo peor? —pregunté ignorando lo que había dicho la abuela de mi amiga—. Creo que me está empezando a caer bien. ¡Lo que faltaba!

Omití el hecho de que ya me había fijado en cómo las camisas se le ajustaban a la espalda, a los brazos…

En cómo los pantalones de traje le marcaban el trase…

—Eso pasa porque estás demasiado cerca del fuego, cariño. Y tú y yo sabemos que los ogros se vuelven menos ogros cuando les miras mucho. —Charo levantó una mano como si estuviera canalizando a algún espíritu, sacándome de mis pensamientos—. Es una maldición. Paco lo dijo.

—¿Paco? —pregunté, dejando caer el vestido sobre la cama.

—Que sepas que lo contacté con la ouija la semana pasada. —Charo sonrió con autosuficiencia, sacando un collar con un colgante en forma de luna—. Me dijo que habría confusión en mi círculo cercano.

—Abuela, Paco seguramente era tu subconsciente pidiéndote que dejes de ver *Ghost* en bucle. —Barbie soltó una carcajada mientras yo negaba con la cabeza.

—¡No blasfemes! Es tu abuelo, en paz descanse. Bueno, confusión o no, ¡esto es un plan de Lucía para juntar a los dos! —Charo alzó un dedo, dramática—. Pero tú tienes que ir hecha un bombón, Meri. Ese gruñón necesita una buena dosis de realidad, en el caso de que vaya, que me da a mí que sí. ¿Quién de las dos me hace el tinte?

—¿Vas a hacer *cosplay* de dragón otra vez? —le pregunté, riéndome.

Las tres salimos de la habitación de Barbie.

—Mira, maja, el rojo pasión nunca pasa de moda. Además, Paco siempre decía que con este color yo parecía una diosa. —Charo me lanzó una mirada soñadora, pero se interrumpió al darse cuenta de algo—. Aunque ahora que lo pienso… ¡tengo que preguntarle a Paco si me sigue viendo guapa!

—Charo, ahora en serio, ¿tú estás bien?

—Meri, no la escuches —intervino Barbie, que ya estaba poniéndose guantes de látex para ayudarla con el tinte—, dice esas tonterías porque mi abuelo siempre le decía que la ouija era como WhatsApp con cobertura universal.

—¿Y no lo es? —preguntó Charo, ofendida.

—Madre mía... Yo solo venía a pediros consejo sobre qué ponerme para la cena —les dije, cruzándome de brazos.

Barbie dejó el tazón de tinte sobre la mesa y me miró como si hubiera dicho una barbaridad. Luego soltó una risita que me desconcertó.

—Y… una duda que yo tengo: ¿desde cuándo te importa lo que piense Máximo?

—No me importa. Pero tampoco voy a darle el gusto de verme como si fuera de diario —mentí descaradamente, aunque sabía que no las engañaba ni un poquito.

—Vale, termino con esto y vamos a elegir algo.

En cuestión de minutos, mi cama estaba cubierta de vestidos, faldas, blusas, y hasta un par de botas que Charo había desenterrado de quién sabe dónde.

Y digo mi cama, porque a Charo le dio totalmente igual cruzar de una casa a otra con la cabeza escupiendo fuego una vez tuvo ese horrible tinte puesto.

—Este —dijo Barbie, levantando un vestido negro ajustado.

—¡Demasiado serio! Parece que va a un funeral. —opinó Charo.

—¿Y este otro? —pregunté, señalando un vestido rojo con flores.

—Demasiado alegre. Parece que vas a una feria. —dijo Barbie, descartándolo de inmediato.

—¿Entonces qué queréis que me ponga? ¿Un chándal? —bromeé, pero en ese momento Charo sacó algo que hizo que me llevara las manos a la cabeza.

—¡Esto! —exclamó, sosteniendo una chaqueta con lentejuelas doradas.

—Charo, ehh… NO.

Ella me lanzó una mirada de desaprobación y se cruzó de brazos.

—Pues entonces no sé para qué nos pides consejo.

Al final, elegimos un vestido azul marino de tela fina y manga larga. Sencillo, con unos botines bajos, medias transparentes y pendientes discretos. Lo justo para no parecer demasiado arreglada, pero tampoco demasiado informal.

—Ahora sí —dijo Barbie, admirando el resultado.

—Perfecto. Aunque si la cena se pone aburrida, siempre podemos sacar la ouija —añadió Charo, guiñándome un ojo.

Me reí y les di las gracias. Sabía que no importaba lo que pasara en esa cena, al menos siempre podría contar con ellas para reírme después.

Pensé que sería una de esas cenas en las que acabas comiendo una tortilla francesa en casa, cuando vuelves, porque te da vergüenza repetir lo que te pongan.

Pero no.

Lucía tenía otro plan en mente, y vaya si lo descubrí al llegar.

Nada más abrir la puerta, me recibió con una sonrisa que parecía de anuncio de dentífrico, pero con más intención que un comercial de teletienda.

—¡Qué bien que has venido, Meri! Ayúdame a organizar esto antes de que lleguen.

—¿Lleguen quiénes? —pregunté mientras me quitaba el abrigo.

Lucía me dedicó una mirada inocente que no se la creía ni ella.

—Nada, cosas de familia. Tú céntrate en ayudarme con Valeria.

Ahí ya tuve que arquear una ceja.

Yo había dejado a Valeria en casa de Máximo, justo cuando él llegó, y ni él me dijo nada de

la cena ni yo a él tampoco.

De hecho, como ya he dicho, no sabía si iba a ir o no.

No le importaba lo que hiciera en mi tiempo libre ni si mi compañía era su hermana Lucía, que me caía muy bien, por cierto.

¿Cómo es que la niña estaba allí?

Estaba claro que había gato encerrado, pero antes de que pudiera sacarle nada, apareció Valeria con una corona de papel en la cabeza y una varita mágica en la mano.

Desde luego, tenía obsesión con ser una princesa.

—¡Meri, ya has llegado! ¡Eres mi hada madrina del reino! —me anunció, y una sonrisa se le abrió en la cara.

Me reí y la seguí al salón mientras pensaba qué clase de cena tan importante iba a ser esa.

Lo descubrí cuando, diez minutos después, se abrió la puerta y apareció él.

Máximo.

Irradiando tensión, traje a medida, tal y como lo había visto cuando había vuelto de trabajar, y esa manera de fruncir el ceño como si el mundo entero fuera un desastre por arreglar.

Llevaba una botella de vino.

Nada más cruzar la puerta y vernos a las dos allí plantadas, soltó un resoplido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, mirando directamente hacia mí, como si estuviera a punto de ponerme una multa por invasión de propiedad privada.

—Lo mismo que tú, jefe: cenar. —respondí, cruzándome de brazos con una sonrisa.

¿Qué más podía decir?

¡Yo tampoco me esperaba aquello!

¿Entonces por qué te has cuestionado qué ponerte por si Máximo iba a la cena?, me preguntó mi loca cabecita.

En ese momento me di cuenta de que pensaba más en Máximo de lo que debería y la garganta se me secó.

¿Qué me estaba pasando?

Lucía apareció justo en ese instante con un delantal y un bol de ensalada que parecía un jardín botánico.

Lucía que, al parecer, nos había engañado tanto a Máximo como a mí vilmente.

Así, sin anestesia.

Yo me esperaba una cena tranquila con ella, quizá una de esas cenas “de chicas”, porque habíamos conectado desde el principio.

No obstante, parecía que también tendría que lidiar con Máximo que, aunque últimamente parecía más relajado conmigo, seguía teniendo ese gen de ogro gruñón activado por defecto.

Pero lo que no me esperaba, lo que nadie me dijo, es que esa cena incluía a dos personas más.

Es que es muy fuerte, lo digo en serio.

Seguid leyendo, porque llega el MOMENTAZO.

Máximo comenzó a utilizar el sacacorchos para abrir la botella de vino, dándome la espalda, con la camisa remangada tras deshacerse de la chaqueta y ese porte de hombre que parece que todo lo tiene bajo control.

Spoiler: mentira.

Pero eso no es ninguna novedad.

—¡Vamos a cenar albóndigas! —exclamó Valeria, con la emoción de quien ha descubierto el Santo Grial.

—Ah, ¿sí? Pues mira qué suerte la mía —sonreí, antes de girarme hacia Lucía—. ¿En qué

momento me engañaste para meterme en una cena en familia?

—Desde el instante en el que te invité —respondió ella, dedicándome una caída de pestañas.

Fue entonces cuando sonó el timbre y a Lucía se le pasó la tontería de las pestañitas.

Yo fruncí el ceño, porque no entendía nada, aunque la muy maldita tenía todo planeado hasta el milímetro; eso lo supimos más tarde.

Y no era una encerrona para mí, que conste, a pesar de que me empezara a encontrar incómoda, sino para su propio hermano.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunté.

—No —contestó Máximo, igual de confundido que yo.

Lucía se escabulló como una lagartija y fue a abrir la puerta.

Y, de pronto, una voz firme y elegante inundó el recibidor:

—Espero que no lleguemos demasiado tarde.

Ahí es cuando Máximo se atragantó con el vino, del cual estaba dando un sorbo tras servirlo en una copa.

Lo vi ponerse pálido, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Mamá! —escuché la voz de Lucía—. ¡Papá!

¿Mamá?

¿Papá?

Espera, no.

¿Habían venido los padres de Lucía?

Eso, por consiguiente, significaba que…

¡Joder, los padres del FEO!

Me asomé como un topillo al pasillo y entonces los vi entrar.

Un hombre y una mujer que parecían sacados de la portada de una revista de alta sociedad.

Elegantes, impecables, con ese porte de personas que nunca levantan la voz porque no lo necesitan.

Los padres de Máximo, efectivamente.

Menos mal que aquel día no llevaba puesta esa camiseta que tenía muchos años pero que me negaba a tirar y que decía: “No estoy discutiendo, te estoy explicando por qué tengo razón”.

Vaya tela.

Vaya tela.

Vaya tela.

—Jefe —susurré en un hilo de voz, pues estaba visiblemente incómodo, muy incómodo—, quizá me meto donde no me llaman, pero…

Él me miró con la cara completamente demudada, blanca como la cera.

—Lo sé —dijo sin más.

Ahí fue la primera vez que me di cuenta de que nos entendíamos sin necesidad de palabras, solo con la mirada.

—¿Dónde está? —preguntó la madre de mi jefe.

—Será mejor que salga —dijo él.

Asentí con la cabeza y ambos salimos juntos de la cocina para llegar al salón.

—No pongas esa cara, Máximo, que pareces un hombre al que van a fusilar —bromeé, susurrando, en un intento de rebajar un poquito la tensión que irradiaba mi jefe.

Él soltó un gruñido como respuesta.

—Ah, vale. Entonces la cara de funeral es estándar.

La madre de Máximo no tardó ni dos segundos en escanearme de arriba abajo con una

mirada que, sin ser ofensiva, dejaba claro que estaba analizando cada aspecto de mi existencia.

—¿Y tú eres?—dijo con una sonrisa de cortesía.

—Oh, yo… —intenté decir.

—Es Meri, la niñera de Valeria y una buena amiga —dijo Lucía por mí, intentando destensar el ambiente.

¿Y qué haces en estos casos?

Pues lo que mejor se te da.

Sobrevivir.

—La misma —dije con una gran sonrisa, antes de añadir—: Y usted debe ser… la madre del ogro.

Dios, estaba muy nerviosa, no sabía ni lo que decía.

Lucía soltó una carcajada.

Valeria también.

Máximo me fulminó con la mirada.

Pero, sorprendentemente, su madre también sonrió.

—Encantadora —dijo, antes de girarse hacia mi jefe—. Hijo, tenemos que hablar. No has tenido la decencia ni de cogerme el teléfono ni de devolverme las llamadas.

Y ahí supe que la cena no iba a ser solo de albóndigas.

Se serviría tensión a la carta.

25
Máximo

Nunca me habían gustado las cenas en familia.

En teoría, deberían ser reuniones agradables, momentos de complicidad, de risas compartidas. Pero para mí, en los últimos años, se habían convertido en un campo de batalla donde debía medir las palabras, vigilar los gestos y mantener el tipo aunque por dentro estuviera a punto de estallar.

Con mis padres, me refiero.

Ellos no llevaban bien la reputación que me había ganado, mi alto estatus.

Bueno, a ver, no era exactamente eso lo que no llevaban bien, sino el hecho de que, según ellos, no me tomaba la vida en serio, iba de fiesta en fiesta y todas esas cosas.

Pasaba pocos años de los treinta, ¿qué pretendían que hiciera?

Para algo debían de servir las horas que dedicaba en la oficina, ¿no?

Pensaban que la de trabajar no me la sabía.

Claro, y el dinero me había llegado como un regalo divino, no te jode.

El caso es que, cuando escuché la voz de mi madre en la puerta, de repente, el aire en la casa pareció volverse espeso.

Y supe en ese instante que lo habían visto.

Que sabían de Valeria.

Por supuesto que lo sabían.

Habían tenido que enterarse por la prensa, porque como vaticiné, había salido en portadas de prensa rosa.

Obviamente, no había respondido las llamadas que me habían hecho ni tampoco las había devuelto.

No sabía cómo enfrentarme a esa situación.

Pensé en ese momento que Lucía me las pagaría, que esa encerrona había sido adrede.

Maldita.

Mi madre rezumaba esa elegancia contenida que siempre la había caracterizado, y mi padre, con su porte imponente, me lanzó una mirada severa antes de posarla en Valeria que, la pobrecita, parecía no entender nada.

—Hijo, tenemos que hablar. No has tenido la decencia ni de cogerme el teléfono ni de devolverme las llamadas —dijo mi madre mirándome de forma seria.

Después dejó el bolso sobre la mesa con una elegancia propia de la realeza.

Siempre había sido así.

Y entonces, todo lo demás dejó de importar.

—Porque he estado ocupado —respondí en un susurro, como cuando de pequeño me pillaban haciendo algo indebido, masajeándome la sien, arrepintiéndome de mi propia existencia.

—¿Ocupado ocultándonos a nuestra nieta? —añadió mi padre, con una ceja arqueada.

Valeria abrió los ojos como platos.

—¿Nieta? —preguntó.

—Sí, cariño —intervino Lucía rápidamente, arrodillándose junto a ella con esa ternura natural que la hacía ser la mejor tía del mundo—. Ellos son los papás de tu papá. Tus abuelos.

La palabra flotó en el aire durante unos instantes.

Abuelos.

Y en los ojos de mi hija brilló una mezcla de sorpresa y confusión.

Valeria los miró con el ceño fruncido.

Primero a mi madre, luego a mi padre.

Luego de nuevo a mi madre, que la escrutaba con una expresión que yo no supe descifrar en ese momento.

—Pero si yo no tengo abuelos. O sea, tengo… —se miró su pequeña mano, moviendo los deditos— los abuelos del pueblo solo.

Después se encogió de hombros.

Tierra, trágame, pensé.

Mi madre pareció perder el aliento.

Mi padre se quedó rígido.

Yo… yo sentí una punzada en el pecho tan fuerte que casi me dejó sin aire.

—Eso no es cierto, cielo —dijo mi madre, arrodillándose ahora ella también—. Sí que los tienes. Nosotros somos tus abuelos.

Quise muchas cosas a la vez en ese instante.

Que mi madre se callara, que mi padre saliera de allí, que yo desapareciera como por arte de magia, aterrizando en otro lugar.

Valeria ladeó la cabeza y me miró a mí, como si yo pudiera darle una respuesta mejor.

Eso lo agradecí, porque sentí que el mayor referente de mi hija en ese momento, era yo.

—¿Es verdad, papá? —preguntó.

Tragué saliva, me agaché para ponerme a su altura y enterré sus manitas entre las mías.

—Sí, cielo —le dije.

Ella pestañeó, mirándolos de nuevo.

—Pero… ¿y por qué nunca los he visto?

Qué forma tan sencilla y directa de preguntar lo que yo no podía explicar.

Mi madre se llevó una mano a la boca, mi padre bajó la mirada.

Y yo… yo me maldije por dentro.

—Es complicado, cariño —susurré—. Pero vamos a arreglarlo, ¿vale?

Valeria se quedó callada unos segundos, luego cruzó los brazos y los miró fijamente.

—Bueno, pues si sois mis abuelos, tenéis que traerme un regalo la próxima vez.

La tensión se disipó en el acto.

Lo supe porque yo volví a respirar con normalidad, al menos toda con la que podía ante aquella escena.

Lucía soltó una carcajada.

Mi padre dejó escapar una risa baja y mi madre esbozó una sonrisa temblorosa.

Meri me miró como diciendo: “Esta niña es una reina”.

—Me parece justo —dijo mi padre con voz ronca.

Pero la tregua duró poco.

Mi madre volvió a erguirse y me miró con esa expresión de madre que sabe que su hijo la ha liado y no se va a ir de rositas.

—Máximo, ¿podemos hablar en privado?

—Prefiero que no.

—No te estoy preguntando.

—Bueno, pues qué pena.

Lucía bufó y observé cómo Meri se me mordía el labio para no reírse.

Debió comprender que los genes de cabezón venían de familia, claramente.

—Máximo —intervino mi padre esta vez, con un tono de advertencia—. Vamos a hablar. Ahora.

El muy imbécil miró a Meri, como si ella pudiera echarle un cable y me entraron ganas de reírme, porque me imaginé una respuesta por su parte tipo: "Oye, yo solo estoy aquí por las albóndigas".

Al final, rodé los ojos hacia arriba, solté un gruñido de resignación y accedí.

—Valeria, ve con Meri y con tu tía. Ahora vengo, ¿vale?

La niña asintió y se fue directa a los brazos de Meri.

Y yo observé cómo se iban las tres a la cocina, donde Fede y mis sobrinos terminaban de preparar las cosas de la cena, dejándonos un poco de privacidad.

Mejor.

En el salón de mi hermana iba a haber más tensión que en la final de un partido de Champions.

Me lo olía.

—¿Quieres que probemos una albóndiga? —le preguntó Meri a Valeria.

—Una no, ¡muchas! —exclamó ella como respuesta.

Desaparecieron y yo me quedé solo ante el peligro.

Me crucé de brazos y suspiré.

Sabía lo que venía.

—¿Me vas a decir la verdadera razón de por qué no respondiste nuestras llamadas? —preguntó mi madre con esa mirada de hielo que ponía cuando estaba decepcionada.

—Porque sabía que queríais hablar de esto.

—¿Y no crees que lo merecemos? —intervino mi padre, su voz firme—. ¡Nos hemos enterado por la prensa!

No respondí, no tenía una buena respuesta.

Mi madre se pasó una mano por el pelo y negó con la cabeza.

—¿De verdad pensabas que no nos enteraríamos? ¿Que podrías esconder a la niña para siempre?

No.

Pero sí que deseaba retrasarlo lo máximo posible.

—No quería sermones, la verdad.

—Eso es una excusa, hijo —dijo mi padre con dureza—. La verdad es que no querías enfrentarte a tus propias consecuencias.

Bajé la mirada.

Él siempre había sabido leerme demasiado bien.

—¿Por qué nos has apartado? ¡La niña lleva contigo semanas! —preguntó mi madre.

Levanté la cabeza y la miré, viendo dolor en su expresión.

No supe qué decir porque, en el fondo, tenían razón.

Había sido cobarde.

Había querido proteger a Valeria… sí, pero también había querido protegerme a mí mismo de todo lo que implicaba meterla en mi vida.

Una vida que creía perfecta.

Y mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas, solo podía pensar en una cosa:

Meri estaba en la cocina con Valeria.

Meri, la mujer que había transformado mi vida sin pedir permiso, que había llegado de la nada.

Meri, que lo había visto todo, que había escuchado cada palabra y que, de alguna forma, sabía leerme mejor que nadie.

Y eso, joder, me aterraba más que enfrentarme a mis propios padres.

Mi padre se aclaró la garganta, sacándome de mis cavilaciones.

—Queremos saberlo todo. Y lo queremos saber ahora.

Mi madre asintió, con las manos cruzadas en el regazo, esperando.

Se había sentado en uno de los sofás de Lucía. En cambio, mi padre permanecía de pie.

Solté un suspiro y me pasé una mano por la cara.

—Judit, la madre de Valeria, y yo… tuvimos algo hace cinco años. Algo sin etiquetas, sin compromisos, una noche loca. Nos conocimos en en una fiesta, tras un evento de la empresa, me acosté con ella y eso fue todo. Al menos, eso creía yo.

Mis padres escuchaban en silencio, pero el juicio se notaba en su mirada.

—A la mañana siguiente desapareció sin decir nada y yo seguí con mi vida sin saber que tiempo más tarde ella se daría cuenta de que estaba embarazada.

—Porque los métodos anticonceptivos no existen —dijo mi madre con ironía—, ¿verdad?

Hice una pausa.

Seguía doliendo decirlo en voz alta.

—Hace un mes o algo así apareció en mi casa. Así, de la nada. Y no vino sola, claro. Vino con Valeria.

Vi a mi madre tensarse, las manos apretadas sobre su regazo.

El silencio en la habitación se volvió cortante.

—¿Y? —preguntó mi padre.

—Lo primero que pensé fue que no podía ser verdad. Que era imposible.

Recordaba esa sensación como si hubiera sido ayer.

—Me quedé tan bloqueado que no le exigí pruebas, pero ella me las dio. Una prueba de ADN de la que me cogió la muestra en ese mismo momento. Me metió un bastoncillo en la boca y…

—¡Madre mía, hijo! ¡Qué manejable eres cuando quieres! —exclamó mi madre.

—La prueba dio positiva, me la envió por correo electrónico —continué, ignorando su comentario.

Mamá entreabrió los labios, sorprendida.

—El resultado fue claro: 99.9% de coincidencia.

—Dios mío… —murmuró mi madre, llevándose una mano a la boca.

Mi padre estaba en silencio, pero su expresión lo decía todo.

—¿Y por qué ha aparecido ahora? —preguntó finalmente—. ¿Qué quiere Judit después de cinco años sin hablarte de Valeria? No parece justo, hijo. ¡Te has perdido gran parte de su infancia!

Apreté la mandíbula, nunca lo había pensado.

—Me dijo que había encontrado un puesto de trabajo en Estados Unidos.

Mi madre frunció el ceño.

—¿Y la niña?

—Cree que es lo mejor para ella. Valeria necesita estabilidad y, según ella, a pesar de que sus padres están en el pueblo, no sé cuál, no me lo dijo, yo puedo dársela. Valeria tiene altas capacidades, no quería cambiarla de centro escolar.

Mamá negó con la cabeza, incrédula.

—¿Y tú aceptaste?

—¿Acaso me quedó otra opción?

Mi padre soltó una carcajada seca.

—Así que después de cinco años, Judit aparece, te dice "tenemos una hija", te deja la niña y se larga. ¿Y tú simplemente lo aceptas?

Su tono me hizo hervir la sangre.

—No "simplemente lo acepto". Estoy haciendo lo que tengo que hacer.

Nos quedamos mirándonos.

Midiéndonos.

Mi madre intervino con suavidad:

—Hijo… nadie nace sabiendo ser padre. Pero es un aprendizaje que no tienes que hacer solo.

—Por eso se lo conté a Lucía y contraté a Meri como su niñera —respondí.

Mi madre abrió los ojos, sorprendida por mis palabras.

—¿Meri es esa chica que hemos visto?

Asentí con la cabeza.

Mi padre resopló.

—Claro, porque nosotros no somos nadie.

—Necesitaba… encontrar el momento adecuado. ¡Mi vida ha cambiado para siempre!

Mi padre me sostuvo la mirada y asintió lentamente.

—Pero hay momentos en la vida en los que hay que saber pedir ayuda.

Me pasé la lengua por los labios. No estaba acostumbrado a este nivel de sinceridad con ellos.

Pero en el fondo, de algún modo agradecía que aquella conversación no hubiera salido tan mal.

Mi padre suspiró, como si intentara procesarlo todo a la vez.

—No puedo creer que tengamos una nieta de cinco años y que la conozcamos hoy por primera vez.

—Ni yo puedo creer que he pasado cinco años sin saber que tenía una hija. Pero no puedo cambiar eso. Solo puedo hacerlo lo mejor que pueda ahora —respondí.

Mi madre suspiró y se giró hacia mi padre.

—¿Y bien?

Él frunció el ceño.

—¿Y bien qué?

—¿Vas a seguir con esa cara de ogro o vamos a salir ahí fuera e intentar ser unos abuelos decentes?

—Voy a necesitar tiempo para procesarlo —dijo—, pero no pienso perder más.

Me dio una palmada en el hombro y se dirigió a la puerta.

Mamá me acarició la mejilla y me dedicó una sonrisa antes de seguirle.

—Sí. Vamos.

Me los quedé mirando un segundo más antes de abrir la puerta del salón, que Meri había cerrado tras marcharse con Valeria y Lucía a la cocina.

Entonces, las avisé tanto a ellas como a los demás de que ya podíamos cenar.

Y llegó trotando ella: Valeria.

Levantó la cabeza y nos miró a los tres con curiosidad.

Mi madre la observó como si fuera la cosa más preciosa que había visto en su vida.

Se llevó una mano al pecho y sonrió con los ojos brillantes.

Aquello me conmovió, lo admito.

—Hola, cariño —dijo con dulzura—. ¿Has probado las albóndigas?

Valeria asintió con la cabeza.

—¿Tú sabes hacer? Papá no sabe cocinar muy bien.

Valeria parpadeó y se giró hacia mí.

—¿A que no, papá? —me preguntó.

—Estamos en ello —contesté revolviéndole el pelo.

—¿No? —preguntó mi madre—. Pues yo hago unas riquísimas.

—¡Qué guay! —exclamó Valeria trotando hacia la mesa.

Mi madre se sentó a su lado, mirándola con ternura.

Mi padre tardó un poco más en reaccionar, pero cuando lo hizo, se acercó a la silla donde se había sentado Valeria, se agachó frente a ella y le tendió la mano.

—Soy tu abuelo.

Valeria lo miró con los ojos abiertos.

Luego miró su mano y la estrechó.

Y en ese momento, supe que había valido la pena.

Todo.

26
Meri

Después de un rato de silencios incómodos y miradas furtivas, todo pareció calmarse un poco.

Máximo estaba un poquito tenso, se lo notaba, pero sus padres no tardaron mucho en ir al grano.

—Así que, Valeria… —empezó la madre de Máximo—, cuéntanos cómo es vivir con tu papá.

Valeria, que era más lista que el hambre, me miró con una sonrisilla antes de contestar.

—Está bien. Aunque pone la música muy alta cuando cocina. Yo creo que por eso le sale mal, se desconcentra.

Lucía se rio y yo también, pero Máximo frunció el ceño como si acabaran de acusarle de algo gravísimo.

—No la pongo tan alta.

—Papá… el otro día el vecino llamó a la puerta porque pensó que había una fiesta. Y solo estabas friendo un huevo. Bueno, intentándolo…

Solté una carcajada, no lo pude evitar, y Máximo me fulminó con la mirada.

—Yo también pongo música alta cuando cocino —dije con tono conciliador—. Aunque no tengo vecinos que me denuncien por exceso de alegría, deben estar acostumbrados.

Lucía casi se ahogó con el vino.

Máximo, el pobre, se pasó la mano por la cara con resignación.

—No has cambiado nada —suspiró su madre—. Hijo… no puedo creer que hayas pasado por todo esto solo.

—No he estado solo —respondió Máximo sin mirarme, pero sabía que pensó en mí al decirlo.

Y su madre también, porque giró la cabeza hacia mí y me miró con una intensidad que me dejó clavada en la silla.

Oh, no. No, no, no. Señora, no me mire así.

Pero ya era tarde.

Lucía sonrió con cara de “se viene” y su padre alzó las cejas, analizándome como si estuviera a punto de pedir mi currículum.

Máximo notó la tensión y carraspeó.

—Meri… me ha ayudado mucho. Es increíble con Valeria.

—Eso ya lo imaginábamos —dijo su madre con una sonrisa ladeada—. Solo con verte se nota que es importante para ti.

¡Mujer, un poco de piedad!

Máximo se removió en su silla y yo bebí un sorbo de agua como si estuviera bebiendo gasolina y quisiera prenderme fuego para salir de la conversación.

Valeria, ajena a nuestra incomodidad, miró a su abuela con una sonrisa.

—Meri hace las mejores tortitas del mundo.

Ay, mi niña.

La madre de Máximo asintió con satisfacción.

—Entonces creo que ya me cae bien.

Lucía casi soltó un "¡Bingo!".

Máximo se pasó una mano por la nuca y yo deseé poder escapar por la ventana.

La cena siguió con más conversaciones incómodas, de esas en las que los padres de mi jefe hablaron de su tierna infancia. La de Máximo, no la de esos señores.

Pero lo peor ya había pasado.

Al final, después de la comida y de mucha tensión no resuelta, los padres de Máximo se despidieron con promesas de verse pronto.

La madre de Máximo suspiró y se volvió hacia Valeria.

—Cariño, ¿puedo darte un abrazo?

Valeria parpadeó sorprendida, pero sonrió y asintió, así que la mujer rodeó a la niña entre sus brazos con un cariño infinito.

Cuando se separó, le besó la frente y le acarició el pelo con ternura.

—Eres preciosa —susurró.

El padre de Máximo, sin muchas palabras, simplemente le revolvió el pelo y le sonrió con orgullo.

—Nos encantaría verte más a menudo, si tú quieres.

Valeria sonrió ampliamente.

—¡Sí! Así podré enseñaros los dibujos que hago con Meri.

Y entonces, como si la cena no hubiera sido ya suficientemente incómoda, la mirada de los padres de Máximo volvió a caer sobre mí.

Ay, Dios.

—Meri ha sido un gran apoyo para Valeria —intervino Lucía, con esa sonrisa de quien ya ha maquinado toda una boda en su cabeza—. Y para Máximo también, ya lo sabéis.

Máximo rodó los ojos, pero su padre esbozó una media sonrisa.

—Gracias por todo lo que has hecho por mi hijo y mi nieta, antes no te he dicho nada —dijo con solemnidad.

—Oh… bueno… no es nada —balbuceé.

Máximo me miró de reojo, creo que le divirtió ver cómo me incomodaba la situación.

Y ahí es cuando su madre, la mismísima jefa del clan, soltó la bomba:

—Eres una mujer muy especial, Meri. Se nota que Máximo te aprecia mucho.

Lucía sonrió como si hubiera marcado un gol en la final del Mundial.

Máximo puso cara de “trágame, tierra”.

Y yo… solo quería meterme en la cama y fingir que aquella noche nunca había pasado.

Pero cuando Valeria se acercó a mí y me agarró de la mano, mirándome con esa sonrisa confiada, supe que todo había cambiado.

Y cuando la madre de Máximo me dio un último vistazo antes de salir por la puerta… me di cuenta de que, para ella, yo ya formaba parte de algo mucho más grande.

Yo me limité a sonreír, mientras mentalmente gritaba: *¿QUÉ ES ESTA CENA Y POR QUÉ ESTOY AQUÍ?*

27
Máximo

Los días pasaban, y aunque nunca pensé que diría esto, estaba empezando a sentirme... ¿cómodo?

¿Contento?

¿Buen padre?

Bueno, tampoco vamos a exagerar.

No iba a empezar a comprarme camisetas rotuladas con un "El mejor papá del mundo" ni a presumir en Instagram de mis hazañas en cuanto a la educación respetuosa, pero algo había cambiado.

Valeria y yo estábamos encontrando un ritmo; uno raro y caótico, pero nuestro, al fin y al cabo.

Las cenas no siempre terminaban en desastre, el desayuno dejaba de parecer una misión suicida y, aunque a veces me costaba admitirlo, esos momentos antes de dormir, cuando ella se acurrucaba con su pijama de unicornios, eran... mágicos.

Hablaba con su madre todos los días, pero ya no parecía echarla tanto de menos como al principio.

—¡Papáááááá! —gritó desde su habitación mientras yo intentaba cerrar un último correo.

Y eso de llamarme Max, había quedado en el olvido, por cierto.

Suspiré, cerrando la tapa del portátil.

Había aprendido que si Valeria gritaba, había dos opciones: o me necesitaba urgentemente o había encontrado una araña.

En ambos casos, más valía correr.

—¿Qué pasa ahora, terremoto? —pregunté asomándome a su habitación. Estaba metida en su cama, rodeada de peluches como si fuera la reina de un reino de juguetes.

—Es hora del cuento. Y no quiero uno aburrido. Quiero algo divertido, como cuando Meri nos llevó al zoo y te tiraste la bebida encima porque pensabas que el pájaro te estaba mirando raro.

Ups, eso creo que no lo sabíais, pero es cierto, porque Valeria nunca mentía.

Me crucé de brazos y la miré, fingiendo indignación.

—Primero: ese pájaro me estaba mirando raro. Y segundo: ¿divertido? Yo soy el rey de los cuentos divertidos.

—Mmmm... —Me miró con los ojos entrecerrados, como evaluándome—. No sé, papá. A veces eres un poco... aburrido.

—¡Aburrido! —Me acerqué a ella y le hice cosquillas hasta que empezó a reírse a carcajadas. Sus risas llenaron la habitación, y por un momento, me sentí... completo.

Como si todo estuviera en su sitio, porque yo sentía que estaba justo donde debía estar.

Claro que echaba de menos las fiestas, las cañas, las tías desnudas en mi cama…

Pero desde que Valeria había llegado, ni siquiera había tenido tiempo de pensar en ello.

Me senté en el borde de su cama y cogí el libro de cuentos que tenía en la mesita.

Era uno nuevo, sobre princesas y dragones, pero esa noche decidí improvisar.

—Érase una vez, en un reino muy lejano, una princesa súper lista y guapísima llamada... Valeria.

Ella me miró con ojos brillantes, abrazando a Coco.

—¿Yo?

—Claro. Pero también tenía un papá que era el rey y... algo torpe, pero increíblemente guapo y listo también.

—¿Tú? —preguntó con una risita.

—Exacto. Y un día, ese papá decidió que iban a construir juntos un castillo de almohadas. Pero había un problema... ¡la princesa Valeria nunca sabía dónde dejaba sus zapatillas mágicas!

Valeria puso los ojos en blanco, pero estaba conteniendo la risa.

—Es que tú nunca sabes dónde están mis cosas, papá. Siempre me dices: "Están en tu cuarto", pero no están.

—¡Porque tu cuarto parece un campo de batalla! —me defendí, aunque tenía que admitir que había verdad en sus palabras.

—Bueno, pero yo no soy la que deja los calcetines en el sofá —dijo, cruzando los brazos como si estuviera ganando una gran discusión.

Me llevé la mano al pecho, fingiendo estar herido.

—¿Quién te ha enseñado a discutir así? ¿Mamá? ¿Tía Lucía? O…

—Meri, claro. Ella sabe todo. Hasta sabe hacer tortitas.

—Sí, sí, ya lo sé. Meri es perfecta. No hace falta que me lo recuerdes cada cinco minutos.

Valeria se rio y luego se acurrucó contra su almohada.

—Papá, ¿sabes? Me gusta vivir contigo. Es divertido.

Su confesión me desarmó y me quedé mirándola con un nudo en la garganta.

A veces me preguntaba si estaba haciendo las cosas bien, si estaba a la altura de lo que ella necesitaba, pero escuchar esas palabras de su boquita me dio algo que ni todo el dinero ni los éxitos en mi trabajo podían darme.

—A mí también me gusta vivir contigo, princesa. Aunque a veces me vuelves loco.

—Papá, siempre estás un poco loco.

—Es cierto. Pero, ¿sabes qué? No lo cambiaría por nada del mundo.

La arropé bien con la manta y le di un beso en la frente.

—Buenas noches, terremoto.

—Buenas noches, papá.

Salí de la habitación, apagando la luz y cerrando la puerta con cuidado.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba empezando a entender lo que significaba ser padre.

Aunque no sabía qué pasaría al día siguiente, tenía clara una cosa: mientras Valeria estuviera bien, yo también lo estaría.

Y, si además tenía a Meri como aliada en esa aventura, tal vez podría manejarlo mejor.

28
Meri

Si algo había aprendido de Lucía Medina era que no existía obstáculo que esa mujer no pudiera sortear, y eso incluía organizar un día en la sierra como si fuera la fiesta del año.

—No es nada formal, Meri —me había dicho por teléfono, en un tono que claramente indicaba que ya tenía hasta un menú planeado—. Solo quiero que Valeria pase un día divertido. Ya sabes, aire fresco, juegos… y a Máximo también le vendrá bien relajarse un poco. ¡Te recojo a las diez!

No me dio tiempo a protestar. De hecho, apenas colgó, Barbie me lanzó una mirada maliciosa desde el sofá mientras pintaba sus uñas de un verde fosforito.

—¿Lucía te ha liado? Porque tiene toda la pinta de que te quiere empujar a los brazos del FEO.

—¡No me empuja nadie! —repliqué mientras rebuscaba en el armario algo cómodo para ponerme—. Además, esto es por Valeria, ¿vale? No tiene nada que ver con Máximo.

—Ajá, claro. Y yo soy la reina de Inglaterra —dijo Barbie, soplando sus uñas.

No le contesté. Para qué mentir, tenía razón. Últimamente parecía que todo giraba en torno a

Máximo y yo, como si fuéramos las dos piezas de un rompecabezas que todo el mundo estaba empeñado en juntar. Pero yo no pensaba ser tan fácil de encajar.

A eso de las once, ya estábamos todos en el campo.

Lucía, en su papel de anfitriona profesional, tenía todo bajo control: una mesa de madera montable apta para picnic llena de comida, mantas, juegos y hasta una pelota de fútbol para entretener a sus hijos y a Valeria.

—¿Te has traído todo el supermercado? —le pregunté mientras ayudaba a colocar los platos.

—Meri, cariño, nunca se sabe cuándo un día de campo puede necesitar más bocadillos o tarta de chocolate —respondió con una sonrisa traviesa.

Y allí estaba él, el mismísimo Máximo Medina, con una camiseta negra ajustada que le marcaba esos brazos que no quería mirar, pero que, maldita sea, eran difíciles de ignorar.

Caminaba con Valeria de la mano, que llevaba un sombrero de vaquera rosa y unas botas que, según ella, eran imprescindibles para el campo.

—Buenos días —dijo él, clavándome esos ojos intensos que tanto me desconcertaban últimamente.

—Buenos días, jefe —le contesté, con una sonrisa burlona.

Sus labios se curvaron ligeramente, y no sé si fue el sol o mi imaginación, pero juraría que lo vi sonrojarse un poco.

Estábamos en pleno otoño, pero todavía hacía buen tiempo en Madrid, y días así de soleados daba gusto disfrutar en plena naturaleza.

Lucía tenía razón, el aire libre nos vendría bien a todos, incluso a mí, que así despejaría mi cabeza de apuntes de opositora y llamadas misteriosas de hermanos que no soltaban ni prenda, porque esa extraña situación que a veces se daba con Miguel, seguía sin tener fin.

La mañana avanzó entre risas y juegos.

Valeria corría de un lado a otro, jugando al escondite con sus primos mientras Lucía, su marido y yo, intentábamos que Máximo jugara con nosotros a chutar un balón.

—Vamos, Medina, relájate. No es una junta de accionistas, es una pelota —se burló Fede, el marido de Lucía.

—Estoy relajado.

—Pues avisa a tu cara, porque no lo parece —le dije entre risas.

Él me lanzó una mirada de “ahora verás” y tiró la pelota con tanta fuerza que acabó rebotando en un árbol y volviendo hacia él.

No pude evitar reírme a carcajadas.

—¿Ves? Si hasta los árboles te están diciendo que necesitas soltarte un poco.

Él negó con la cabeza, pero también estaba sonriendo.

—Eres imposible, Meri.

—Y tú demasiado serio, Máximo.

La conversación quedó interrumpida cuando Valeria apareció con una cuerda para saltar.

—¡Meri! ¡Papá! ¿Quién salta mejor?

—Yo, por supuesto —respondí sin dudarlo.

—Ni lo sueñes —replicó Máximo, levantando una ceja desafiante.

No sé cómo pasó, pero terminamos los dos compitiendo como si fuéramos niños de diez años. Valeria contaba los saltos mientras yo intentaba mantener el equilibrio y Máximo se esforzaba por no pisarse los pies.

Fue en uno de esos intentos cuando tropezó y cayó hacia delante, llevándome a mí con él.

—¡Papá! ¡Meri! —gritó Valeria entre risas—. ¡Parecéis croquetas!

Yo estaba encima de él, intentando apartarme mientras sentía el calor subirme a las mejillas.

Máximo también parecía incómodo, pero no dejó de mirarme con esos ojos verdosos que tenían una forma extraña de hacerme sentir que el mundo se detenía.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz algo ronca.

—Sí, sí... solo… deja de mirarme así, que me pones nerviosa.

Él sonrió, y por un momento, pensé que iba a decir algo, pero Valeria nos interrumpió saltando a nuestro lado.

—¡Ha ganado Meri!

—¿Qué? ¡Eso no es justo! —protestó Máximo mientras se incorporaba.

—Así es la vida, Medina. Aprende a perder con dignidad.

Después comimos, pues la mesa de madera que habíamos utilizado para ello ya estaba preparada.

Lucía, siendo la anfitriona meticulosa que era, había preparado una tortilla de patatas que parecía sacada de un concurso gastronómico, junto con una ensalada de pasta cargada de ingredientes tan variados que Valeria no pudo evitar preguntar si había metido "todo lo que tenía en la nevera".

Yo había llevado un par de empanadas caseras que, para ser sinceros, eran más compradas que caseras, pues había ido corriendo al súper de abajo de mi casa para hacerme con ellas, pero nadie lo notó.

Máximo, por su parte, había contribuido con unas brochetas de pollo a la plancha que él mismo había preparado (y que, para sorpresa de todos, estaban deliciosas).

Todo aquello se acompañó con bebidas frías, frutas frescas, y, por supuesto, un brownie enorme que Lucía había hecho para rematar la jornada.

—Si no hay postre, no hay felicidad —declaró con dramatismo mientras Valeria le aplaudía como si hubiera creado el octavo milagro del mundo.

Al final del día, mientras recogíamos todo, Lucía me guiñó un ojo.

—Te dije que esto sería buena idea, ¿no?

—No te hagas ilusiones, Lucía. Máximo y yo no somos más que…

—¿Croquetas? —interrumpió ella, riéndose.

No contesté, pero no pude evitar sonreír. Porque, por mucho que intentara negarlo, algo estaba cambiando entre nosotros.

Y aunque me aterraba admitirlo, parte de mí no quería que desapareciera.

29
Máximo

No sé en qué momento me convertí en un hombre que buscaba excusas para asomarse a la ventana del despacho cada vez que escuchaba risas en el jardín de la urbanización donde vivía. .

Era un día cualquiera de entre semana que había decidido seguir trabajando en casa, mirando por la cristalera como un idiota, con una taza de café en la mano, intentando justificarme con la idea de que quería asegurarme de que Valeria estuviera bien.

Ella y Meri habían decidido salir fuera a saltar a la comba.

Lo que no esperaba era verlo a él.

Meri estaba de pie junto a un tipo que no reconocía, ambos riéndose como si el mundo fuera un lugar mucho más simple de lo que yo recordaba.

Él llevaba una camiseta blanca y ajustada que resaltaba unos brazos musculosos, de esos que parecen sacados de un gimnasio.

¿Y Meri? Meri estaba guapísima con esos vaqueros rotos y una camiseta básica que de alguna manera conseguía hacerla lucir como si fuera la portada de una revista, a pesar de la pincelada *hippie* que siempre parecía salpicar su atuendo.

Su cabello castaño se movía con la ligera brisa que corría, y cada vez que reía, se inclinaba ligeramente hacia delante, como si él fuera la persona más interesante del mundo.

Sentí una punzada en el pecho, algo incómodo y muy parecido a los celos.

Ridículo.

Yo, Máximo Medina, CEO de una de las firmas de inversión más importantes del país, celoso de un tipo con brazos de culturista que probablemente no sabía la diferencia entre acciones y bonos.

Esto es absurdo, pensé, apartándome de la ventana y volviendo a mi escritorio.

Intenté concentrarme en los correos pendientes, pero las palabras parecían bailar en la pantalla.

¿Y si es su novio?, me taladró un pensamiento intrusivo.

Nunca le había preguntado si tenía pareja, cosa que podía ser posible.

Sacudí la cabeza, molesto conmigo mismo, no era asunto mío.

Meri era mi empleada, la niñera de mi hija, una joven con carácter que no tenía reparos en decirme lo que pensaba.

Eso era todo.

O de eso intentaba convencerme.

Una hora después, cuando Meri entró en la casa con Valeria, todavía no se me había pasado el mal humor.

Estaba en la cocina, revisando algunos documentos mientras trataba de ignorar las voces que llegaban del recibidor.

—¡Papá! —Valeria entró corriendo, emocionada—. ¿Sabes quién ha estado hoy con nosotras? ¡Un amigo súper fuerte que sabe hacer volteretas!

Levanté la mirada, tratando de mantener un tono neutro:

—¿Volteretas?

—¡Sí! Se llama Adrián y es muy divertido —dijo emprendiendo el camino hacia su habitación para hacer a saber qué.

Adrián.

Genial.

Ahora tenía nombre.

Detrás de ella, Meri apareció con una sonrisa de oreja a oreja, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—¿Adrián? —pregunté, intentando sonar indiferente mientras firmaba uno de los papeles que tenía delante.

—Sí, un amigo de cuando estudiaba en la universidad. Ha venido a echarme una mano con unas cosas de la opo. ¿Te molesta? —preguntó, con una ceja levantada y un tono que sabía que me estaba provocando.

—¿Por qué iba a molestarme? —respondí, quizá más cortante de lo que debería.

Meri se cruzó de brazos, inclinándose ligeramente sobre la mesa para mirarme de frente.

—No lo sé. Tienes esa cara de *bulldog* que pones cuando algo no te gusta.

—No tengo cara de *bulldog.*

—Oh, créeme, jefe, la tienes.

Respiré hondo, tratando de no morder el anzuelo. Pero Meri era experta en sacar de mí emociones que ni sabía que tenía.

—¿Adrián es tu novio? —pregunté de repente, odiándome por cómo sonaba la pregunta.

Ella se quedó quieta un segundo, sorprendida, pero luego su sonrisa se amplió.

—¿Eso qué tiene que ver con mi trabajo?

—Nada. Simple curiosidad.

—Ajá. Curiosidad —repitió, como si no me creyera.

Cerré los ojos un segundo, intentando calmarme, pero su risa suave me hizo mirarla de nuevo.

—No, Máximo. No es mi novio.

No sé por qué me relajó escuchar esas palabras, pero antes de que pudiera decir algo más, Valeria volvió a entrar corriendo con Coco.

—¡Meri! ¿Me acompañas a ducharme?

—Claro, princesa. Vamos.

Meri me dedicó una última mirada antes de seguir a Valeria, dejándome solo en la cocina con más preguntas de las que quería admitir.

Más tarde, cuando Valeria ya estaba dormida y había cenado, Meri entró de nuevo a la cocina.

—¿Te vas ya? —pregunté.

—Pensaba tomarme un vaso de agua antes de irme. ¿Puedo?

—Claro.

Nos quedamos en silencio unos segundos, ella apoyada en la encimera y yo fingiendo que estaba revisando algo en el móvil.

—¿Por qué estabas tan gruñón antes? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

—No estaba gruñón.

—Claro que sí. ¿Es por Adrián?

La miré, tratando de mantener la compostura.

—Te repito que no es asunto mío.

Ella dio un paso hacia mí, sonriendo con esa mezcla de diversión y desafío que me volvía loco.

—¿Estás seguro? Porque parece que sí te importa.

—¿Te refieres a si me importa que estés con tíos en tu horario de trabajo o que mi hija esté

presente? ¿Cuál de las dos?

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Qué? —preguntó desafiante.

—¿Cuál de las dos, Meri? —repetí de forma hosca.

Tenía la boca seca, de repente.

Y una muy mala hostia, también de repente.

—¿De qué va esto, Máximo?

—¿Ahora me llamas Máximo? —pregunté con acritud.

—Cuando estamos metiéndonos en terreno personal, sí.

—Bueno, pues me gustaría que contestaras a la pregunta.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo —me dijo ella con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Te repito que…

—¿Qué narices te pasa? Ya sé que no soy santo de tu devoción, que echas de menos tu vida, que…

No sé qué pasó en ese momento.

Quizá fue el cansancio, el tono de su voz o simplemente el hecho de que llevaba semanas sintiendo cosas que no quería sentir.

Pero antes de darme cuenta, estaba más cerca de ella de lo que debería estar.

Y entonces, sin pensarlo dos veces, la besé, necesitaba que se callara, que dejara de decir sandeces que no eran ciertas.

Fue un beso torpe al principio, como si ninguno de los dos supiera exactamente cómo había pasado. Pero luego sus labios se movieron contra los míos, y todo lo demás desapareció.

Cuando finalmente nos separamos, ella me miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que acababa de pasar.

Tenía la respiración entrecortada, y yo sentía el corazón desbocado.

—Vale… eso sí que no me lo esperaba —murmuró.

Yo tampoco, pero no me arrepentía.

—Ni yo.

Meri se apartó lentamente, el gesto de su cara era imposible de descifrar para mí.

¿Le había gustado? ¿Me había excedido? ¿Se arrepentía? ¿Qué coño había hecho?

¡Joder!

—Debería irme.

—Sí… claro.

La vi salir de la cocina, y mientras escuchaba el ruido de la puerta principal cerrándose, supe que nada volvería a ser igual.

Me cago en… TODO.

30
Meri

Entré en casa de Charo y Barbie con la sensación de que llevaba un cartel de neón en la frente que decía: "Me he besado con mi jefe y estoy al borde del colapso emocional".

No es que fuera algo nuevo estar al borde de un colapso, hago el recordatorio de que estaba estudiando para una oposición, pero lo del beso… eso era otro nivel.

Era como… me sentía totalmente expuesta, vulnerable.

No sabía por qué.

Quizá porque ese tío, ese… FEO había traspasado todas mis barreras emocionales.

Las había destrozado, vamos.

Y no sabía si eso era bueno para mí o no.

A pesar de disfrutar de su cercanía, de lo atractivo que era, de hacerme gracia su torpeza para algunas cosas, de…

No sé.

—¡Ya era hora, tía! —gritó Barbie desde el sofá, envuelta en una bata de satén rosa mientras se aplicaba una mascarilla verde que olía a pepino. Parecía una estrella de Hollywood de poca monta.

—Pasa, hija, que hoy he montado el chiringuito mágico —anunció Charo desde la mesa del comedor, donde tenía desplegada una especie de altar que incluía velas, una figura de un gato egipcio, que no sé qué pintaba el pobre gato ahí, y lo que claramente era un vaso de tubo reciclado como cáliz.

—¿Qué demonios haces ahora? —pregunté, dejando el bolso en una silla y sentándome en el sofá, justo fuera del alcance de la nube de incienso que Charo había encendido.

No soportaba su olor, me mareaba.

—Intento contactar con Paco, hace días que no me da señales. Estoy preocupada, creo que anda enfadado porque mezclé vino blanco con vino tinto el otro día. —Charo suspiró dramáticamente mientras agitaba un péndulo sobre una hoja de papel llena de palabras como “sí”, “no” y “ni de coña”.

En serio, solo le faltaba ponerse ciega a ayahuasca y empezar a cazar moscas con la lengua.

—¿Estás usando una ouija para preguntarle a Paco si le sienta mal el tinto? —dije, levantando una ceja.

—A Paco no le sienta mal nada, pero la energía cósmica, hija, eso es otra cosa.

Barbie soltó una carcajada mientras extendía la mascarilla hasta el cuello.

—Charo, ¿quieres contactar con Paco o invocar al demonio de las resacas eternas? Porque con ese altar…

—Vosotras dos no entendéis nada. Esto es muy serio. —Charo nos miró con cara de ofendida y luego volvió a concentrarse en su péndulo.

Barbie me dio un codazo, dejando un rastro verde en mi manga.

Joder.

—Bueno, Meri, ¿qué te pasa? Tienes una cara que… no sé, entre enamorada y "me voy a tirar por un puente". Algo así.

Y ahí estaba.

Mi momento.

—Me he besado con Máximo. —Lo solté de golpe, como quien arranca una tirita.

Cuanto antes, mejor.

Barbie dejó caer el bote de mascarilla.

Charo se congeló con el péndulo en el aire.

—¿¡Qué!? —gritaron al unísono.

—Lo que habéis oído. Me he besado con mi jefe. Con Máximo. Con el gruñón. Con el FEO.

Barbie se tiró hacia atrás en el sofá, llevándose las manos a la cara, lo que resultó en una escena digna de película de terror porque olvidó que tenía mascarilla.

—¡Te lo dije, abuela! Te lo dije. Esto iba a pasar. ¡La tensión sexual no resuelta siempre explota! —exclamó, señalándome con las manos pegajosas.

—Ni se te ocurra tocarme con esas manos —le advertí, muerta de la vergüenza, del calentón y… de todo.

De todo, maldita sea.

—¿Y cómo fue? —preguntó Charo, abandonando su conexión con Paco para arrastrar una silla junto a nosotras—. Quiero detalles. ¿Hubo lengua?

—¡Charo! —grité, tapándome la cara con las manos mientras Barbie se retorcía de risa.

—Bueno, hija, ¡que no es cualquier cosa! Si os besasteis como dos peces muertos o como en una peli de Meg Ryan cambia mucho la historia.

—Fue… —suspiré, porque ni yo misma sabía cómo describirlo—. Fue inesperado. Estábamos discutiendo como siempre, y de repente… pasó.

Barbie dejó de reírse lo suficiente como para mirarme con interés.

—¿Y qué sentiste?

—Sentí que me estaba tirando de un puente sin paracaídas. —Lo dije rápido, como si así doliera menos—. Porque esto no puede pasar, chicas. Es mi jefe. Mi vida es un caos. Además, él es… bueno, es él.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Charo, cruzándose de brazos—. A veces, los mejores amores son los que empiezan así.

—Charo, yo no soy protagonista de un culebrón venezolano, ¿vale? Esto es la vida real.

Barbie se levantó del sofá, dejando trozos de mascarilla por todo el suelo mientras se dirigía a la cocina.

—Vale, pero reconócelo: te gusta.

—¡No me gusta! —protesté demasiado rápido.

—¡Claro que te gusta! —gritaron las dos al unísono.

Barbie volvió con tres copas de vino, dejando una delante de cada una.

—Por los dramas que nos hacen sentir vivas. —Levantó la copa, sonriendo.

—Por los besos inesperados. —Charo la imitó.

Suspiré, cogiendo la mía.

—Por Paco, que seguro está flipando con este altar cutre.

Las tres reímos y brindamos, pero en el fondo sabía que mis amigas tenían razón.

Máximo me gustaba.

Mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Otra cosa es que dejara que él se enterara.

31
Máximo

Esa noche, la lluvia no era solo lluvia, sino un torrente incesante que caía con furia sobre Madrid, iluminado de tanto en tanto por los destellos eléctricos de los relámpagos.

No obstante, Valeria parecía no temerle a las tormentas, cosa por la que me sentía agradecido, porque Lucía sí, y lo pasaba muy mal de pequeña, así que había sido la primera en sucumbir al sueño después de una velada entretenida.

Entre cuentos, risas y una cena improvisada, la pequeña se quedó dormida como un ángel en su cama.

La arropé y me quedé observándola un momento. Su respiración tranquila me llenó de una paz que no recordaba haber sentido en años. Pero también me recordó que, detrás de todo, esta casa era ahora un hogar gracias, en gran parte, a la mujer que estaba en mi salón.

—Dudo que pare en poco tiempo —le dije observando cómo ella miraba por la ventana del salón, apretujando de forma suave la cortina entre sus dedos.

Suspiró.

—Podrías… es decir, ¿quieres quedarte aquí a pasar la noche? —-me atreví a preguntar. Sentía una presión extraña en la garganta, como cuando era adolescente y tenía que pedirle una cita a la chica que me gustaba.

Suspiró, con su pelo alborotado cayéndole por los hombros y su mirada perdida en la ventana, como si no acabara de decidir si quedarse o salir corriendo bajo la lluvia.

Esa tormenta, pensé, no era nada comparada con la que ella había traído a mi vida.

—¿Me salvas del riesgo de morir ahogada ahí fuera? —preguntó.

—Sí, podría decirse que sí —respondí—. Hay habitaciones de sobra.

Luego solté un carraspeo.

—Bueno, pues parece que hoy tienes compañía obligada —dijo finalmente, rompiendo el silencio—. Te pediría que me llevaras a casa, pero podría ser peligroso conducir, además, Valeria ya está dormida.

—Tú lo has dicho: obligada. —Mi tono fue más sarcástico de lo que pretendía, pero ella, como siempre, lo encajó sin inmutarse.— Exacto, por eso te he ofrecido techo y alimento —me jacté.

—No te preocupes, Medina, no pienso robarte ni el mando de la tele ni tus ridículas cervezas sin alcohol.

—Ridículas, dice —murmuré, fingiendo indignación, mientras intentaba ocultar una sonrisa. Esa era Meri: siempre con una respuesta afilada y siempre, joder, con esa sonrisa traviesa que me desarmaba.

Un relámpago iluminó la estancia, y en ese segundo de luz la vi: la línea de su mandíbula, el brillo en sus ojos, la forma en que se mordía el labio inferior como si estuviera pensando en decir algo pero no se atreviera.

—¿Por qué me miras así? —preguntó de pronto, devolviéndome a la realidad.

Me encogí de hombros, intentando sonar indiferente.

—¿Cómo te miro?

—Como si fueras un tiburón y yo una pobre sardina —replicó, cruzando los brazos y echándose hacia atrás en el sillón.

Solté una carcajada.

—Te das demasiado crédito. Como mucho, serías un delfín revoltoso.

Ella puso los ojos en blanco, pero la vi sonreír antes de que se levantara y se dirigiera a la cocina.

Me quedé mirando cómo desaparecía, y me odié por la dirección de mis pensamientos.

No era solo atracción.

Era algo más.

Algo que me asustaba, porque hacía mucho que no permitía que nadie se acercara tanto.

Bueno, mucho, no. A decir verdad, nunca.

Nunca me había enamorado. Nunca había querido compromiso con nadie.

¿Y ahora? ¿Qué me pasaba ahora? ¿Qué me pasaba con Meri?

Y, lo más importante, ¿por qué ella y ninguna otra?

Cuando volvió, traía una taza de infusión entre las manos y un brillo extraño en los ojos.

—Voy a la ducha —la informé—. ¿O quieres hacerlo primero tú?

Ella negó con la cabeza.

—Tranquilo, ve tú.

Asentí con la cabeza y me perdí subiendo los escalones para llegar a la planta de arriba, donde estaban los dormitorios.

Dentro del mío, estaba mi cuarto de aseo personal.

Me quité la ropa y me metí bajo el chorro de agua caliente.

Caliente estaba yo.

Me sentía como un jodido cerdo psicópata pensando que a escasos metros, dentro de mi casa, estaba la chica que me la estaba poniendo como el candado de un penal día sí y día también, porque, mira, se me había ido la puta olla.

Era la niñera de mi hija, pero eso a mi polla no le importaba.

Mucho menos al traidor de mi corazón, que bombeaba frenético cuando estaba cerca de ella.

Sobre todo, después de aquel beso.

El beso suicida dirás, me recordó mi subconsciente.

A propósito de aquel acercamiento entre ambos, el cual en ese momento, bajo el chorro de agua caliente, me produjo un placentero escalofrío que me recorrió de pies a cabeza, no había sido mencionado.

Es decir, no habíamos hablado del beso, no habíamos tocado ese tema.

No todavía, a pesar de que habían pasado algunos días.

Y no sabía si se daría o no la conversación.

Me deshice de las ganas de meneármela pensando en ella y me dediqué a ducharme y ya está.

Realmente pensaba que era un depravado, pero ¿qué hacía con lo que sentía?

Intenté distraerme centrando mis pensamientos en las tareas que tenía que desarrollar.

Ducharme, secarme, ponerme un pijama…

Cuando volví, Meri estaba sentada en el sofá, descalza, con las piernas cruzadas y envuelta en una manta.

A través de la ventana se veían los relámpagos dibujando sombras en su rostro.

Por un segundo, me quedé de pie, quieto, observándola.

No sabía qué me pasaba con ella, pero había algo en su forma de ser, en cómo llenaba cada espacio, que no me dejaba indiferente.

—¿Qué pasa, CEO? ¿Te has quedado sin palabras? —preguntó sin mirarme, aunque su sonrisa delataba que sabía perfectamente que estaba ahí.

—Solo me aseguraba de que no te hubieras dormido y dejado un charco de baba en mi sofá.

—Por favor, tu sofá debería agradecer que lo estoy usando. Está tan tieso que parece diseñado para torturar espaldas. Será muy caro y todo lo que quieras, pero no es demasiado cómodo.

Me acerqué, suspirando, y me senté en el sillón que había frente al sofá, dejando una distancia prudente con ella. Pero ni toda la prudencia del mundo podía borrar el recuerdo del beso que nos habíamos dado, ni tampoco el calentón que había sentido en mi ducha al recordarlo.

Aún lo notaba en mis labios, al igual que la forma en que sus manos, pequeñas y firmes, habían descansado en mi pecho por un instante antes de apartarse, y cómo mi mundo entero había girado en ese segundo en el que todo parecía encajar.

No podía quitármelo de la cabeza.

Ni a ella tampoco.

—Vale, hablemos del beso.

—Directa al grano, ¿eh? —Intenté bromear, aunque mi voz sonó más grave de lo normal.

—¿Qué quieres que haga? ¿Andarme con rodeos? —Se encogió de hombros, apoyando la taza en la mesa—. Fue… un error.

El aire pareció volverse más pesado.

—¿Un error? —repetí, saboreando las palabras como si fueran veneno.

—Sí, Máximo, un error. No puedo poner el corazón en esto. No quiero amores, no quiero nada hasta que no tenga resuelta mi vida.

Sus palabras eran firmes y su voz temblaba ligeramente. Pero sus ojos, que intentaban esquivarme, me decían otra cosa.

¿Amores? ¿Quién estaba hablando de amores?

¿Era amor lo que sentía por Meri?

No, no, no.

Me levanté del sillón y caminé hacia ella, despacio, hasta que estuve lo suficientemente cerca para que tuviera que levantar la vista.

—¿Quién ha hablado de amores?

Ella se puso en pie al instante.

—Pues… —Quiso decir, y noté que jadeaba.

—¿Vas a decirme que aquel beso no te gustó? —me atreví a preguntar.

—Ya te he dicho que es…

—Un error, lo sé. ¿Por qué? —me acerqué todavía más a ella.

Olía su perfume, sentía su respiración.

Mi polla dio una sacudida.

Me había vuelto loco, lo sé.

—Porque trabajo para ti —respondió ella.

—Ahora no estamos en horario laboral. Excusa denegada. Dime la siguiente —dije con una sonrisa ladeada.

—Sigo pensando que es un error.

Negué con la cabeza.

—No te he pedido matrimonio —le dije.

—Dios me libre de eso —replicó ella, cosa que me hizo arquear las cejas, divertido.

—No le pongas el corazón, Meri. Pongámosle la piel.

Tragó saliva, y vi cómo su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Eres insoportable, ¿lo sabías? —dijo en un susurro.

—Lo sé. —Sonreí, inclinándome un poco más hacia ella. Pude oler el té en su aliento,

mezclado con el aroma a fresa de ese cacao que siempre llevaba puesto y que hacía sus labios irresistibles.

Por un segundo, creí que iba a apartarse, pero no lo hizo.

Y cuando nuestros labios finalmente se encontraron por segunda vez, fue como si el mundo dejara de girar.

Su boca era suave y dulce, pero el beso no lo fue.

Intenso, desesperado, como si ambos supiéramos que ese momento podía no repetirse.

Mis manos fueron a su cintura, y sentí cómo se tensaba antes de relajarse y acercarse aún más.

Cuando nos separamos, ambos estábamos sin aliento.

—Esto… esto no debería estar pasando —murmuró, aunque no hizo ningún esfuerzo por apartarse.

—Quizá no. Pero está pasando.

Sus ojos buscaron los míos, y por un segundo, vi la chispa de algo que no era solo deseo. Era algo más profundo, algo que me daba tanto miedo como esperanza.

Ella suspiró, apartándose finalmente.

—Tienes que prometerme que esto no cambia nada.

Asentí, aunque ambos sabíamos que eso era mentira.

Algo había cambiado.

Algo grande.

Y ninguno de los dos estaba preparado para admitirlo.

—¿Quieres que siga? —pregunté.

—No me he duchado —dijo ella poniendo morritos.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Entonces yo me ducharé dos veces —susurré sobre su cuello.

—Solo una vez, Máximo. Esto que hacemos no está bien.

Fuera, la tormenta seguía rugiendo.

Pero dentro, todo era fuego.

32
Meri

Desperté con una sensación extraña en el cuerpo, como si hubiera estado flotando entre las nubes y alguien me hubiera dado un empujón para caer en picado a la realidad.

La tormenta había pasado, pero en mi cabeza todavía resonaban los truenos. Aunque, para ser sincera, esos "truenos" tenían nombre y apellido: Máximo Medina.

—Las bragas, las bragas, no tengo las… —balbuceé en sueños.

Abrí los ojos de golpe.

Menuda pesadilla.

Yo estaba sin bragas, con todo el totito al aire, en pleno examen de oposición.

Y entonces aparecía Máximo y…

—Lo que no tienes es vergüenza, Meritxell —susurré un ápice más tranquila, acurrucada en ese sofá que, la noche anterior, me había parecido más cómodo de lo que realmente era.

No tuve reparos en retirar lo que le había dicho a Máximo el día anterior acerca de su sofá después de dejar que me diera como cajón que no cierra en su ducha.

Todo lo que fuera necesario para huir de él y de su… todo.

Joder.

Todavía sentía la corriente que provocaba su piel en la mía.

Todavía podía recrear a la perfección, por mucho que hubiera tratado de sacar aquella imagen de mi cabeza, sus manos agarrando mi culo mientras me embestía, con mi cara toda apretujadita contra el frío azulejo del baño, mientras el vapor del agua caliente nos rodeaba y el líquido transparente caía sobre nosotros.

El del agua, claro, el otro… El otro me lo tragué.

De fondo, los gemidos de Máximo, porque era de esos tíos que gemía y yo… yo… ya me sentía perdida al oírle gruñir de placer.

Sus dedos a veces dentro de mí, otras apretando mi carne.

En otras ocasiones sentí su lengua en mi sexo, en mis glúteos, en mi espalda…

Jamás había visto tanta excitación en un hombre, jamás nadie me había dado tanto placer.

O fueron las ganas o es que realmente Máximo Medina follaba como un Dios.

Quizá fuera un experto en las tareas sexuales, y todos los fallos que tenía para cocinar los eclipsaba con su manera de causar placer.

La manta se había enrollado como un burrito alrededor de mis piernas, estaba usando como pijama una camiseta gigante de Máximo y mi pelo debía de parecer el de un espantapájaros tras sobrevivir a un huracán.

Pero nada de eso importaba, porque mi cerebro estaba ocupado reproduciendo, en bucle, lo que había sucedido entre nosotros.

Dios, qué enfermita estaba, qué malita me había quedado por culpa de ese… FEO.

Lo primero que pensé fue: "Meri, no puedes volver a besarlo, mucho menos dejar que te profane el juju".

Y lo segundo fue: "¿Por qué demonios no puedes volver a besarlo y dejar que me profane lo que quiera?"

—Joder... —murmuré, llevándome una mano a la cara, como si eso pudiera apagar el calor que me subía por las mejillas.

Máximo Medina.

El gruñón, el insoportable, el hombre con el que discutía por todo… y, aparentemente, el único capaz de hacer que mi cuerpo reaccionara como un adolescente en su primer baile.

"Es un error", me había repetido cien veces mientras intentaba dormirme la noche anterior.

Error, error, error.

Cancelar, cancelar, cancelar.

Pero entonces recordaba cómo se había acercado, cómo su voz grave había susurrado esas palabras cargadas de intenciones, cómo sus manos firmes me habían sujetado como si no quisiera dejarme ir jamás…

Y de pronto, el "error" ya no parecía tan claro.

—¡Meri, céntrate! —me regañé a mí misma, sentándome en el sofá y deshaciendo ese lío de manta que me tenía atrapada.

Unos pasos suaves me hicieron levantar la vista. Era Valeria, con su pijama de unicornios y el pelo enredado, mirándome con los ojos todavía medio cerrados.

—¿Meri…? —murmuró, frotándose los ojos.

—Buenos días, peque. ¿Has dormido bien?

Asintió con una sonrisa dulce que me desarmó por completo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Me recordó por qué estaba ahí, por qué había aceptado ese trabajo y por qué tenía que

mantener los pies en la tierra.

Y las piernas cerraditas, gracias.

Valeria no merecía que nadie jugara con su estabilidad, y lo último que yo quería era complicarle más la vida… aunque, claro, complicarla era mi especialidad.

—Oh, anoche llovía muchísimo…

—¿Has dormido en el sofá?

Asentí con la cabeza.

—Podríamos haber dormido juntitas —hizo un mohín.

—Tienes razón.

—¿Dónde está papá? —preguntó, bostezando.

—Pues… no lo sé. —Miré alrededor, tratando de sonar natural. Máximo no estaba en el salón, lo cual era un alivio porque, si lo hubiera visto en ese momento, probablemente habría vuelto a besarle… digo… golpearle, por la confusión que me generaba y esas cosas.

—Ay, creo que está bajando las escaleras —anunció Valeria, como si hubiera leído mi mente.

Mi estómago dio un vuelco.

¿En serio tenía que enfrentarme a él tan pronto?

No estaba lista.

Ni de broma.

Pero Valeria, inocente y feliz, me agarró de la mano y me arrastró hacia allí antes de que pudiera inventarme una excusa para salir corriendo.

Y ahí estaba él.

Máximo estaba de pie, vestido con una camiseta azul marino que le quedaba demasiado bien para mi tranquilidad.

Parecía relajado, pero cuando nuestras miradas se cruzaron, vi cómo su mandíbula se tensaba ligeramente.

Perfecto.

No era la única que tenía un caos interno.

—Buenos días —saludó, su voz más grave que de costumbre.

—Buenos días —contesté, intentando sonar casual mientras me servía un vaso de agua y me concentraba en no tropezar con nada.

—¿Has dormido bien? —preguntó, como si no hubiera pasado absolutamente nada entre nosotros.

Mejor.

—Sí, como un bebé —mentí descaradamente.

El silencio que siguió fue incómodo y eléctrico al mismo tiempo.

Valeria, ajena a todo, empezó a hablar de unicornios y arcoíris mientras yo intentaba no mirarlo demasiado.

Cada vez que recordaba el sabor de su boca o la forma en que sus manos habían recorrido mi cintura, sentía que me faltaba el aire.

Porque si recordaba lo demás, carbonizaría las bragas en cero coma.

Si es que no lo había hecho ya.

Finalmente, Valeria decidió que era hora de ir a vestirse para el desayuno, dejándonos a los dos solos.

—Sobre anoche… —empezó a decir Máximo, pero levanté una mano para detenerlo.

—No hay nada que decir. Ha sucedido una vez, y con eso será suficiente.

Sus ojos brillaron con algo que no supe identificar: ¿molestia? ¿diversión? ¿otra cosa?

—¿Seguro que piensas eso? —preguntó, con ese tono que me sacaba de quicio porque sabía que siempre tenía la última palabra.

—Por supuesto. Tú y yo olvidaremos lo que… pasó en ese baño —respondí, levantando la barbilla con toda la dignidad que pude reunir.

Él dio un paso hacia mí, y luego otro.

Su cercanía era peligrosa, pero no fui capaz de moverme.

—¿Nunca has tenido sexo sin compromiso, Meri?

Su voz era un susurro, y sentí cómo un escalofrío recorría mi espalda.

Antes de que pudiera contestar, Valeria volvió corriendo, rompiendo el momento.

Máximo dio un paso atrás, pero su mirada seguía fija en la mía.

Yo, mientras tanto, me quedé ahí, intentando recordar cómo se respiraba.

¿Nunca has tenido sexo sin compromiso, Meri?

¡Dios!

¿Dónde me había metido?

33
Meri

—¡Necesito vino! ¡Mucho vino! —dije entrando como un huracán al salón de Barbie, donde ella y Charo ya estaban cómodamente instaladas.

Acababa de terminar mi día de trabajo, el más largo de la existencia después de haber pasado la noche fuera de casa.

Miguel, por supuesto, estaba al tanto. No quería matar a mi hermano de un susto por pensar que estaba desaparecida en combate.

Barbie, con una mascarilla verde que le daba un aire a *Shrek* en versión glam, me miró levantando una ceja perfectamente perfilada.

¿Por qué siempre que tenía que contar una cagada con mi jefe ella llevaba la cara cual marciano?

Charo, sentada en el suelo con sus cartas del tarot desplegadas, me lanzó una mirada cargada de misticismo.

—Vaya, veo que es grave. Voy a por el vino.

Barbie se apresuró a servir tres copas y yo, bajo su atenta mirada, me bebí la mía de un trago.

—¿Qué te pasa ahora, *drama queen*? —preguntó Barbie mientras removía su copa de vino blanco con movimientos de influencer.

—Que he hecho algo… algo que probablemente no debería haber hecho.

—¿Algo tipo qué? ¿Te has puesto la vacuna del papiloma en el ojo o algo más emocionante? —Charo ni se inmutó. Seguía barajando las cartas como si estuviera a punto de leerme el futuro más caótico del universo.

Tragué saliva y las miré a ambas, sabiendo que estaba a punto de lanzar una bomba nuclear en esa sala.

—Me he acostado con Máximo.

El silencio fue tan absoluto que, por un momento, juraría que hasta los grillos del jardín se quedaron callados.

Si tuvieramos jardín, claro.

Barbie dejó su copa sobre la mesa y Charo dejó de mover las cartas. Ambas me miraron con expresiones que iban desde la sorpresa hasta la incredulidad.

—Bueno, no sé cómo llamar a lo que hicimos, porque, claro, no fue en su cama, fue en la ducha y…

—¿Cómo que te has acostado con Máximo? —preguntó Barbie, acercándose como si quisiera analizarme más de cerca.

—¿Cómo que en la ducha? —preguntó Charo—. ¡Qué incómodo!

—Pues… ya sabéis —dije muerta de la verguenza.

—¡No, no sabemos! —gritó Charo, señalándome como si fuera un testigo estrella en un juicio.

—Pues eso, Charo. Se encendió la chispa y terminamos en su ducha. ¿Es que hace falta que te lo dibuje? Por Dios…

Barbie dejó escapar un suspiro dramático y se llevó las manos a la cara, olvidando que tenía mascarilla.

La vez anterior le pasó lo mismo.

Pensé que igual teníamos la misma tara: repetir los errores.

—Mi pregunta es: ¿por qué en la ducha? —Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había tocado la cara—. ¡Maldita sea! ¡Ahora soy verde y, encima, estoy estresada!

—Vamos a ver… había tormenta, me ofreció quedarme allí a dormir, hubo un acercamiento y… surgió.

—¿Y no era más cómoda su cama?

—Seguramente sí.

—¿Entonces?

—¡No iba a echar un polvo con la almeja oliendo a mar!

—Eso es verdad —dijo Charo poniendo morritos—. Aunque a mi Paco siempre le dio todo igual. Me deseaba tanto…

—¡Abuela! —exclamó Barbie.

—¿Qué pasa? Soy vieja, no frígida.

Barbie puso los ojos en blanco.

—Estás metiéndote en un lío más grande que el ego de un influencer —me dijo Charo.

—Charo, por favor, ya lo sé. No necesito que me lo recuerdes.

Barbie, que ya había logrado recuperar la compostura (y quitarse la mascarilla), me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y cómo la tiene?

—¡Barbie! —protesté, aunque no pude evitar que una sonrisa escapara de mis labios.

—¡No pongas esa cara! ¿Estuvo bien o no?

—Pues… sí. Estuvo muy bien. —Me llevé una mano al cuello, recordando la intensidad de esa noche, y sentí cómo el rubor subía por mis mejillas.

—¡Sabía que debajo de ese ceño fruncido había un hombre con talento! —exclamó Barbie, emocionada—. Dime que hubo mamada, por favor.

Suspiré, me avergonzaba decir que sí.

—Eso es que sí, te conozco.

—Sí… —dije con la boquita pequeña.

—Pero… de esas de garganta profunda, ¿no? Con lagrimilla y mucha baba —dijo Barbie.

—¡Qué está Charo delante, idiota! —exclamé muerta de la vergüenza.

Charo me observó detenidamente y dijo:

—Veo *La Isla de las Tentaciones*, ¿sabes?

—¿Qué? —pregunté parpadeando repetidas veces.

—Es que se cree moderna —explicó Barbie—, porque ve eso.

—Ah.

—Pero, volviendo al tema…

—El tema es que tú y Máximo habéis pasado del odio al "polvo épico" en tiempo récord, Meri —dijo Charo, supermoderna ella—. Ahora, lo que tienes que hacer es aclararte qué quieres.

—Es que no quiero nada. Esto ha sido… no sé, un momento de debilidad.

—¡Debilidad, mis ovarios! —Charo agitó una carta del tarot en mi cara. —Te estás pillando por el jefe.

—No estoy pillada. Estoy confundida.

—Lo que estás es jodida, querida. —Barbie le dio un sorbo a su vino—. Y no en el buen sentido, porque esto se va a complicar más que mi rutina de skincare.

Suspiré y me dejé caer en el sofá, derrotada.

—Lo sé. Pero, por ahora, no quiero pensar en nada más.

Charo me miró con una sonrisa ladeada, como si supiera algo que yo no.

—Pues prepárate, cariño, porque las cartas me dicen que lo tuyo con Máximo apenas está empezando.

Genial.

Como si no tuviera ya suficientes problemas.

34
Meri

No estaba lista para enfrentar a mi hermano. No porque me asustara, sino porque Miguel y yo siempre habíamos tenido una dinámica muy clara: él era el protector, el fuerte, el que mantenía todo en orden cuando yo estaba a punto de saltar por la ventana de los nervios.

Pero esta vez era distinto.

Desde hacía semanas, su comportamiento me tenía más confundida que un WhatsApp de Charo a las tres de la mañana con emojis de velas y calaveras.

Estaba preparando un té en la pequeña cocina de nuestro piso mientras Miguel llegaba, como de costumbre, con esa energía de "tengo algo que ocultar pero no te lo pienso decir".

Se sentó en la silla más alejada, jugueteando con el teléfono y mirando al suelo, cosa que no hacía desde que teníamos quince años y llegó a casa tras suspender un examen de matemáticas.

—¿Qué pasa, Meri? —preguntó finalmente, alzando una ceja.

Yo le lancé una mirada fulminante.

—Esa pregunta la debería hacer yo, Miguel. Llevas semanas comportándote como si vivieras en un thriller de Netflix. ¿Quién te llama? ¿Por qué siempre te apartas? ¿Y por qué demonios llevas ese estrés tatuado en la frente?

Miguel intentó reírse, pero aquel intento de risa salió más como un resoplido.

Se pasó las manos por el pelo y suspiró.

—No es nada, en serio. No te preocupes, hermanita.

Rodé los ojos y me apoyé en la encimera con los brazos cruzados.

—No soy tonta, Miguel. Ni ciega. Sé que algo pasa. Y me da igual si es algo personal o profesional, pero necesito saberlo porque, francamente, empiezo a preocuparme.

Finalmente, Miguel levantó la mirada y me miró con esos ojos que siempre habían tenido un brillo de picardía, pero esta vez lucían apagados.

—No quiero meterte en esto, Meri. No tiene nada que ver contigo.

—¿Que no tiene que ver conmigo? —solté, casi indignada—. Eres mi hermano. Lo que te pase me afecta, aunque no quieras admitirlo. Ahora, ¿vas a decirme de una vez qué pasa o tengo que llamar a Charo para que invoque a Paco y te saque la verdad a la fuerza?

Miguel soltó una risa seca, pero luego se frotó la cara, como si estuviera decidiendo qué palabras usar.

—Estoy metido en algo delicado. Es… complicado.

Mi corazón empezó a latir más rápido.

—¿Complicado cómo? ¿Es por dinero? ¿Es alguien que te está amenazando? ¡Miguel, por favor, no me dejes con la intriga!

Él negó con la cabeza, pero su mandíbula estaba tensa.

—Es un proyecto en el que estoy trabajando. Uno... importante. Y no puedo dar detalles porque no quiero que nadie se meta en problemas si algo sale mal.

—¿Qué tipo de proyecto? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Miguel se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, como un león enjaulado.

—No quiero meterte en esto, Meri. Yo lo voy a resolver. Solo confía en mí, ¿vale?

—¿Confiar? —exploté—. ¿Cómo voy a confiar si ni siquiera me dices lo que está pasando? Miguel, eres mi hermano. Si estás en algo que puede hacerte daño, quiero saberlo. No puedes cargar con todo tú solo.

Miguel se detuvo frente a mí y puso las manos en mis hombros.

—Meri, escúchame, solo es algo que necesito resolver, ¿vale? Confía en mí.

No podía decir si estaba siendo sincero o simplemente quería que dejara de preguntar, pero en ese momento decidí soltar el tema... por ahora.

—Vale. Pero esto no se queda aquí, Miguel. Más te vale no hacer ninguna tontería. Además, acuérdate que este fin de semana tengo que acompañar a Máximo y Valeria en la salida familiar esa.

Miguel sonrió por primera vez en días y me dio un beso en la frente.

—Gracias, hermanita. Lo haré.

No estaba convencida, pero al menos había abierto una puerta.

Mientras Miguel salía de la cocina, yo no podía evitar preguntarme qué era tan importante que mi hermano sentía que tenía que enfrentarlo solo.

Y, lo más preocupante, ¿cuánto más podía esconder antes de que todo se viniera abajo?

35
Máximo

Me desperté con un dolor de cabeza de esos que parecen un castigo divino. Y no, no había bebido la noche anterior.

El problema era otro.

El problema tenía un nombre.

Meri.

Habían pasado un par de semanas desde que habíamos follado en el baño de mi habitación, pero no podía quitarmelo de la cabeza.

Más que nada, porque tenía que verla cada día.

Se estaba cumpliendo eso que dijo ella de: solo una vez.

Y con creces, además.

Había pasado la noche dándole vueltas al asunto.

Y por “asunto” me refería a ella.

A su boca.

A su risa.

A la forma en que me miraba, como si pudiera ver a través de mis mil y una capas de gruñón profesional.

No me gustaba.

No me podía gustar.

Me levanté de la cama y me pasé las manos por la cara, como si con eso pudiera borrar las imágenes de ella en mi cabeza.

Pero ahí seguían, como un maldito disco rayado.

Me metí en la ducha esperando aclararme las ideas.

Spoiler: No funcionó, así que me vestí rápidamente y bajé a la cocina.

Fue entonces cuando sonó el timbre de mi casa y refunfuñé, soltando un resoplido.

Lo había olvidado por completo.

Aquel día, viernes, Lucía se llevaba a Valeria al parque de atracciones por la mañana. Era fiesta nacional y después nos iríamos a una escapada familiar el fin de semana que había preparado Lucía.

¿Sorpresa? Ninguna. Mi hermana era un terremoto de los planes.

Era el cumpleaños de uno de mis sobrinos y quería que mi hija pasara la mañana junto a ellos.

Pero Valeria estaba todavía dormida, acababa de estar en su habitación.

Ya alargaba más las horas de sueño, parecía sentirse bastante más tranquila que cuando llegó a mi casa por primera vez.

Abrí la puerta y Lucía estaba ahí, revisando el móvil con esa sonrisilla que me ponía los pelos de punta.

Porque la conocía.

Porque la veía venir.

Todavía le guardaba un poquito de rencor por haberme tendido aquella trampa con mis padres, quienes, por cierto, desde ese instante se habían involucrado bastante con Valeria.

Incluso habían hecho varias salidas juntos desde ese tiempo a esta parte, cosa que a mí me había permitido tener ese ratito para mí.

—Buenos días, gruñón —dijo sin levantar la vista.

Ignoré el apodo y fui directo a la cafetera.

Ella me siguió.

—No empieces.

—¿Yo? ¿Empezar qué? Si no he dicho nada.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Todavía.

Lucía dejó el móvil sobre la mesa y apoyó la barbilla en la mano.

—Así que… Meri.

Parpadeé.

—¿Qué pasa con Meri?

—Eso mismo quiero que me digas tú.

Di un sorbo a mi café, fingiendo indiferencia. No podía caer en su trampa.

—No hay nada que decir.

Lucía chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Ay, hermano, hermano… Qué predecible eres.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Que tienes esa cara de “me gusta pero voy a negarlo hasta la tumba porque soy un cobarde emocional”.

—Vete a la mierda.

Ella se echó a reír.

—No me engañas, Máximo. Te conozco demasiado bien. Llevas un mes… raro, raro.

—No sé de qué hablas.

Lucía rodó los ojos con exageración y yo me sentí agradecido porque no supiera lo que había pasado entre nosotros.

De lo contrario, podía salir en cualquier programa de cotilleos televisivo.

—A ver, dime una cosa. Si no sientes nada por Meri, ¿por qué pones esa cara cada vez que la ves?

Me tensé.

Maldita sea.

—No pongo ninguna cara.

—Mmm… sí, sí la pones.

Bufé y dejé la taza en la encimera con más fuerza de la necesaria.

—¿Sabes qué? Estás viendo cosas donde no las hay.

Lucía se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, hermano. Pero te advierto una cosa…

Se inclinó hacia mí, con una sonrisa de suficiencia.

—Te estás enamorando, hermanito, y no sabes cómo manejarlo.

Me reí. No porque me hiciera gracia, sino porque la idea era absurda.

—¿Enamorarme? No digas tonterías.

Lucía me miró fijamente, esperando que yo mismo me diera cuenta de la mentira. Y qué putada, porque en el fondo sabía que tenía razón.

Intenté ignorarla, pero mi maldita cabeza decidió jugar en su equipo, porque recordé.

Recordé de nuevo.

Recordé a Meri leyéndole un cuento a Valeria, con esa voz suya tan dulce, con su sonrisa tranquila, como si cuidar de una niña fuera lo más natural del mundo.

Recordé cómo me miró la noche de la tormenta, con sus labios entreabiertos y la respiración agitada, tan cerca que podía oler el maldito cacao de fresa que llevaba puesto.

Recordé su risa.

Recordé cómo me hacía sentir, y eso fue lo peor.

Porque con ella todo era diferente.

Y yo no quería.

No quería sentir esa jodida necesidad de estar cerca.

No quería que cada vez que entraba en mi casa mi corazón se acelerara como un idiota.

No quería que se me revolviera el estómago cuando la imaginaba con otro.

Pero lo hacía.

Y ahí estaba el problema.

Lucía me dio un golpecito en la cabeza con el móvil, sacándome de mis pensamientos.

—¿Hola? ¿Planeta Tierra llamando a Máximo?

Gruñí.

—Déjame en paz.

—No, en serio, ¿qué vas a hacer con todo esto?

Buena pregunta.

Me froté la cara con las manos.

—Nada.

Lucía me miró como si acabara de decir que la Tierra es plana.

—¿Nada?

—Nada. No va a pasar nada —mentí, básicamente porque ya había pasado. Pero eso Lucía no lo sabía.

Al menos, eso creía.

—¿Y qué piensas hacer cada vez que la veas? ¿Luchar contra tus ganas de besarla?

—Exacto.

Lucía me observó unos segundos, evaluándome.

Y después, con toda la tranquilidad del mundo, soltó la bomba final:

—Eres imbécil.

Me reí sin ganas.

—Díselo a mi cerebro.

—No, se lo diré a Meri cuando venga y le cuente lo profundamente gilipollas que eres.

Me levanté.

—Si haces eso, te desheredo.

—No tienes poder para desheredarme, la mayor soy yo.

—Te bloqueo de WhatsApp.

Lucía se llevó una mano al pecho, fingiendo dramatismo.

—¡No! ¡Lo peor que le puedes hacer a una *millennial*!

Puse los ojos en blanco y me giré hacia la puerta.

—Adiós, Lucía.

—Adiós, Máximo. Voy a despertar a tu hija. ¡Hoy me la llevo al parque de atracciones! Y prepara las maletas, ¡que nos vamos de finde! ¿Tampoco te acuerdas de eso? Por cierto, dile a Meri que me encantan las bodas en primavera.

Me detuve en seco.

Me giré para fulminarla con la mirada, pero ella ya estaba riéndose a carcajadas en mitad de la escalera.

A la mierda.

Salí de la cocina, con el sonido de su risa rebotando en mi cabeza y una jodida verdad instalándose en mi pecho.

Me gustaba Meri.

Me gustaba demasiado.

Y eso, joder, era un problema.

¿O no?

36
Meri

Lucía había vuelto a salirse con la suya.

Una escapadita de fin de semana a un pueblito muy mono, dijo.

Algo relajado y divertido para Valeria y los niños, aseguró.

Y ahí estaba yo, metida en el coche de Máximo con la pequeña cantando a todo pulmón canciones infantiles mientras su padre intentaba concentrarse en la carretera con cara de estar replanteándose su existencia.

Yo también me replanteaba la mía, la verdad.

—Dime otra vez por qué he aceptado esto —murmuró Máximo, con las manos aferradas al volante como si estuviera soportando una tortura.

—Porque Lucía tiene una capacidad de manipulación que ni la CIA —respondí con una sonrisita burlona—. Al menos yo estoy haciendo horas extra.

Después me reí.

—JA, JA, me parto —espetó Máximo—. Pero te pagaré las horas.

—¡Qué va! Sabes que me gusta pasar tiempo con vosotros —dije sin pensar.

Máximo despegó un instante la vista de la carretera para mirarme.

—Con Valeria, quería decir con Valeria —me corregí poniendo morritos. Después perdí mi vista a través de la ventanilla, azorada.

—¡Y porque nos queremos! —gritó Valeria desde el asiento trasero.

Ambos nos quedamos en silencio.

Valeria era pequeña, pero tenía una facilidad insultante para soltar verdades cósmicas en el momento menos oportuno.

Cuando llegamos al pueblo, un sitio monísimo con casitas de piedra, olor a leña y un par de ancianitas que nos miraron como si hubiéramos invadido su territorio sagrado, el plan de Lucía quedó claro: un día de paseos, comida casera y ambiente familiar.

Porque, según ella, nosotros ya éramos una familia.

Sí, yo también, porque visto lo visto, estaba pasando más tiempo con Meri que su propia madre o incluso Máximo.

Además, no es por nada, pero la chiquita me adoraba.

Y yo a ella también.

La casita que había alquilado Lucía era un sueño de cuento: paredes de piedra, vigas de madera en el techo y una chimenea encendida que llenaba el ambiente con un aroma acogedor.

La decoración era rústica pero cuidada, con mantas gruesas sobre los sofás y una mesa de madera maciza en el centro del salón.

Las ventanas daban a un pequeño jardín con flores silvestres y un columpio antiguo.

Cuando entramos a dejar las maletas, Valeria corrió a la habitación más grande y saltó sobre la cama, mientras Máximo inspeccionaba la cocina con cara de "esto no me gusta nada".

—Vale, es bonito —concedió al final, cruzándose de brazos.

—Bonito, no. Es perfecto —contesté, dejándome caer en el sofá con una sonrisa satisfecha.

Después de instalarnos, salimos a explorar el pueblo, que estaba en plenas fiestas, y pasamos el día de aquí para allá.

Las calles empedradas estaban llenas de luces de colores y puestecitos de comida que desprendían olores deliciosos.

Había un grupo de músicos tocando en una esquina, niños corriendo con globos y parejas paseando de la mano.

A la hora de cenar, nos detuvimos en un puesto de perritos calientes que tenía una fila considerable, lo que siempre era una buena señal.

Al menos, eso creía yo.

—No me fío —dijo Máximo mirando su perrito con desconfianza.

Será exquisito, el tío, pensé.

—Pues mejor para mí —le arrebaté la mitad y me lo zampé de un bocado.

Delicioso.

Valeria, por su parte, comió como si no hubiera un mañana.

Ya de vuelta en la casa, nos aseamos y nos preparamos para dormir.

Máximo estaba en el baño cuando escuché un sonido sospechoso desde dentro de su habitación, donde estaba Valeria ya metida en la cama, así que no dudé en cruzar el umbral de la puerta.

Máximo entró cinco segundos más tarde que yo, ya había terminado de cepillarse los dientes.

—Meri... creo que me mareo... —susurró Valeria, con una palidez sospechosa.

—¿Te sientes mal? —preguntó Máximo, preocupado, sentándose a su lado.

Y antes de que pudiera reaccionar, la pequeña vació la tripa encima de la camiseta de su padre.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Máximo con cara de horror mientras intentaba apartarse sin éxito.

Yo, como toda buena figura maternal improvisada, hice lo que mejor se me daba: intentar no partirme de risa mientras consolaba a Valeria.

—No pasa nada, chiquitina, a veces los perritos calientes son traicioneros.

Máximo me fulminó con la mirada.

—¡Esto es culpa tuya! ¡Tú la dejaste comer hasta reventar!

—Oye, no puedes culparme de que vuestra dinastía no tenga un buen estómago.

—Creo que voy a potar… —dijo Máximo con la cara totalmente descompuesta.

Yo me reí.

No lo culpé, que conste, había tropezones de salchicha digeridos a medias por toda su camiseta.

Reprimió una arcada, se le aguaron los ojos y Valeria rompió a llorar.

Sinceramente, menos mal que estaba ahí para arreglar aquel panorama.

Máximo tiró la camiseta manchada de vómito directamente a la basura.

Después de limpiar el desastre y cambiar las sábanas de la cama, le dimos a Valeria una manzanilla y conseguimos dormirla.

—Se me ha quitado hasta el sueño —murmuró tapando bien a Valeria.

—A mí también, y eso que estaba reventada —le dije yo.

—¿Me acompañas un rato al porche? —me preguntó.

Ahí estaba: la puerta abierta al peligro.

Debí ver las señales, pero estoy convencida que aunque Máximo hubiera tenido un cartel en la frente con luces de neón en el que rezara “PELIGRO”, hubiera aceptado su propuesta.

—Nunca más. Nunca más vuelvo a fiarme de ti en temas de comida —dijo una vez estuvimos sentados en un sofá de mimbre en el porche exterior de la casita, con una taza de leche caliente y una manta compartida.

—Oh, venga, admítelo, ha sido divertido.

Me miró con el ceño fruncido, pero su boca tembló en un amago de sonrisa.

—Muy divertido oler la pota de mi hija —dijo haciendo una mueca.

—Estas cosas pasan —murmuré encogiéndome de hombros.

—Imagino que sí.

—Lo estás haciendo muy bien, Máximo.

Me miró y sonrió.

—Me alegro de que me digas eso —dijo en un susurro.

—Solo te digo la verdad.

Entonces, mi jefe hizo algo que no esperaba.

Acercó sus labios a mi cara y dejó un beso en mi mejilla.

—Buenas noches, Meri.

Después se marchó a su habitación, dejándome con la sensación de sus labios hormigueando en mi piel.

¿A qué había venido eso?

Perdida.

Estaba perdida.

37
Máximo

Me desperté con un peso extraño sobre el pecho.

No, espera... no era un peso, era un bulto caliente que roncaba.

Abrí un ojo y me encontré con Valeria hecha un ovillo sobre mí, con su manita pegajosa en mi cara y su pelo enmarañado sobre mi pecho.

—Genial —murmuré, intentando moverme sin despertarla.

No funcionó.

—¿Papi? —balbuceó medio dormida, restregando su carita en mi camiseta.

—Sí, venga, baja ya, que necesito respirar.

Consiguió despegarse de mí, y justo cuando creí que iba a levantarme en paz, apareció Meri en la puerta de la habitación con una sonrisita socarrona.

—A esto se le llama karma —dijo, cruzándose de brazos.

—A esto se le llama abuso infantil —repliqué mientras Valeria se aferraba a mi cuello como un koala.

Meri se rió y me lanzó una toalla.

Y a esto se le llama cagarla, pensé cuando recreé en mi cabeza el beso que le di en la mejilla la noche anterior.

Un impulso, supongo.

Una mala idea, quizá.

—Date prisa, que Lucía dice que hoy toca “día de aventura”.

Aquello sonaba terriblemente mal.

Bufé.

—Papa, ¿ te acuerdas que anoche “*hice un gomitao*”? —preguntó Valeria entonces.

Meri y yo nos miramos.

Yo, con el ceño fruncido.

Ella, intentando aguantar una carcajada.

—Pero ya estás bien, ¿a que sí? —le dije yo, y ella asintió con la cabeza.

—Me piro. ¡Venga, gandules! —exclamó Meri antes de desaparecer de nuevo.

Una hora después estábamos en el coche, recorriendo una carretera secundaria que prometía llevarnos a una "maravillosa ruta de senderismo". La maravillosa ruta de senderismo resultó ser un camino de cabras en el que mi coche sufría más que yo con una conversación profunda.

—Esto es mala idea —refunfuñé mientras conducía con el ceño fruncido.

—Lo dices porque eres un urbanita de manual —se burló Meri desde el asiento del copiloto.

—No, lo digo porque vamos a perder cobertura, y si algo pasa, vamos a estar jodidos.

Lucía, que venía en la parte trasera con Valeria, chasqueó la lengua.

Fede y los niños iban en el otro coche, el cual habíamos perdido hacía rato.

—Siempre tan exagerado, Máximo. Relájate un poco.

El destino nos jugó una mala pasada porque, justo después de que Lucía soltara su sentencia de superioridad moral, el coche se sacudió de golpe y se escuchó un sonido nada prometedor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Meri, agarrándose al salpicadero.

—Probablemente el susurro de mi dignidad desapareciendo —murmuré antes de detener el coche por completo.

Bajé y confirmé mis sospechas.

Pinchazo.

Un bonito y flamante pinchazo en medio de la nada.

Sin cobertura, sin auxilio en carretera y con una cría de cinco años que en cualquier momento empezaría a preguntar si íbamos a morir allí.

O cuánto quedaba.

O cuándo íbamos a comer chocolate.

—¿Qué pasa? —preguntó Meri, bajándose también.

—Que tu amiga Lucía nos ha gafado.

Lucía sacó la cabeza por la ventana y puso los ojos en blanco.

—No dramatices, arreglamos esto y seguimos.

—¿Ah, sí? ¿Tú sabes cambiar una rueda en medio de una carretera que ni siquiera sale en Google Maps? —repliqué.

—Bueno, no… ¿Es que tú no sabes?

Bufé.

—¿Meri? —preguntó con falsa esperanza.

Meri me miró con una ceja levantada.

—¿Yo? ¿Tengo cara de que alguna vez haya cambiado una rueda?

—Tienes cara de que te las das de autosuficiente. ¿No es eso parte del paquete? —espeté.

—Qué encanto de hombre —bufó ella—. No, no sé cambiar ruedas, pero estoy segura de que entre los dos podemos hacerlo.

Lo que siguió fue media hora de discusiones absurdas sobre cómo sacar la rueda de repuesto, la funcionalidad de las herramientas y por qué demonios mi coche tenía un gato hidráulico que parecía sacado de una película de ciencia ficción.

Y no, nunca había cambiado una rueda porque para eso estaban los seguros de conducción.

¿Acaso tenía necesidad de mancharme el traje?

—¡Te dije que la palanca iba ahí! —exclamé mientras Meri intentaba encajar la pieza en su sitio.

—¡Y yo te dije que tu coche es un enigma de la ingeniería alemana! —respondió ella, sudando.

Valeria observaba todo desde una piedra, comiéndose una chocolatina y divirtiéndose como si estuviéramos en un *show* de comedia.

—¿Vais a casaros? —preguntó de repente con su vocecita inocente.

Meri y yo nos quedamos paralizados.

—¡¿QUÉ?! —exclamamos al unísono.

—Los que discuten mucho terminan casándose —dijo Valeria con total seguridad.

Lucía soltó una carcajada mientras yo me pasaba una mano por la cara y Meri se ponía de pie, con la rueda medio sujeta en las manos.

—Dame paciencia, por favor —murmuró ella mirando al cielo.

Después de mucho esfuerzo (y de que Lucía grabara todo para futuras burlas), conseguimos cambiar la rueda y regresar al pueblo.

Meri y yo estábamos agotados, llenos de polvo, grasa y con un humor de perros, pero Valeria estaba encantada.

—¡Ha sido súper divertido! —exclamó mientras saltaba de emoción—. ¡Como en las películas de aventuras!

Yo resoplé y me quité la chaqueta con un gruñido.

—Si eso es una película de aventuras, exijo ser el villano.

Meri se rio y me dio un leve empujón con el hombro.

—No te hagas el duro, Máximo. Lo has pasado bien y lo sabes.

La miré de reojo y sentí ese calor incómodo en el pecho. Esa sensación extraña de que, por mucho que quisiera negarlo, lo estaba pasando bien con ella.

Con Valeria.

Con este desastre de familia improvisada que se nos estaba yendo de las manos.

—Vete a la mierda —murmuré, pero sin mucha convicción.

Ella sonrió.

—Tú primero, gruñón.

38
Meri

La noche en el pueblecito tenía un aire especial. Afuera, el viento frío se colaba entre las rendijas de las ventanas de la casita de piedra, y dentro, el crepitar de la chimenea llenaba el silencio con su sonido reconfortante.

Después del ajetreo del día, que terminó por otro paseo por el pueblo a fin de no encontrar la dichosa ruta que Fede y los niños sí pudieron disfrutar, por fin me tomé un respiro.

Me puse un jersey grueso y unos calcetines gorditos y salí al porche con una taza de té caliente.

La luna brillaba sobre el cielo despejado, y el sonido de los grillos acompañaba la quietud del momento.

Era bonito.

Tranquilo.

Algo que no se encontraba en Madrid.

Y entonces, claro, esa tranquilidad tuvo que romperse con la presencia de Máximo, que hizo que mi corazón empezara a latir como el de alguien con triglicéridos.

—No puedes dormir, ¿eh? —murmuró con voz grave mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

Giré la cabeza y lo miré.

Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta de manga larga.

Descalzo.

Relajado.

Nada que ver con el hombre que normalmente vestía con impecable elegancia y parecía cargar el peso del mundo en los hombros.

—Demasiadas emociones para un solo día —admití encogiéndome de hombros.

Máximo se acercó y se sentó a mi lado en el banco de madera que el día anterior no ocupamos por usar el sofá de mimbre.

Al principio, con la distancia justa para que pareciera casualidad. Pero poco a poco, de manera casi imperceptible, fue acercándose.

O tal vez fui yo.

Lo cierto es que, cuando me di cuenta, nuestras rodillas casi se rozaban y el calor de su cuerpo se sentía incluso a través del frío de la noche.

—Lo haces bien con ella —dijo de repente.

Fruncí el ceño y lo miré de reojo.

—¿Con Valeria?

Asintió, manteniendo la vista al frente.

—No es fácil. Yo todavía siento que la cago cada dos por tres. Pero tú… tienes algo. Algo que la hace sentir segura. A mí también me haces sentir seguro —admitió en voz baja.

Mi corazón dio un vuelco, porque Máximo no era de los que soltaban ese tipo de cosas.

No sin morirse un poco por dentro.

Y menos aún sin un contrato firmado con sangre que asegurara que nadie lo repetiría nunca.

—No tengas tanto miedo a hacerlo mal —le dije con suavidad—. Ya tienes la parte más difícil hecha: quererla. Lo demás viene solo.

—¿Y tú? —preguntó entonces—. ¿Lo haces todo sin miedo?

Tragué saliva y me giré hacia él.

Su rostro estaba en sombras, pero la luna iluminaba sus ojos, que brillaban con una intensidad que me dejaba sin aire.

—No —susurré—. A veces también tengo miedo.

Y entonces pasó.

Fue sutil, apenas un roce.

Un gesto torpe, como si ninguno de los dos supiera exactamente en qué momento habíamos cruzado la línea de lo permitido.

Pero cuando sus labios tocaron los míos, no hubo dudas.

Ni miedos.

Solo él.

Solo nosotros.

No me aparté, quizá me había cansado de luchar contra su cercanía, contra lo que me hacía sentir cuando estaba cerca de mí.

El beso empezó lento, pero con una intensidad contenida que me hizo aferrarme a su camiseta sin darme cuenta.

Él deslizó una mano por mi cintura y me acercó más, hasta que ya no quedó espacio entre nosotros, hasta que sentí el latido de su corazón contra mi pecho.

Cuando nos separamos, estábamos sin aliento. Máximo apoyó su frente en la mía y suspiró.

—Sé que vas a decir que esto no está bien —murmuró.

—Lo sabes de sobra —contesté, sin alejarme, todavía con mi frente junto a la suya.

—Pero tampoco podemos quedarnos con las ganas —dijo él.

—Por esta vez voy a darte la razón —admití.

Hubo un silencio.

Un segundo de indecisión.

Y luego, en un movimiento que me hizo sonreír contra sus labios,

Máximo volvió a besarme.

Porque si íbamos a cometer un error, al menos lo haríamos bien.

Y, fíjate si lo hicimos bien, que los tocones que había encendidos en la sala de estar, la cual tenía cerrojo en la puerta, quedaron reducidos a cenizas cuando nos entró sueño y cada uno se refugió en su propia habitación.

Nunca me cansaré de decirlo: Máximo Medina me hacía el amor como nadie.

39
Meri

—¡Meri, mira!

Valeria me tiró de la mano con la fuerza de un crío que ha descubierto el tesoro más grande del universo.

La acababa de recoger del colegio y caminábamos juntas de vuelta a casa.

Lo que no me esperaba era lo que vino a continuación: un pequeño ovillo de pelo gris con ojos enormes y un maullido más lastimero que mi cuenta bancaria a final de mes.

Bueno, desde que trabajaba para Máximo Medina alias el FEO, no tanto.

Aunque lo de FEO había pasado a la historia.

En ese momento era Máximo Medina alias mi jefe, el que me tiraba a escondidas de todo Dios y el que me robaba besos por los pasillos de su casa cuando Valeria estaba distraída desde la escapada familiar a aquel pueblo de encanto algunas semanas atrás.

¿Que si teníamos una relación?

Pues…

No.

De momento nada de etiquetas, solo nos dejábamos guiar por los latidos de nuestros corazones, que, frenéticos, retumbaban contra nuestras costillas con aquella aventura furtiva que estábamos viviendo.

Muy novelesco todo, pero ¿acaso esto no es una comedia romántica?

Volviendo al tema.

Era un gatito.

Lo que había encontrado Valeria, no mi jefe.

Uno diminuto, sucio y con el hocico lleno de restos de algo que parecía atún enlatado.

Insisto, no se trataba de Máximo.

—¡Está solito! —exclamó Valeria, con la voz más dramática que una protagonista de telenovela.

—Sí, bueno… igual su mamá anda cerca —intenté decir, pero mi voz no era convincente ni para mí.

Porque no, el pobre bicho estaba más abandonado que mis plantas.

Y ahí fue cuando Valeria activó el combo mortal: ojitos de cachorro con puchero.

—Meri, tenemos que salvarlo.

Mierda.

—Valeria… No podemos llevarnos a un gato a casa así como así. ¿Qué dirá tu padre?

—¿Por qué no?

—Porque… porque… —Busqué razones, excusas, normas de la ONU, lo que fuera. Pero con esos ojos clavados en los míos, mi cerebro decidió formatearse completamente.

Además, mi examen de la oposición se acercaba y estaba de información hasta las cejas de tanto estudiar.

—Meri… si lo dejamos aquí, estará solito y triste.

¿HABÍA DICHO YA MIERDA?

Suspiré, miré al cielo en busca de paciencia y finalmente volví a mirar a la bolita de pelo.

Y lo peor no fue darme cuenta de que Valeria tenía razón.

Lo peor fue que, sin pensarlo dos veces, ya lo tenía en mis brazos.

—¿Y ahora qué hacemos, jefa?

Valeria sonrió tan ampliamente que sentí que acababa de convertirme en su heroína.

—¡Nos lo llevamos a casa!

—Verás cuando lo vea tu padre… yo no quiero saber nada.

Cuando entramos por la puerta, con el gatito envuelto en mi chaqueta como si fuera un bebé de *Los Bridgerton*, ya sabía que la cosa no iba a salir bien.

Y efectivamente, Máximo tardó dos segundos en fruncir el ceño y tres en soltar la palabra que tenía en la punta de la lengua cuando llegó a casa.

—No.

Valeria, que no había consentido dormir hasta que su padre llegara, se detuvo en seco, abrazando al gatito contra su pecho.

—¿No qué?

—No vamos a adoptar a un gato.

—¡Pero, papi…!

Máximo cruzó los brazos y nos miró con la misma expresión con la que imaginé que había echado a más de un empleado de su despacho.

O quizá, no.

La cuestión es que me dio miedito.

—Esta casa no es un zoo.

—No es un zoo, es un hogar para huérfanos —repliqué, alzando una ceja—. Huérfanos guapos, peludos y con bigotes.

Valeria me miró con admiración, pero a mí me temblaba hasta la figa.

Máximo me fulminó con la mirada.

—Meri…

—Máximo…

—No vamos a quedarnos con ese gato.

—Claro, claro —dije, como quien le sigue la corriente a un niño pequeño—. Solo lo cuidaremos un poquito.

—Meri…

—¿Sí?

—No.

Sonreí con dulzura.

—Vale.

Y en ese momento, el pequeño demonio peludo decidió jugar su mejor carta, pues Valeria lo había dejado en el suelo; se acercó a Máximo, se sentó sobre sus patitas traseras y le maulló.

Valeria y yo contuvimos la respiración.

Máximo miró al gato.

El gato miró a Máximo.

Silencio.

Finalmente, Máximo soltó un suspiro de resignación, se pasó una mano por la cara y murmuró:

—Habrá que comprar una cama para este bicho.

¡VICTORIA!

Valeria chilló de emoción y saltó a los brazos de su padre.

Yo sonreí, mirándolo con aire de triunfo.

—Pensé que no íbamos a quedarnos con el gato.

Máximo me miró con esa cara de "me quiero morir pero ya he perdido la batalla".

—No puede dormir en el suelo, ¿no?

—Claro que no. Además, Valeria ya le ha puesto nombre.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Glorio —dije llenándome la boca con cada letra.

—Madre mía… —rezongó Máximo poniendo los ojos en blanco.

—No sé de dónde habrá sacado ese nombre, pero… —intenté decir.

—Yo sí. De los dibujos de *Bola de Dragón*.

—Madre mía… —murmuré.

—Eso mismo pienso yo.

Me encogí de hombros.

—Tu hija. Tu gato.

Y así fue como, el gato que encontramos en la calle, al día siguiente no solo tendría cama, sino también un cuenco con comida, un arenero y hasta un maldito rascador.

Además, por supuesto, su primera revisión en el veterinario.

—Eres un blando —le susurré mientras lo veía mirar al gato con más ternura de la que admitiría en público.

—Cállate, Meri.

Y justo en ese momento, el gato se subió a su regazo y empezó a ronronear.

Sonreí.

—Creo que te ha adoptado.

Máximo resopló.

Pero no lo movió.

Otro miembro en la familia improvisada.

Y no podía ser más perfecto.

Además, voy a decir una cosa: nadie vive mejor que un gato que es tutelado por unos *millenials* que aseguran ser sus padres biológicos y una niña con altas capacidades.

¿Me acababa de incluir en esa ecuación?

MADRE MÍA.

40
Meri

—Voy a vomitar —dije poniendo los ojos en blanco.

Estaba de los nervios…

¡Había llegado el momento de examinarme de la oposición!

Ese día que había estado esperando —y temiendo— durante meses.

Ese día que decidiría si todo el esfuerzo, el estudio y las noches en vela valían la pena o si iba a tener que empezar a vender fotos de mis pies en internet.

Y claro, mi cuerpo había decidido entrar en modo pánico absoluto.

—No vas a vomitar —respondió Máximo con toda la paciencia del mundo, para mi sorpresa.

—Sí que voy a vomitar —repetí.

—Pues si lo haces, abre la ventanilla. No pienso limpiar el coche.

Adiós paciencia.

Le lancé una mirada asesina.

—Voy a hiperventilar.

—Tampoco.

—Voy a morir.

—Menos todavía.

Máximo conducía con la tranquilidad de un monje tibetano mientras yo, en el asiento del copiloto, me aferraba al reposabrazos con tanta fuerza que mis nudillos estaban blancos.

¿Que qué hacía Máximo fuera de esa jaula de cristal a la que él llamaba despacho?

Bueno, digamos que había tenido la amabilidad de acompañarme junto a Valeria al examen, ya que la niña no había consentido dejarme sola, así que Máximo se había tomado la tarde libre para ello.

Bueno, la amabilidad no, es que estábamos liados.

¡Qué menos!

Pero shhh, nadie lo sabía.

Ni Charo, ni Barbie, ni Miguel, ni su amigo David, ni Lucía…

Ni mucho menos Valeria.

Era un pacto entre los dos el hecho de mantenerlo en secreto.

Al menos, de momento.

—Meri, respira —intervino Valeria desde el asiento trasero, con tono de experta en meditación—. Si te pones así, te va a doler la barriga y no podrás pensar bien.

Me giré para mirarla y vi que sostenía un folio con un dibujo.

—¿Qué es eso?

Me lo tendió con una sonrisa.

En el papel había un garabato de tres personas: una con el pelo largo (claramente yo), otra con el pelo más corto (claramente ella) y una figura más alta y con cara de "no me toquéis los huevos" (claramente Máximo).

Encima de nuestras cabezas había corazones.

—Es nuestro dibujo de la suerte —anunció, con tono solemne—. Lo hice con la seño del cole esta mañana para que lo tengas y recuerdes que no estás sola.

Mi corazón hizo un salto mortal con tirabuzón.

—Valeria…

—Lo ha hecho ella sola —añadió Máximo, quitándole peso al momento como siempre—. No la subestimes, es una pequeña genio.

Sonreí y apreté el papel contra mi pecho.

No, Valeria no sabía nada de todo aquello, pero lo intuyó desde el principio.

Quizá Charo debería estudiar la intuición de la niña, porque era magnífica.

—Gracias, pequeña. Lo llevaré conmigo.

Valeria aplaudió emocionada y volvió a enredarse en su tablet.

Yo, en cambio, miré a Máximo.

—¿Tú también crees que lo haré bien?

Él soltó un bufido.

—Si no lo creyera, no estaría perdiendo la tarde en esto.

Borde de mierda que era.

En serio.

Uff.

Pero qué bien besaba, el jodido.

Y qué bien folla…

¡BASTA!

Es que, a ver, que se me entienda… cuando tenía un orgasmo sin pedirlo, estaba días tipo como la Bella de *La Bella y la Bestia*: *bonjour, bonjour, esta es mi pequeña aldea.…*

Y con Máximo nunca me hacía falta pedir nada, él parecía saber lo que necesitaba en cada momento.

Sexualmente hablando.

Pero, bueno, volviendo a la cuestión…

—Qué motivador eres.

—Soy realista. Llevas meses matándote a estudiar. Es imposible que lo hagas mal.

Suspiré, sus palabras me reconfortaron más de lo que esperaba, tal era mi estado nervioso en aquellos momentos.

Llegamos al edificio donde se haría el examen y mi estómago decidió hacer una pirueta extra.

Con sinceridad: no sabía si en ese momento tenía ganas de hacer *cakusqui* o *hacer un gomitao*, como decía Valeria.

—Vale. Ya hemos llegado. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.

—Baja del coche, Meri.

—¡Voy! ¡Voy!

Salí y me quedé mirando la entrada como quien ve el castillo de Drácula.

Máximo y Valeria también bajaron.

—Yo quiero entrar —dijo Valeria, entusiasmada.

—No se puede, chiquitina —le dijo su padre—. Pero esperaremos hasta que salga Meri merendando por aquí cerca.

Sentí un nudo en la garganta.

Máximo, notándolo, me miró con sus ojos oscuros y serios.

—Hazlo bien, opositora de pacotilla.

—Eso intento, ogro gruñón.

Él sonrió de lado.

—Nos vemos en un rato.

Respiré hondo, miré el dibujo de Valeria, y con todo el valor que me quedaba, entré en el

edificio.

Di todo de mí, lo juro, y cuando salí, exhausta, mi primera imagen fue Máximo y Valeria esperándome en el coche.

—¡MERI! —gritó Valeria, corriendo hacia mí—. ¿Cómo te ha ido?

La abracé con fuerza.

—Creo que bien, pequeña.

Máximo, con los brazos cruzados, sonrió de lado.

—¿Has sobrevivido?

—Por los pelos.

Él asintió.

—Bien. Porque he hecho una reserva para celebrarlo.

Lo miré, sorprendida.

—¿Celebrarlo?

—Sí. Porque si suspendes, lo importante es que lo has intentado. Aunque sé que no vas a suspender. Eres como un ratón de biblioteca.

Mi corazón se derritió.

Sonreí.

Admito que, completamente inmersa en aquella locura, era feliz.

41
Máximo

—Quiero un batido de fresa —pidió Valeria.

—Vale.

—Y una tarta de chocolate.

—Solo un trozo —advertí.

—Y un croissant.

—Valeria…

—Es que si no, me quedo con hambre.

Exhalé con paciencia.

Estábamos en una cafetería a unas calles de donde Meri se estaba examinando, y yo intentaba tomarme un café en paz mientras mi hija organizaba su propio buffet libre, pues ya se había tomado vaso de leche con cacao soluble.

—¿Sabes qué me gusta de Meri? —preguntó de repente.

—¿Qué?

—Que te pone nervioso.

Me atraganté con el café.

—¿Perdón?

—Sí. Siempre te crees muy serio, pero cuando Meri está cerca, te pones raro.

—Yo no me pongo raro.

—Sí que te pones.

—No.

—Papá, sí.

Gruñí, pero Valeria sonrió con malicia.

—¿Sabes qué más me gusta de Meri?

—Ilumíname.

—Que te hace feliz.

ZAS.

EN.

TODA.

LA.

BOCA.

Me quedé en silencio, básicamente porque no supe qué contestar a eso.

Miré a mi hija, que seguía sonriendo como si no acabara de soltar la bomba del siglo.

Bajé la mirada al café y no pude evitar pensar que, joder, tenía razón.

¿Tanto se me notaba? ¿Alguien se habría dado cuenta de aquella relación clandestina?

Esperaba que no, al menos, hasta que buscáramos la manera de asentarnos el uno con el otro y dar algún paso más.

No sé, en ese momento solo podía pensar en que me gustaba estar con Meri, en que cada momento que pasaba junto a ella era único y en que estaba más tranquilo y feliz que en mucho tiempo a pesar de aquel giro inesperado que había dado mi vida con la aparición de Valeria.

Fue entonces cuando la niña me dejó estar y sacó su cuaderno de dibujos de la mochila rosa que llevaba a todas partes.

—¿Qué haces? —pregunté yo.

—Un cómic.

—¿Sobre qué?

Ella sonrió, traviesa.

—Sobre ti y Meri.

—¿Cómo?

—Se llama Papá y Meri se quieren pero son cabezotas.

Rodé los ojos hacia arriba, nervioso.

—Haz el favor de cambiarle el título.

—No.

Y así, mientras Meri luchaba con su examen, yo luchaba con la cruda realidad: hasta mi hija me tenía calado.

Y, para qué mentir a estas alturas: sentía algo más allá por ella, aunque me daba pánico pensarlo demasiado, por eso lo dejaba en algún lugar de mi cabeza, bien escondido.

42
Meri

Cuando Máximo dijo que íbamos a salir a cenar para celebrar que había hecho el examen de la oposición, me lo imaginé de una manera completamente distinta.

Pensé en un restaurante elegante, luces tenues, música de fondo, un buen vino, una comida que no pudiera permitirme el resto del mes…

¿Por qué?

¡Pues yo qué sé!

Estaba fatalita de la cabeza.

Ese hombre me volvía loca de remate.

En el mal sentido.

Bueno, en el bueno también.

Aunque ya no sabía diferenciar cuál era el bueno y cuál era el malo.

Lo que me hacía sentir crecía por días, pero me estaba dejando la piel por disimular.

Al fin y al cabo, era mi jefe, ¿no?

Y solo era una aventura aquello que estábamos viviendo.

Bueno, el caso es que el sitio para cenar que yo me había imaginado, no era como esperaba porque no tuve en cuenta un pequeño detalle: Valeria.

Lo que yo digo: fatalita de la cabeza.

—Esto no es un restaurante, es una feria —murmuré, mirando alrededor mientras una docena de niños corrían entre las mesas con la misma energía que si se hubieran inyectado cinco litros de Red Bull en vena.

Los camareros iban vestidos de personajes de dibujos animados, las paredes estaban decoradas con colores chillones, y en la esquina había un enorme parque de bolas con un cartel que decía: "Aquí juegan los niños (y los adultos bajo su propio riesgo)."

—Es un sitio familiar —dijo Máximo, cruzándose de brazos cuando vio mi cara al entrar.

Valeria ya había salido por patas a explorar.

—Máximo, hay un payaso en la barra sirviendo zumos —me reí.

Él se encogió de hombros.

—Valeria quería venir aquí.

Claro, la niña estaba completamente encantada con el sitio.

Se había puesto una corona de cartón desde que entramos, y cuando vino a enseñarnosla aprovechamos para que se quedara sentada a la mesa.

Eligió el menú de nuggets con patatas fritas y salsa de queso, y ahora miraba el parque de bolas como si fuera Disneylandia.

—¿Tienes algo que objetar? —preguntó soltando una risa.

—No, claro que no —dije divertida—. Porque, lo que más me apetecía era celebrar que he terminado el examen de mi vida en un restaurante donde la especialidad es la pizza en forma de dinosaurio.

Obviamente, estaba bromeando.

Máximo sonrió de lado y se acercó lo suficiente para susurrarme:

—Podríamos haber ido a otro sitio, pero Valeria dijo que tú también te divertirías aquí. Creéme si te digo que, mi plan perfecto para celebrar lo de tu examen, también hubiera sido pasar de la cena y comerte a ti.

Me puse roja como un tomate, esperaba por todos los dioses que Valeria no hubiera escuchado eso.

No obstante, con el jaleo que había en el local, me parecía casi imposible.

Giré la cabeza hacia la niña, que me observaba con la carita más adorable del mundo.

—Un poquito de salsa de queso —dijo Valeria abriendo la pequeña tarrinita de salsa—, que sabe a beso.

Después sonrió.

Terriblemente adorable.

—Meri, ¿puedo ir a las bolas?

Maldita sea.

No podía decirle que no.

—Claro, cielo, cuando te acabes la cena.

Dicho y hecho.

Valeria engulló como una energúmena y salió pitando.

Momento en el que Máximo y yo aprovechamos para dar cuenta de las pizzas que habíamos pedido para nosotros.

Máximo me miró con satisfacción.

—Dilo.

—¿El qué?

—Que eres incapaz de negarle nada.

Puse los ojos en blanco.

—Cállate y come tu pizza de dinosaurio —le espeté con una sonrisa.

Después de ver a Valeria sumergirse en el parque de bolas como una auténtica kamikaze, de comernos nuestras respectivas pizzas con formas ridículas y de que Máximo me regañara por jugar con las patatas en vez de comérmelas, llegó la hora del postre.

Máximo pidió café, yo opté por una tarta de chocolate (porque me lo merecía después de semejante día) y Valeria…

Bueno, Valeria se pidió un helado con más toppings de los que un helado debería llevar.

—¿No crees que eso es demasiado azúcar? —preguntó Máximo con su tono de padre responsable.

—No sé, papi, ¿no crees que tú eres demasiado gruñón? —respondió ella con la boca llena de virutas de colores.

Me atraganté con la risa.

Máximo la miró como si estuviera considerando mandarla a un internado.

Pero al final solo suspiró y murmuró:

—Me lo tenéis que devolver algún día.

—¿El qué? —pregunté, fingiendo inocencia.

—Esta guerra en la que me metéis cada vez que os juntáis.

Sonreí, cogí mi cuchara y le robé un poco del helado a Valeria.

—¿Sabes qué, Máximo?

—¿Qué?

—Me gusta que seas nuestro gruñón.

Lo que no esperaba era que, al escuchar esas palabras, él se quedara mirándome como si acabara de decir algo que lo había desarmado por completo.

Como si, de repente, estar en un restaurante lleno de niños gritones y comida en forma de animales no le pareciera tan terrible.

O como si, por una vez, el tipo que siempre parecía tener una coraza irrompible estuviera dejando que alguien se colara dentro.

Y, joder…

Ese pensamiento me aceleró el corazón más de lo que me gustaba admitir.

Porque en ese momento pensé que volver a haberme dejado llevar, haber vuelto a caer en sus redes, estaba siendo maravilloso.

43
Meri

Estaba decidida.

Después de meses pegada a los apuntes, de noches en vela con café en una mano y el subrayador en la otra, de tener pesadillas en las que me perseguían códigos y leyes… había hecho el examen de la oposición.

¿Que si me salió bien?

Quién sabe.

¿Que si me quedé en blanco en alguna parte?

Pues claro.

¿Que si me arrepentía de no haber memorizado mejor las disposiciones adicionales?

Un poquito.

Pero ya estaba hecho.

Finito.

Bye bye.

Y eso merecía una celebración.

Una segunda celebración, quiero decir.

Por eso, cuando Charo propuso salir, Barbie se encargó de reservar una mesa en nuestro bar favorito y Miguel apareció con una botella de champán en mano, supe que la noche prometía.

—¡Por fin ha acabado el suplicio! —gritó Barbie cuando llegamos a nuestro rincón de siempre en el bar.

—Todavía falta saber si ha aprobado —intervino Miguel, ganándose una colleja inmediata por parte de Charo.

—Ni se te ocurra aguar la fiesta.

—Es mi deber como hermano recordarte la realidad.

—¿Tu deber como hermano no era pagarme las copas hoy?

—Tienes razón —resopló, alzando la mano para llamar al camarero—. Esta ronda va por mi cuenta.

Me crucé de brazos y sonreí con satisfacción. Cómo me gustaba ganarle a mi hermano.

Charo, por su parte, sacó un incienso de su bolso (porque, claro, no podía faltar su toque místico en la noche) y lo encendió.

—Vamos a purificar tu energía para que la nota del examen sea la mejor.

—Abuela —intervino Barbie, destapando su gloss y aplicándoselo con precisión quirúrgica —, ¿te das cuenta de que estamos en un bar, verdad?

—¿Y qué? ¿La mala vibra no entra en los bares o qué?

Miguel puso los ojos en blanco.

—Como nos echen por provocar un incendio, no pienso pagar la multa.

Yo solo reí y levanté mi copa.

—Venga, que nos estamos distrayendo. ¡Brindemos, coño!

—¡Por el fin del suplicio! —gritó Barbie.

Reímos, bebimos y seguimos la noche entre anécdotas, cotilleos y mi recreación dramática de cómo un bolígrafo decidió fallarme en medio del examen, obligándome a cambiar de color de tinta.

Todo iba perfecto.

Hasta que Miguel cambió.

Estábamos en plena carcajada por una historia de Charo sobre un astrólogo que le había predicho que su alma gemela vendría en forma de repartidor de Amazon, cuando noté que Miguel dejó de reír.

Su expresión se tensó, su mirada se fijó en su móvil y, de repente, su cuerpo entero cambió.

Se levantó sin decir nada, sacó la cartera y dejó un billete sobre la mesa.

—Me tengo que ir.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer.

—Miguel, es mi celebración.

—Meri, luego hablamos, cuando vuelva del trabajo, ¿vale?

Y sin más, salió del bar.

Nos quedamos en silencio unos segundos, asimilando lo que acababa de pasar.

—Vale, esto es raro… —comentó Barbie, rompiendo el mutismo.

—Y tanto que sí —añadió Charo, llevándose una aceituna a la boca.

Yo apreté los labios y miré la puerta por donde mi hermano había desaparecido.

Porque sí, podía hacerme la tonta y decir que era solo Miguel siendo Miguel.

Pero algo dentro de mí me decía que no era solo eso, que mi hermano se estaba metiendo en algo turbio.

Y no iba a quedarme de brazos cruzados.

No me fiaba ni un pelo.

Miguel llevaba semanas raro.

Más raro de lo normal, y eso ya era decir, pero aquella noche había colmado el vaso.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —preguntó Barbie, mirándose en el retrovisor de su coche mientras se retocaba el gloss.

—¿Cuál? ¿Ir a la discoteca donde trabaja mi hermano a investigar por qué cojones está metido en un lío?

—No. Lo de ponerte esa falda tan corta para ir a una pelea.

Rodé los ojos.

—Barbie, no voy a pelear. Solo voy a ver qué está pasando

—Ajá. Claro. ¿Y por qué tienes esa cara de querer romperle la cara a alguien?

No respondí.

Porque tenía razón.

Y lo peor es que no tardé en encontrar el motivo.

Cuando entramos en la discoteca donde trabajaba Miguel, el ambiente era el de siempre: luces de colores, música atronadora y un montón de gente desfasada que probablemente se arrepentiría de sus decisiones a la mañana siguiente.

Ya se sabe: noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno.

No tardé en ver a Miguel.

Y tampoco tardé en ver que no estaba solo.

Delante de él, un tío con cara de pocos amigos lo empujaba con la sutileza de un camión de mudanzas. A su lado, una chica de aspecto nervioso miraba la escena con miedo.

—Dime que no es lo que parece —mascullé, y Barbie observó el mismo punto al que yo estaba mirando.

Pero era exactamente lo que parecía.

Ese tipo no tenía cara de estar reclamándole a Miguel por no pagarle un chupito, debía de ser algo más grave.

Antes de que pudiera pensarlo demasiado, ya me estaba acercando.

—¡Eh! —grité, metiéndome entre ellos.

Miguel me miró como si acabara de ver un fantasma.

—¡Meri, vete de aquí!

—Ni de coña. ¿Qué está pasando?

—No es asunto tuyo.

El matón me echó una mirada desdeñosa y soltó una risita.

—¿Quién es esta, tu abogada?

Le sostuve la mirada.

—No. Pero si sigues tocando los cojones, te vas a enterar de quién soy.

Sí, lo sé.

No era mi mejor momento de autocontrol.

El tipo chasqueó la lengua y empujó a Miguel de nuevo.

Y ahí exploté.

Con todas mis fuerzas, le di un empujón.

El problema es que Barbie también se metió en la pelea.

Y la chica que estaba con ellos también.

Es más, acabé con sus extensiones de pelo en la mano.

Que se joda, la calva.

Y de repente, entre golpes, gritos y una botella que se rompió en algún punto de la pelea, escuché lo inevitable:

Las sirenas de la policía.

Mierda.

*

—No me lo puedo creer.

Barbie me miró con el rimel corrido y los labios torcidos.

—Tú tranquila. Nos hemos visto en situaciones peores —dijo.

—¿Cuándo?

—Nunca, pero quiero mantener la moral alta.

Suspiré y apoyé la cabeza contra la fría pared del calabozo.

A nuestro lado, la chica con la que habíamos acabado arrestadas nos miraba con una expresión que no podía descifrar.

La tonta tenía las extensiones en la mano.

—No teníais que haberte metido —susurró.

—Mira, mejor, cállate —le espeté.

Después volví a aferrarme a los barrotes.

¡Madre mía!

Pero ¿qué narices hacía yo ahí dentro?

Ah, sí, claro.

Resulta que Miguel había hecho tratos con esos dos idiotas.

Tratos peligrosos, tratos de drogas (nada que no fuera más turbio que chocolate) y les debía dinero.

Ese hermano mío… más torcido que yo, estaba.

Suspiré, debía tener una conversación seria con él, eso que había hecho no tenía ningún sentido.

—¡Eh! ¡Oiga! —llamé al guardia.

El hombre se levantó de la silla de forma pesada.

¿Se sentía cansado?

¡Peor estaba yo!

—¿Qué quiere ahora, señorita? —preguntó de forma cansina.

—¿Cuándo voy a poder llamar? —pregunté—. Se supone que tenemos derecho a una llamada.

El guardia resopló.

—¿Se sabe también la de hablar solo en presencia de un abogado?

—¡Uy! —me quejé—. ¡Pero que la abogada soy yo y ya me han interrogado!

¡Dios! ¿Es que nadie iba a decirme cuándo iba a salir de allí?

Bueno, sí, cuando pagase para salir de allí.

—¿En serio? —se jactó el guardia—. Pues no lo parece.

Resoplé.

—Bueno, pues ya es tarde para eso. ¿Me deja llamar?

—¿Se callará de una vez?

Bufé y puse los ojos en blanco.

—Déjeme llamar, lo digo en serio.

El guardia accedió y yo suspiré con el teléfono en la mano.

—¿A quién vas a llamar? —me espetó Barbie cogiéndome del brazo.

Resoplé.

¿Le contaba la verdad? ¿Le contaba que pensaba llamar a la única persona que sabía que nos podía sacar de ese lío?

—¿Meri?

La miré fijamente, todavía en silencio.

—Como llamemos a mi abuela, le da tal chungo que…

—Voy a llamar a Máximo —dije de forma contundente.

—¿A tu jefe?

Asentí con la cabeza.

—¿Estás loca? ¿Qué crees que va a pensar de ti? ¡Cuidas de su hija!

—Me conoce lo suficiente —dije poniendo morritos.

Barbie me miró con los ojos entrecerrados.

—Te lo estás tirando —afirmó.

—Eso… eso es otra movida, que…

—¡No! —exclamó—. Tú te lo estás tirando y por eso sabes que va a socorrerte.

—¿A quién te estás tirando? ¿Lo conozco? —preguntó la de las extensiones.

Bufé.

—Mira, calva, tú mejor cállate —le dije.

—Vale, vale —dijo enseñándome las palmas de sus manos, en señal de paz.

—¿Estás segura? —preguntó Barbie.

Asentí con la cabeza.

Sabía a quién tenía que llamar.

Y me iba a costar la vida hacerlo.

Pero marqué el número y recé para que respondiera.

—Tenemos una conversación pendiente —me dijo Barbie.

Rodé los ojos en blanco y escuché los tonos de llamada.

Uno…

Dos…

Tres…

Hice un mohín, y entonces…

—¿Meri?

El tono de su voz ya me dejó claro que estaba molesto.

Claro, eran las tantas de la madrugada.

—Ehhh… Hola, Máximo.

—¿Qué pasa?

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no ha sido culpa mía.

Hubo un silencio.

—¿Dónde estás?

—En… en… una comisaría. El calabozo, concretamente.

Más silencio.

—¿Cómo?

—Es una larga historia, pero, Máximo… necesito que me saques de aquí. ¿Puedes venir a por mí?

—¿A quién tengo que sobornar?

—Máximo.

—¿A cuántos abogados tengo que llamar?

—Te recuerdo que YO soy abogada.

Bufó.

—¿Te has peleado con alguien?

—Más bien… por alguien.

—Dime que no has matado a nadie.

—¡Pero qué te pasa! ¡No soy una asesina!

—Bueno, me tranquiliza saber que hoy no tengo que deshacerme de un cadáver.

—¡Solo defiendo lo que es justo!

—Voy para allá.

—Máximo, antes de que vengas… No te enfades, ¿vale?

—Demasiado tarde.

—¡Y tráete dinero para la fianza! —grité.

Colgó.

Barbie me miró con una ceja alzada.

—¿Nos va a matar?

Me encogí de hombros.

—No si nos mata antes la vergüenza.

44
Máximo

Recibí la llamada a las cuatro de la mañana.

Cuatro. De. La. Mañana.

Y si había algo que odiaba más que madrugar, era que me despertaran cuando no quería madrugar.

Y más aquella noche, que Valeria estaba en casa de mis padres y podría dormir más tranquilo.

El teléfono vibró en la mesilla, sacándome del sueño con una insistencia que me hizo querer estrellarlo contra la pared.

Me froté los ojos, intentando entender qué demonios pasaba.

Cuando vi el nombre de Meri en la pantalla, mi primera reacción fue asustarme.

Descolgué con un gruñido.

—¿Meri?

—Ehhh… Hola, Máximo.

—¿Qué pasa?

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no ha sido culpa mía.

Hubo un silencio.

—¿Dónde estás?

—En… en… una comisaría. El calabozo, concretamente.

—¿Cómo?

—Es una larga historia, pero, Máximo… necesito que me saques de aquí. ¿Puedes venir a por mí?

—¿A quién tengo que sobornar?

—Máximo.

—¿A cuántos abogados tengo que llamar?

—Te recuerdo que YO soy abogada.

Bufé.

—¿Te has peleado con alguien?

—Más bien… por alguien.

—Dime que no has matado a nadie.

—¡Pero qué te pasa! ¡No soy una asesina!

—Bueno, me tranquiliza saber que hoy no tengo que deshacerme de un cadáver.

—¡Solo defiendo lo que es justo!

—Voy para allá.

—Máximo, antes de que vengas… No te enfades, ¿vale?

—Demasiado tarde.

—¡Y tráete dinero para la fianza! —gritó.

Colgué.

Cuando llegué a la comisaría, seguía sin entender una mierda de lo que había pasado.

Nada más entrar, un agente con cara de querer jubilarse ayer me miró de arriba abajo con aburrimiento.

—¿A quién viene a buscar? —preguntó.

Me pasé una mano por la cara.

—A una mujer con mucho carácter, poco sentido del peligro y cero control de impulsos.

El agente suspiró.

—La de la pelea.

—Exacto.

—Sígame. —Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Pasamos por un pasillo iluminado con fluorescentes que parpadeaban y, al girar una esquina, las vi.

Meri, sentada en un banco de metal con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

A su lado, Barbie, la que aquel día descubrí que era su mejor amiga, con un aire de indignación en la mirada.

Y otra chica, una desconocida para mí, que tenía pinta de haber pasado la peor noche de su vida.

—¡Máximo! Qué rápido has llegado.

—No empieces.

—¿Te he dicho lo mucho que te quiero?

—Tampoco.

Respiré hondo.

Paciencia.

Pagué la fianza, firmé los papeles, e intenté ignorar la forma en la que el comisario me miraba con cara de "otro novio desesperado recogiendo a su chica problemática".

Cuando por fin salimos a la calle, Barbie estiró los brazos como si acabara de salir de la cárcel tras diez años de condena.

—Por favor, vámonos a casa. Necesito lavarme el pelo de inmediato.

Meri se giró hacia mí con una sonrisa culpable.

—No ha sido para tanto, ¿verdad?

Me pasé una mano por la cara y la miré con incredulidad.

—Meri, ¿qué coño has hecho, tía?

—Liarla un poquito —Hizo un gesto con dos de sus dedos.

La fulminé con la mirada.

Esta mujer iba a acabar conmigo.

Mientras caminábamos hacia el coche, con Barbie murmurando sobre los efectos devastadores del aceite de oliva en su piel, me di cuenta de algo.

Meri era un huracán.

Y lo peor de todo…

Aunque me debía un par de explicaciones, era un huracán del que no quería escapar.

45
Meri

Dos semanas más tarde, desperté enredada entre sábanas suaves y un brazo fuerte y cálido que me rodeaba la cintura.

Sonreí antes de abrir los ojos.

Dios, qué gusto daba despertarse así.

Lentamente, giré el rostro y me encontré con la cara relajada de Máximo, aún dormido, con el ceño ligeramente fruncido como si hasta en sueños tuviera que discutir con alguien.

Su respiración era pausada, tranquila, y su pecho subía y bajaba en un ritmo hipnótico.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por los primeros rayos de sol que se colaban por las cortinas.

Me sentía… en paz.

Después de todo lo que había pasado en las últimas semanas, el caos, el estrés, el calabozo —que aún no superaba—, la deuda de Miguel con esos malnacidos que Máximo había solucionado de una forma que ni siquiera quería preguntar, la oposición que por fin había aprobado… después de todo, por primera vez en mucho tiempo, sentía que la vida me sonreía.

Miguel había dejado el trabajo de la discoteca y había encontrado otro empleo en una cadena de supermercados tras la charlita que le di.

Mucho mejor, dónde iba a parar.

Y lo mejor de todo es que Valeria ya sabía que estábamos juntos.

—Yo ya sabía que os queríais, papá poner cara de cordero cuando te ve —había dicho con toda la naturalidad del mundo mientras comía cereales cuando se lo contamos un día desayunando.

Máximo casi se atragantó con el café.

Yo me limité a encogerme de hombros. Si algo había aprendido con esa niña era que lo mejor era no llevarle la contraria.

Bueno, Valeria y Lucía y Barbie y Miguel y Charo y David…

Y no, a nadie le sorprendió ni que estuviéramos saliendo, liados, enrollados, como lo quieras llamar, ni tampoco que pasara más de una noche durmiendo en casa de Máximo.

Miguel estaba en su salsa, tenía la casa para él solo.

Me estiré despacio y me giré sobre la cama para apoyar la barbilla en el pecho de Máximo.

Sí, la vida era buena.

Demasiado buena.

Y eso, en mi caso, siempre significaba que algo iba a salir terriblemente mal.

DING DONG

Fruncí el ceño.

Miré la hora en la mesita de noche.

—¿Quién demonios llama a la puerta a las ocho de la mañana? —gruñí, pero el gruñido más sonoro fue el de Máximo, que hundió la cabeza en la almohada como si con eso pudiera hacer desaparecer la existencia de la humanidad.

Valeria todavía dormía.

Resoplé, me puse de pie y, sin siquiera buscar una bata —estaba en casa, joder—, caminé hasta la puerta y la abrí.

Y ahí estaba ella.

Judit.

La madre de Valeria.

La mujer a la que yo misma había dado por desaparecida en combate, vestida con unos vaqueros caros, un abrigo elegante y ese aire de superioridad que solo tienen los que saben que acaban de lanzar una bomba atómica en la vida de alguien.

—Hola —dijo con una sonrisa tranquila.

Mi cerebro tardó unos segundos en reiniciarse.

Lo único que pude pensar fue: *¿Pero qué cojones?*

Y en el fondo, lo supe.

Ese momento de felicidad que estaba disfrutando, ese respiro de calma… había sido demasiado bonito para ser verdad.

Porque ahí estaba Judit, lista para joderlo todo.

46
Máximo

Me desperté con el murmullo de voces en la planta baja.

Al principio, mi cerebro aún dormido pensó que Meri hablaba con Valeria. Pero cuando intenté volver a dormirme, mi subconsciente me alertó: aquella voz no era la de mi hija, ella debía seguir durmiendo.

Algo en mi interior se tensó.

Abrí los ojos y me pasé una mano por la cara, intentando despejarme.

Desde que Meri y yo habíamos dejado de resistirnos a lo inevitable, mis despertares eran mucho más agradables.

Dormir con ella se sentía bien, como si encajara perfectamente en mi vida sin que yo lo hubiera planeado.

Pero esa mañana había algo fuera de lugar.

Y cuando escuché mi nombre en la conversación, supe que tenía que bajar.

Me puse los vaqueros que había dejado en la silla la noche anterior, cogí la camiseta del suelo y bajé los escalones descalzo, sintiendo el frío de la madera bajo los pies.

No estaba preparado para lo que vi al llegar al salón.

Judit.

De pie, en mi casa, con su aire de suficiencia intacto y esa mirada que siempre parecía estar evaluándote, como si cualquier cosa que hicieras o dijeras estuviera mal.

Meri estaba de espaldas a mí, inmóvil.

Y, por alguna razón, supe que lo que estaba a punto de escuchar no me iba a gustar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —mi voz sonó áspera, casi ronca.

Judit se giró con una sonrisa que no me gustó un pelo.

—Buenos días, Máximo. Cuánto tiempo.

Ignoré las formalidades y repetí:

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

Ella suspiró, como si mi reacción fuera exagerada, como si aparecer de esa forma tan repentina no me fuera a afectar.

No me había avisado.

No me había llamado.

Nada.

Como en el principio, cuando llegó con Valeria, de la manera más inesperada.

—He asentado mi vida en Estados Unidos —dijo con voz pausada—. Ya no tengo nada que me retenga aquí. Así que he venido a por Valeria.

El mundo se detuvo.

Algo dentro de mí se quebró, pero al mismo tiempo, algo feroz y primitivo despertó.

—¿Perdona? —Mi tono fue bajo, peligroso.

Meri se giró hacia mí.

Vi su rostro, pálido, su mirada encendida.

Ella ya lo había entendido.

Yo no.

O, mejor dicho, me negaba a entenderlo.

Judit cruzó los brazos y habló con una naturalidad que me daban ganas de gritar.

—Soy su madre, Máximo. Tengo derecho a estar con ella.

Mis puños se cerraron.

Su madre.

Esa palabra retumbó en mi cabeza con fuerza.

No cuando Valeria se puso enferma y ella no estaba.

No cuando mi hija preguntó por ella con lágrimas en los ojos.

No cuando tuve que aprender a ser padre solo, sin instrucciones.

No cuando la persona que realmente había estado ahí, cuidando, protegiendo y queriendo a Valeria, era la mujer que en ese momento tenía el rostro tenso y la respiración contenida a mi lado.

—Te estás quedando conmigo… —solté con una risa sin humor, pasándome las manos por el pelo, en un intento inútil de no perder el control.

Pero Judit no se inmutó.

—Sé que esto te toma por sorpresa, pero ya está decidido. Valeria viene conmigo. Muchas gracias por cuidar de ella en mi ausencia. No podía arriesgarme a llevarla conmigo, a dejar su vida aquí y que algo saliera mal.

Me quedé helado.

De todas las mierdas que había imaginado en mi vida, esta ni siquiera había sido una posibilidad remota.

—No puedes aparecer de la nada y llevártela. No después de todo este tiempo.

Judit ladeó la cabeza.

—Puedo y lo haré. Soy su madre.

Meri hizo un ruido, como si estuviera conteniéndose las ganas de gritar.

Yo, en cambio, di un paso adelante, sintiendo el pulso en las sienes.

—Valeria no es una maleta que puedas recoger cuando te plazca —gruñí—. No después de haberla dejado atrás.

Judit suspiró, como si yo fuera un niño al que le tenía que explicar algo obvio.

—No te estoy pidiendo permiso, Máximo. Solo he venido a informarte.

Sentí que el aire se volvía pesado, irrespirable.

Y por primera vez en mi vida, tuve miedo.

No del tipo de miedo que se siente en una pelea.

No del miedo de perder un trabajo o de que alguien te rompa la cara.

Este era otro tipo de miedo, uno más profundo.

El miedo de perder a mi hija.

Judit esbozó una sonrisa helada y dijo:

—La nena está durmiendo, por lo que veo. Vendré esta tarde a recogerla. Organiza sus cosas. Hasta luego.

Luego, sin más, se giró y se marchó.

El sonido de la puerta cerrándose resonó como una maldita explosión en mi pecho.

Y yo me quedé allí, con los puños cerrados y la mente en caos, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, estaba a punto de perderlo todo.

47
Meri

Sabía que ese día llegaría.

Pero no estaba preparada.

Desde que Judit apareció esa mañana con su discurso ensayado y su falsa calma, el ambiente en casa se volvió denso, como si flotara una tormenta a punto de estallar.

Máximo no había dicho nada en todo el día, pero sus movimientos eran rígidos, su mandíbula estaba apretada y en su mirada había algo que me desgarraba por dentro.

Miedo.

El hombre que siempre parecía tenerlo todo bajo control, que enfrentaba los problemas de frente con esa arrogancia suya, estaba asustado.

Y con razón.

Porque cuando llamaron a la puerta aquella tarde, supe que Judit no venía a discutir.

Venía a llevarse a Valeria.

La niña estaba en su habitación, jugando con Glorio, ajena a lo que estaba a punto de suceder, porque no nos habíamos atrevido a decirle nada.

¿Cómo hacerlo?

Quizá nos habíamos equivocado, quizá había sido un error.

Máximo se quedó de pie en mitad del salón, los puños cerrados.

Yo fui quien abrió la puerta.

Judit sonrió como si aquello no fuera más que un trámite. Como si lo que estaba haciendo no fuera arrancar a una niña de su hogar.

Otra vez.

—He venido a por Valeria —anunció con voz neutra.

Máximo no se movió, pero su pecho subía y bajaba con una respiración tensa.

—No vas a hacer esto —murmuró con los dientes apretados.

Judit ni siquiera lo miró.

—Es lo mejor para ella.

El silencio fue espeso, asfixiante.

Hasta que Valeria apareció al fondo del pasillo, con su mochila al hombro y Glorio en brazos.

—¿Mami? —preguntó con su vocecita dulce—. ¡Mami!

Valeria dejó al gato sobre el sofá y corrió a abrazarla.

—Hola, mami. ¿Qué haces aquí? Mira, este es mi gatito Glorio, Meri y yo convencimos a papá para quedarnos con él. ¿Nos vamos de viaje? ¿Pueden venir papá y Meri? ¿Por qué estás aquí?

Judit sonrió, con esa frialdad que me hacía querer arrancarle la máscara de falsa cordialidad.

—Nos vamos a casa, cariño.

Pero entonces, Valeria frunció el ceño.

Miró a su padre.

Luego me miró a mí.

Y entendió.

Porque era lista.

Porque su madre no había estado allí en meses.

Porque ahora, que ya tenía recuerdos, que ya sabía lo que era sentirse querida y protegida por Máximo, no estaba dispuesta a no tenerlo en su vida.

—No quiero ir contigo —soltó, cogiendo a Glorio de nuevo en brazos.

El silencio se volvió insoportable.

—Valeria… —intentó Judit, pero la niña negó con la cabeza, los ojos empezando a llenarse

de lágrimas.

—No quiero. Vivo aquí. ¿Ya has terminado ese trabajo tan lejos? ¡Podemos vivir todos juntos!

Máximo dio un paso al frente, como si cada palabra de su hija lo desmoronara y al mismo tiempo lo llenara de orgullo.

Pero Judit tenía la paciencia de un demonio.

—No es una opción, Valeria.

Y entonces, con la inocencia de los niños y el dolor de los que están siendo arrancados de su hogar, Valeria bajó la mirada a Glorio y susurró:

—No puedo irme sin él. Y esta es su casa.

Judit suspiró, exasperada.

—No puedes llevarte al gato, son muchas horas de avión.

Los ojitos de Valeria se llenaron de desesperación.

—Pero es mi amigo

—No —dijo Judit quitándole el gato de las manos y dejándolo en el sofá.

Y entonces, la rabia explotó.

—¡GLORIO! ¡NO DEJES QUE PAPÁ SE PONGA TRISTE!

Mi corazón se rompió.

Máximo se tambaleó, como si las palabras de su hija fueran un golpe físico.

Pero Valeria no había terminado.

Se giró hacia mí, con las mejillas empapadas de lágrimas y gritó:

—¡Meri, cuida de papá! ¡Nunca encuentra nada!

Y en ese momento, sentí que todo se desmoronaba.

Judit la tomó de la muñeca y la llevó hacia la puerta, mientras Valeria forcejeaba, mirando a su padre con desesperación.

Pero Máximo no se movió.

Porque si lo hacía, la arrancaría de los brazos de Judit y entonces, esto se convertiría en una batalla legal que podría perder.

Lo único que pudo hacer fue verla desaparecer.

Y cuando la puerta se cerró, Máximo cayó de rodillas en mitad del salón, con el rostro enterrado entre las manos.

Glorio saltó del sofá y se acurrucó contra él.

Y yo, con el alma rota, hice lo único que podía hacer.

Me arrodillé a su lado y lo abracé.

48
Máximo

Nunca en mi vida me había sentido así.

Había recibido golpes.

Había perdido peleas.

Había palmado pasta en el trabajo, en inversiones…

Había pasado por situaciones de mierda en las que pensé que nada podía ir peor.

Pero aquello… aquello era otra cosa.

Porque cuando Judit cruzó esa puerta con mi hija deshecha en lágrimas, pidiendo quedarse conmigo, algo dentro de mí se rompió.

Y no sabía si se podría arreglar.

La casa estaba en silencio.

Un silencio tan ensordecedor que me daba ganas de romper algo.

El salón seguía igual, como si nada hubiera pasado.

Como si mi vida no se hubiera desmoronado hacía apenas un par de horas.

Como si la mochila de Valeria no hubiera desaparecido del perchero de la entrada, como si su risa no fuera a volver a llenar mi casa nunca más.

Estaba sentado en el sofá, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas, intentando no pensar. Porque si pensaba, la rabia me iba a consumir.

Judit.

Esa mujer…

La misma que desapareció sin mirar atrás, que dejó a Valeria en mis brazos como si fuera un problema que ya no quería, ahora venía a reclamarla.

Porque claro, ahora que su carrera estaba donde quería, ahora que ya no le resultaba incómodo ser madre, ahora sí quería ejercer su derecho.

Hija de puta.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo la rabia me quemaba el pecho.

Valeria no quería irse con ella.

Me necesitaba, nos necesitaba a ambos.

Tanto a Judit como a mí.

Pero la ley no iba a mirar eso.

La ley no iba a mirar que fui yo quien la consoló en sus pesadillas, quien la llevó al médico cuando se hizo aquel corte, quien aprendió a hacer coletas con tutoriales de YouTube porque ella quería ir "peinada como las princesas".

La ley solo iba a mirar lo que estuviera en el puto papel.

Y en ese papel, yo no existía, porque nunca la reconocí, porque nunca supe de ella hasta que Judit quiso.

Sentí algo rozándome la pierna y abrí los ojos.

Glorio.

El jodido gato de Valeria, acurrucado contra mí, como si también sintiera que nos habían arrebatado algo.

No me gustaban los gatos hasta que Glorio llegó.

En ese momento, deslicé la mano sobre su lomo y él ronroneó.

Joder.

Me incliné hacia adelante y me cubrí la cara con las manos.

No podía hacer eso.

No podía perderla.

No podía quedarme ahí sentado, ahogándome en mi propia desesperación, mientras Valeria volaba a Estados Unidos, mientras Judit la alejaba de mí para siempre, como había hecho anteriormente.

Meri entró en el salón en ese momento.

La miré y vi el mismo dolor reflejado en sus ojos.

Ella tampoco estaba bien.

Porque Valeria no solo era mi hija. También era suya, aunque no lo supiera.

Respiré hondo.

Tenía que hacer algo.

Porque si algo tenía claro, es que si alguien creía que podía arrebatarme a mi hija sin que yo peleara hasta el último aliento… estaba muy equivocado.

49
Máximo

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó Meri, acariciándome la nuca y dejando sobre la mesa baja del salón una taza de tila.

Negué con la cabeza.

Sentía que me faltaba el aire.

La casa estaba demasiado silenciosa.

Cada vez que pasaba por su habitación y veía su cama sin deshacer, los peluches ordenados y su mochila del colegio donde la había dejado antes de marcharse, un puñetazo invisible me golpeaba el pecho.

No podía seguir así.

No podía quedarme con los brazos cruzados mientras Judit me arrebataba a mi hija.

—Meri —dije con voz ronca, colocándome frente a ella.

Levantó la mirada y en cuanto me vio la cara, dejó la taza a un lado y me prestó atención.

Sabía que no era una charla cualquiera.

—Dime.

Me pasé una mano por el pelo, intentando ordenar mis ideas.

Había pasado horas investigando, dándole vueltas a qué hacer, pero lo cierto es que no tenía ni puta idea de por dónde empezar.

—Necesito ayuda. Quiero pelear por Valeria, quiero la custodia compartida.

Meri se quedó en silencio unos segundos, analizando mis palabras, mi expresión, mi desesperación.

Luego, sin decir nada, se incorporó, fue a la estantería y sacó un cuaderno.

Cuando volvió a sentarse, tenía su rostro más serio que nunca.

—Vale. Vamos a hacer esto bien. —Abrió el cuaderno y cogió un bolígrafo—. Lo primero que necesitas es un abogado de familia especializado en custodia.

—¿Puedes ayudarme a encontrar uno?

—Voy a encontrar el mejor.

No lo dudé ni un segundo. Si alguien sabía moverse en el mundo de los abogados, era ella.

—¿Qué más necesito?

—Pruebas. Todo lo que demuestre que Valeria ha estado contigo estos meses. Documentos, facturas, citas médicas, testimonios…

—Tengo lo que haga falta —afirmé con los dientes apretados.

Meri asintió y siguió anotando.

—Máximo, esto no va a ser fácil —advirtió—. Si Judit decide ir a juicio, va a usar todo lo que tenga contra ti.

—Que lo intente —espeté, sintiendo la rabia arder en mi interior—. No voy a dejar que me quite a mi hija.

Meri me miró con intensidad y luego esbozó una pequeña sonrisa.

—Sabes… A veces eres un poco gruñón, pero cuando te pones así, con esa determinación, hasta me pareces sexi.

A pesar de la tormenta en mi pecho, solté una leve risa.

—No me digas que te pone ver a un hombre desesperado.

—Me pone ver a un hombre luchando por lo que ama.

Aquellas palabras me golpearon más fuerte que cualquier golpe físico.

Luchar por lo que amaba.

Sí.

Eso era justo lo que iba a hacer.

Porque Valeria era mi vida. Y no iba a perderla sin pelear.

50
Meri

Cuando Máximo me dijo que quería pelear por Valeria, no lo dudé ni un segundo.

Lo miré fijamente a los ojos, esperando encontrar algún atisbo de duda, pero no lo había.

Estaba decidido.

Y si él estaba dispuesto a pelear, yo iba a luchar a su lado.

Sabíamos que no sería fácil.

Judit había estado en la vida de Valeria desde el principio, mientras que Máximo había entrado en escena tarde.

No porque no quisiera, sino porque ella nunca le dio la oportunidad.

Y ahora pretendía llevársela a kilómetros de distancia como si nada.

Como si Valeria no tuviera una vida aquí, una familia, una estabilidad.

Lo primero que hicimos fue llamar a David, el amigo de Máximo.

Él y yo éramos abogados laboralistas, pero sabíamos que para un caso como aquel necesitábamos a un especialista en derecho de familia.

Y David tenía contactos.

Nos reunimos en casa.

Máximo no dejaba de dar vueltas al vaso de café, visiblemente tenso.

—Meri, esto va a ser complicado —advirtió David, revisando algunos documentos que había traído—. Judit tiene la patria potestad completa y legalmente puede llevársela sin pedir permiso.

—No me jodas, David. ¡Máximo ni siquiera supo que tenía una hija hasta que la niña tenía cinco años! —espeté, indignada.

—Lo sé. Y ese es nuestro punto fuerte. Vamos a demostrar que, a pesar de todo el tiempo perdido, está dispuesto a reconocerla y a ejercer de padre el resto de su vida.

Máximo exhaló con fuerza y se pasó la mano por el pelo.

—Dime qué hay que hacer. Lo que sea.

Así que nos pusimos manos a la obra.

Junto a un abogado especializado en estos casos que era de total confianza de David, pasamos horas revisando documentos, recopilando pruebas, buscando cualquier cosa que demostrara que Máximo había cuidado de Valeria esos meses y que estaba dispuesto a reconocerla.

Cada recibo del colegio, cada consulta médica… todo estaba a su nombre en los últimos meses.

—Mira esto —dije, señalando una carpeta llena de facturas—. La inscripción a natación, las revisiones pediátricas, la ropa, los juguetes. Todo lo ha pagado él.

—Eso es bueno —asintió Ferrán, el nuevo abogado y quien nos dio un poco de luz en todo el asunto—. Demuestra que, aunque legalmente Judit tenga la patria potestad, en la práctica Máximo ha sido el cuidador principal los últimos meses.

Pero no nos detuvimos ahí.

Necesitábamos más.

Lucía, con su estilo dramático e imparable, se encargó de reunir declaraciones de vecinos, profesores y hasta del pediatra de Valeria, asignado por el seguro médico privado de Máximo.

—Si esa bruja quiere llevarse a mi sobrina, va a tener que pasar por encima de mi cadáver —sentenció, cruzada de brazos mientras sorbía su café.

Los testimonios fueron demoledores.

Todos coincidían en lo mismo: era Máximo quien llevaba y recogía a Valeria del colegio, quien la llevaba al médico, quien asistía a las reuniones de padres.

Judit solo apareció cuando le convenía para hacer y deshacer a su antojo.

Y el golpe definitivo llegó cuando encontramos las pruebas que demostraban que Judit ocultó el embarazo a propósito.

—Esto es clave —dijo David, repasando unos correos electrónicos que Máximo había rescatado de su antigua cuenta—. Si podemos probar que ella nunca le dijo nada, podemos argumentar que la falta de reconocimiento legal no fue una elección, sino una consecuencia de la manipulación de Judit.

Y teníamos pruebas.

Mensajes de Judit para saber cómo estaba Valeria durante ese tiempo, correos, la prueba de paternidad e incluso las declaraciones de los padres de Máximo, que aseguraban que su hijo no tuvo ni la más remota idea de que había sido padre hasta que Judit apareció cinco años después con una niña en brazos.

Yo leía aquellos correos con el ceño fruncido.

Judit había tomado la decisión de no contar con Máximo hasta cinco años más tarde.

Le había robado cinco años con su hija.

Cuando por fin lo tuvimos todo listo, puse los documentos en una carpeta bien organizada y la deslicé sobre la mesa frente a Máximo.

Él la miró, respiró hondo y finalmente la tomó con firmeza.

—Vamos a por ella.

Y en ese momento, supe que no íbamos a perder.

51
Máximo

Tenía la notificación en la mano, apretada entre mis dedos. El puto papel que confirmaba lo que ya sabíamos: Judit no iba a ceder.

Algunos días más tarde, Meri y yo estábamos sentados en la oficina de David, con su despacho impecablemente ordenado, el aroma a café impregnando el aire y una pila de expedientes sobre la mesa que parecían prometerme un buen dolor de cabeza.

Frente a nosotros, Ferran, el abogado que habíamos contratado, pasaba las páginas de la demanda con el ceño fruncido.

—No voy a mentiros —dijo, levantando la vista—. Esto no va a ser fácil.

David asintió con expresión seria.

Meri, a mi lado, no pestañeó.

Yo, sin embargo, sentí cómo me hervía la sangre.

—¿Por qué no? —pregunté, tajante.

Ferran dejó escapar un suspiro y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Para empezar, Judit es la madre biológica, y en este país, los jueces tienden a favorecer a la madre a menos que haya una razón de peso para no hacerlo.

—¿Y no es razón de peso que desapareció durante cinco años? —bufé.

—Sí y no —respondió Ferran, imperturbable—. Técnicamente, no incumplió ninguna ley. No había un acuerdo de custodia porque tú ni siquiera sabías que Valeria existía.

Meri resopló.

—Pero es que ese es el punto clave —intervino, con el tono de alguien que estaba lista para pelear—. Judit privó a Máximo de su derecho como padre. Ocultó el embarazo, ocultó a la niña y, cuando le vino bien, apareció con ella.

Ferran asintió.

—Exacto. Y eso es lo que vamos a usar. Vamos a construir la demanda en base a que hubo una negligencia por parte de Judit al ocultar la existencia de Valeria y privar a Máximo de su derecho a ejercer como padre.

—¿Y la prueba de paternidad? —pregunté.

David me miró con calma.

—Es válida, pero no suficiente. Lo que nos importa aquí es demostrar que tú ya has ejercido como padre desde el momento en que Valeria entró en tu vida. Que la has cuidado, que has creado un vínculo fuerte con ella, y que cambiar eso ahora sería perjudicial para la niña. Al menos, de esa forma tan radical, solo pedimos la custodia compartida.

—Eso es fácil —dije, apoyándome en la mesa—. Valeria me quiere.

—Lo sabemos, pero los jueces no solo se guían por lo que quiere la niña, sino por lo que consideran que es mejor para ella —explicó Ferran—. Por eso necesitamos pruebas contundentes.

Meri sacó su libreta y empezó a anotar.

—Bien, ¿qué necesitamos exactamente?

Ferran enumeró con los dedos:

—Testigos. Personas que puedan declarar que has estado ejerciendo como padre de Valeria. Profesores, médicos, vecinos, amigos, incluso familiares.

—Eso lo tenemos —respondí.

—Perfecto. Luego, pruebas de que has sido un padre responsable: facturas de gastos médicos, matrículas del colegio, actividades extracurriculares, todo lo que demuestre que te has ocupado de su bienestar.

Meri y yo intercambiamos una mirada. Sabíamos que todo eso existía. Desde que Valeria había llegado a mi vida, no había escatimado en nada.

—Y lo más importante —añadió Ferran—. Un plan sólido. Necesitamos mostrarle al juez que puedes ofrecerle estabilidad. No basta con decir "quiero a mi hija", tenemos que demostrar que su vida contigo es estable, estructurada y segura.

—Pero lo es —protesté—. No vivo en una chabola, tengo una empresa, gano bien, Valeria es feliz…

—Entonces, necesitamos plasmarlo en documentos, informes y testimonios —sentenció Ferran.

Un silencio pesado llenó la habitación. Sabía que esto no iba a ser fácil, pero ahora empezaba a entender hasta qué punto Judit tenía la sartén por el mango.

—¿Qué pasa si no ganamos? —pregunté en voz baja.

Ferran me miró a los ojos.

—Si no ganamos, Judit tendrá la custodia total y tú solo podrás verla los fines de semana, si ella no pone problemas. Sabemos que está viviendo en Estados Unidos, ¿no? Si conceden la custodia compartida, habrá que organizar bien eso.

Me tensé de inmediato.

—Eso no va a pasar.

—Entonces, preparémonos para luchar.

David nos miró con determinación y sonrió levemente.

—Tranquilo, hermano, vamos a ganar esto.

Meri apretó mi mano bajo la mesa y, por primera vez desde que esto comenzó, me di cuenta de que no estaba solo en esta guerra.

No pensaba perder.

Valeria era mía. Y pelearía hasta el final.

52
Máximo

—Vaya, vaya. Qué sorpresa más desagradable… sobre todo después de saber que vas a ir por mí… —respondió Judit cuando descolgó la llamada.

No tenía ningunas ganas de discutir, en serio, lo juro, solamente quería hablar con Valeria.

Con Judit no quería cruzar más palabras que las estrictamente necesarias para estar en contacto con mi hija; lo demás, lo diría delante de un juez.

Ya debía haberle llegado mi demanda.

—Solo quiero hablar con Valeria, no tengo nada que hablar contigo —le dije intentando mantener los modales.

—¿Custodia compartida, Máximo? ¿En serio? —preguntó con altanería.

—En serio —respondí con contundencia.

Judit soltó una carcajada seca a través de la línea y yo me tensé.

—¿Y en qué mundo crees que va a suceder eso?

—En este, en el mundo real. Tengo mi derecho, ¿no?

Judith guardó silencio al otro lado. No supe si eso era algo positivo o algo negativo, sinceramente.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —susurró con veneno—. No solo no vas a ganar, sino que con esto te has asegurado de que Valeria no vuelva a verte nunca más.

Cerré los ojos con fuerza, debía controlarme para no entrar en sus provocaciones; eso era exactamente lo que ella quería.

—Eso lo decidirá un juez.

—Eso lo decidiré yo —replicó ella—, igual que decidí no contarte nada por que… ¿qué hubo entre nosotros? ¿Un polvo de una noche? No quieras ahora ser el padre del año, Máximo, no tienes ni idea de nada.

—Si estás tan segura de que no voy a ganar, ¿por qué estás tan furiosa? —pregunté respirando casi a trompicones.

Escuché su respiración entrecortada al otro lado.

Bingo.

—Lo que me cabrea no es que hayas presentado esta demanda, sino que seas tan idiota como para creer que tienes una oportunidad. Máximo, por favor, ¿de verdad crees que un juez va a preferirte antes que a mí?

—Es que no quiero que tengan que elegir entre tú y yo, tampoco Valeria. Solo quiero tenerla cuando por ley me corresponda, en una custodia compartida.

—Ya…

—Pero si quieres que nos pongamos a malas, me encargaré de que el juez vea que tú me ocultaste a mi hija durante cinco años, que la arrancaste de su hogar sin pensar en lo que ella hubiera querido, sin saber cómo sería para ella crecer sin su padre. Que fuiste egoísta y manipuladora.

—Hice lo que creí que era mejor para ella. Pensé que… bueno, que quizá pensarías que me había quedado embarazada adrede, que solo quería sacarte el dinero y, en serio, Máximo, nada más lejos de la realidad. Yo no quiero tu dinero, ni nada. Nos acostamos, sí, pero ya está.

—Nunca lo he pensado, si es lo que te preocupa —le respondí más tranquilo—. Solo te pido que te pongas en mi lugar, Judit, por favor. No puedes aparecer de la nada, traerme a una niña de

la que no tengo ni idea de que existe, dejar que la cuide, dejar que la quiera, y luego arrebatarmela. Valeria también tiene familia aquí, ¿sabes? Sus abuelos, sus tíos, sus primos, Meri…

Judit suspiró al otro lado de la línea. Creía que se estaba ablandando, que estaba siendo lógica. Al menos eso quería pensar.

—No si… mirándolo así, tienes razón —claudicó, y yo respiré con normalidad.

—Por favor, piénsalo. No lo hagas por mí, hazlo por ella, por su felicidad.

—Valeria te quiere, Máximo. No te imaginas lo mucho que te quiere. Está…

—¿Está bien? —pregunté, preocupado.

—A ver… —suspiró— sí, pero no quiere estar aquí, quiere volver a España, contigo. Bueno… quiere… quiere que estemos todos juntos, ya sabes, cosas de niños.

—Judit, ¿tanto te gusta ese trabajo? Quiero decir… está a muchos kilómetros…

—No pienso dejarlo, Máximo.

—Nunca te pediría que lo hicieras, es tu carrera. Sé lo importante que es sentirse realizado en su trabajo para una persona. Jamás te pediría algo así, solo… pensemos algo, ¿vale? Pensemos en algo que nos beneficie a todos, sobre todo a Valeria.

—Voy a pedirme unos días, ¿puedo ir a tu casa y hablamos mejor?

—Por supuesto.

—Genial, te avisaré. En un rato te llama Valeria, ahora está dormida.

Colgué la llamada, mi corazón latía frenético.

No me podía creer que las cosas hubieran dado aquel giro inesperado.

53
Meri

Máximo estaba inquieto, lo conocía lo suficiente como para saberlo.

Y no era para menos.

Ninguno de nosotros pudo vaticinar aquel giro de los acontecimientos.

Había sido increíble.

Pero Máximo estaba completamente de los nervios por aquella conversación con Judit y por ver de nuevo a Valeria.

No necesitaba que me lo dijera, no hacía falta que pusiera palabras a lo que sentía. Se le notaba en la manera en que se pasaba la mano por la nuca cada dos minutos, en cómo tamborileaba los dedos sobre su muslo sin darse cuenta, en la tensión que se marcaba en su mandíbula.

Y, sobre todo, en su silencio.

Él, que siempre tenía listo un comentario irónico o una salida sarcástica, llevaba callado desde que Judit salió de su casa con la niña como si fuera la protagonista de un culebrón barato.

Suspiré, dejé mi taza de café en la mesita y me giré en el sofá para mirarlo.

—Habla.

Máximo me miró con el ceño fruncido, haciéndose el desentendido.

—¿Hablar de qué?

—Máximo… —Mi tono fue más bien un “no me vengas con tonterías”.

Suspiró, se pasó la mano por el pelo y miró hacia otro lado.

—No quiero darle más vueltas, deben estar a punto de llegar.

—Pues mala suerte, porque vas a hacerlo igual —le dije.

Para cabezona, yo.

Se rio por lo bajo, pero no había humor en su risa, más bien nerviosismo.

—Si hablo de ello, solo va a ser peor.

Me acomodé en el sofá y apoyé una mano en su rodilla.

—O puede que te ayude.

Él bajó la mirada hacia mi mano, como si estuviera debatiéndose entre alejarse o aferrarse a ese contacto.

Al final, sacudió la cabeza y exhaló cansancio.

—¿Lo tienes claro? —me atreví a preguntar.

—Sí, pero… tengo miedo.

Fueron solo dos palabras.

Dos simples palabras que, sin embargo, lo dijeron todo.

—Máximo…

—Miedo de que no llegar a ningún acuerdo con Judit, miedo de perderla. Miedo de que sea un juez el que finalmente tenga que decidir y determine que lo mejor para ella es estar solo con su madre y me quite la única oportunidad que tengo de criarla. De verla crecer.

Su voz sonaba áspera, contenida, pero sus ojos reflejaban toda la angustia que intentaba ocultar.

Y me dolió.

Me dolió porque sabía que, aunque Máximo era terco como una mula y se hacía el tipo duro, Valeria era su punto débil.

Me mordí el labio, buscando las palabras adecuadas.

—No vas a perderla —afirmé con convicción—, estoy segura de que podréis llegar a un acuerdo. Ambos sois inteligentes.

Él soltó una risa amarga y se frotó la cara con ambas manos.

—No puedes saber eso.

—No, pero sí sé que no vas a dejar de pelar. Y un padre que lucha por su hija con todo lo que tiene, con todo lo que es, es un padre que merece estar en su vida.

Máximo me miró fijamente, como si intentara encontrar algún resquicio de duda en mi voz.

No lo había.

—Espero que podamos llegar a algo bueno…

—Me da el pálpito de que sí.

Le apreté la rodilla con suavidad, en un gesto tranquilizador.

—No estás solo en esto, Máximo.

Su respiración se volvió más profunda, y sus hombros, tensos desde hacía horas, parecieron relajarse un poco.

—Gracias, Meri.

Fue entonces cuando sonó mi teléfono móvil y ambos nos miramos con el corazón encogido.

Era Judit.

Máximo había acordado con ella verse en el parque del Retiro.

Era un sitio neutral para ambos, donde ninguno de los dos montaría una escena y podrían hablar con tranquilidad.

Ahí estaban.

Judit y Valeria.

Los siguientes minutos determinarían todo.

—Vamos —dijo Máximo levantándose como un resorte.

Asentí con la cabeza y lo seguí.

Él descolgó la llamada.

—¿Estáis allí?

(...)

—De acuerdo, vamos para allá.

54
Máximo

Los días sin Valeria habían sido un infierno.

Por más que intentaba mantenerme ocupado en el trabajo, salir a correr hasta destrozarme las piernas o cenar con Meri en silencio, la casa estaba vacía sin ella.

Así que cuando llegué al parque y la vi allí, sentada en un columpio, hablando con su maldito oso de peluche como si fuera su terapeuta personal, sentí que por fin podía respirar otra vez.

Mi hija.

Mi enana.

Mi todo.

Me acerqué con las manos en los bolsillos, sin querer romper el momento.

Hasta que abrí la boca.

—¿Le estás contando a Coco lo mucho que me has echado de menos?

Valeria giró la cabeza y, en cuanto me vio, su cara pasó del aburrimiento absoluto a la explosión total de felicidad.

—¡¡PAPÁÁÁÁÁÁÁÁ!!

No me dio tiempo ni a reaccionar.

Se lanzó del columpio como un proyectil y yo, con los reflejos de un padre entrenado en la supervivencia infantil, la atrapé en el aire, levantándola del suelo como si no pesara nada.

Me abrazó con tanta fuerza que por un momento pensé que me iba a romper una costilla. Pero, joder, qué bien se sentía.

—Te he echado taaaaaaanto de menos… —susurró contra mi cuello.

Cerré los ojos, inhalando su olor.

A champú de fresas.

A crema infantil.

A hogar.

Tragué saliva con dificultad antes de contestar.

—Yo más, enana. Muchísimo más.

—No, yo más.

—Imposible.

—Que sí.

—Ni de broma.

Se separó lo justo para mirarme con el ceño fruncido, lista para discutir como buena hija mía, pero entonces sus ojos bajaron a mi mano y se abrieron como platos.

—¿Eso es un bollo?

—Con doble de choco. Tu favorito.

Su boca hizo una "o" perfecta y extendió la mano como si estuviera reclamando un tesoro sagrado.

—¡Dame!

Pero yo no iba a regalar mi posición de poder tan fácilmente.

—Dime primero cuánto me quieres.

Valeria puso los ojos en blanco, pero luego sonrió.

—Te quiero hasta la luna, hasta Marte y hasta la última galleta de chocolate que me coma en mi vida.

Touché.

—Vale, eso es suficiente.

Le pasé el bollo y ella lo abrazó con las dos manos antes de darle un mordisco enorme.

Fue entonces cuando vio a Meri

—¡Meri, Meri, Meri! —dijo corriendo hacia ella—. Meri, estás súper guapa. ¿Sabes que he aprendido a hacer mascarilla para la cara? ¿Has traído a Glorio?

—Hola, mi princesa —dijo ella abrazándola—. ¿En serio? Tendrás que darme la receta, ¡tengo la cara fatal! No, no hemos traído a Glorio, pero puedo enseñarte una foto para que veas que está súper bien.

Meri sacó su teléfono móvil y le enseñó una foto del gato a Valeria.

—¡Madre mía, qué gordo está! —exclamó la niña, luego dio otro bocado a su bollo—. ¿A que papá le sigue dando mortadela? ¡No puede comer! ¡Lleva glutamato! ¡Será gordo mi Glorio!

Meri tuvo que fruncir los labios para no reírse y, estoy seguro, contener las ganas de comérsela a besos.

—¡Nos vamos a dar un paseo! —exclamó moviendo la mano para despedirse—. Tenemos que hablar de cosas de chicas.

—No sabía que se llevaban tan bien —dijo entonces Judit, que había esperado en silencio, como una sombra.

—Se llevan muy bien, sí —afirmé yo con un nudo en la garganta.

La sonrisa se me borró automáticamente, y puse mi cara de poker.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella.

—Tú dirás —dije yo.

—He estado pensándolo. Esto es una locura. No quiero que pasemos los próximos años en juicios, peleando y haciendo esto más difícil para Valeria.

—¿Y qué propones?

Suspiró, incómoda.

—Compartir la custodia sin más guerras. Llegar a un acuerdo entre nosotros. Pero nada va a implicar que deje mi trabajo.

Entreabrí los labios, sorprendido.

No me lo esperaba.

—¿Y qué ha cambiado?

Desvió la mirada, como si no quisiera responder, pero al final lo hizo.

—Valeria me ha dejado claro que te necesita. No quiero ser la mala de la película para ella.

La observé con cautela.

No era una rendición total, pero sí una retirada estratégica.

—Si hacemos esto, será con condiciones claras. Quiero tiempo real con mi hija. Quiero estabilidad para ella. No quiero que la arrastres de un país a otro cuando te venga en gana.

Judit apretó los labios, pero asintió.

—Podemos pactarlo. Sin abogados.

Me quedé en silencio un momento, procesando.

—Retiraré la demanda, pues.

Habíamos ganado.

Puede que no con un gran veredicto en una sala de juicio, pero Valeria seguiría siendo mía tanto como suya.

—Me parece bien —dijo, con voz firme.

Judit me miró durante unos segundos antes de esbozar una media sonrisa.

—Sabía que no cederías tan fácil.
Me encogí de hombros.
—Soy un Medina. No sé rendirme.
Desde el tobogán, la voz de Valeria resonó como un altavoz.
—¡Papáááá! ¡He visto un perro más gordo que Glorio! ¡Ven a verlo!
Solté una carcajada y miré a Judit.
—Gracias por hacer lo correcto.
Y sin esperar respuesta, me levanté y corrí hacia mi hija.
Porque esa era mi felicidad.
Mi victoria.
Mi vida.

Epílogo

Si alguien me hubiera dicho meses atrás que mi vida terminaría así, rodeada de amor y con una familia que nunca planeé, pero que resultó ser lo mejor que me había pasado, me habría reído en su cara.

No obstante, ahí estaba yo, en la cocina de nuestro hogar, con harina en la nariz y una niña de seis años cubierta de chocolate mientras su padre intentaba, sin éxito, seguir la receta de unas galletas caseras.

—Esto no tiene sentido —protestó Máximo, sosteniendo un bol con una masa que parecía más cemento que galleta—. ¿Cómo narices es posible que algo tan simple salga tan mal?

Valeria, subida a un taburete junto a él, lo miró con ojos brillantes y una sonrisa traviesa.

—Papá, es porque no sigues las instrucciones.

Yo solté una carcajada mientras removía el tazón de la mezcla correcta, la que sí tenía forma de galleta y no de desastre culinario

—Por una vez, estoy de acuerdo con Valeria. Tienes la paciencia de un mosquito, Máximo.

Él resopló y cruzó los brazos, dándonos la espalda como si estuviera ofendidísimo, pero la sonrisa que intentaba esconder lo delataba.

Desde que Valeria volvió a casa con nosotros, todo había cambiado… y al mismo tiempo, nada.

Las primeras semanas fueron un ajuste.

Al principio, Valeria tenía miedo de que su madre cambiara de opinión, que un día apareciera y dijera que todo había sido un error y que tenía que llevársela de nuevo.

Pero con el tiempo, se relajó y comprendió que su hogar estaba aquí, con nosotros, pero también con Judit cuando le tocaba ir con ella.

Judit, por cierto, había cambiado el modo de trabajo, pues podía teletrabajar, de esa manera seguía con aquel empleo que le encantaba, pero en España, para poder hacerlo más fácil para Valeria, quien así también podría pasar tiempo con sus abuelos y sus tíos.

Y ahora, viendo a Valeria ahí, cubierta de harina, con la felicidad rebosando en cada gesto, supe que todo había valido la pena.

—Meri, ¿puedo probar la masa? —preguntó con una carita que derretiría hasta el corazón más frío.

—No si quieres llegar viva a la cena —le respondí con una sonrisa.

Máximo la miró con complicidad y, como siempre, decidió ser el mal ejemplo.

—Venga, Valeria, un poquito no hará daño… Yo también la pruebo.

Antes de que pudiera detenerlos, ambos metieron los dedos en la masa y se los llevaron a la boca.

—¡Esto está buenísimo! —exclamó la niña.

Máximo asintió con cara de satisfacción.

—Sí, chef Meri, tienes talento.

—Sois incorregibles —dije entre risas, sacudiendo la cabeza.

Era increíble cómo habíamos terminado aquí.

La vida nos había puesto a prueba, había sacudido nuestros cimientos, pero de alguna manera, en medio del desastre, habíamos encontrado un hogar en el otro.

Máximo, que había pasado de ser un hombre que se cerraba al amor, ahora tenía una familia que adoraba.

Valeria, que había empezado con miedo y dudas, ahora se sentía segura.

Y yo… bueno, yo había descubierto que, a veces, los planes que uno se hace en la vida no son nada comparados con lo que el destino tiene preparado.

—Meri… —la voz de Máximo me sacó de mis pensamientos.

Lo miré y vi algo en sus ojos que me hizo estremecer.

Algo profundo, intenso.

Algo que llevaba un tiempo viendo en él y que, cada día, me hacía amarlo un poco más.

—Gracias —dijo simplemente.

No hizo falta que dijera más.

Lo entendí todo.

Gracias por apoyarlo, por no dejarlo caer cuando la batalla parecía imposible.

Gracias por querer a Valeria como si fuera mía, por estar ahí cuando más me necesitaba.

Gracias por quedarme.

Sonreí y tomé su mano, entrelazando nuestros dedos.

—Siempre —dije yo.

—Sabes que te quiero… —murmuró él, colocando su frente contra la mía.

—Sabes que yo también a ti.

Valeria nos miró con una expresión extraña y de repente frunció el ceño.

—¿Os vais a dar un beso? Porque si os vais a dar un beso, avisadme para que pueda cerrar los ojos.

Soltamos una carcajada y Máximo, con la naturalidad de alguien que ya había asumido que su hija era la jefa de la casa, le revolvió el pelo.

—No te preocupes, mocosa, que esta vez te ahorramos el espectáculo. Lo dejaremos para más tarde —dijo Máximo guiñándome un ojo.

—*Puaj* —susurró Valeria sacando la lengua—. Pienso pedirle a Charo que me enseñe a leer las cartas, así me dirán cuando os vais a besar para irme.

Esa niña era de lo que no había.

¡Encima se llevaba súper bien con Barbie y Charo!

Estaba perdida.

Miguel seguía trabajando en el supermercado, por cierto.

Así que ahí, en ese instante, entre risas, harina y amor, supe que no necesitaba nada más.

Que, a pesar de todos los obstáculos, habíamos llegado a nuestro destino. Porque no

importaba el lugar donde estuviéramos.

Nuestro hogar éramos nosotros.

Y eso era todo lo que necesitábamos.

FIN

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ, SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA PUEDES SEGUIRME EN MI RED SOCIAL PARA MÁS CONTENIDO LITERARIO Y ESTAR AL TANTO DE MIS PRÓXIMOS TRABAJOS.

IG: @natalia_escribe